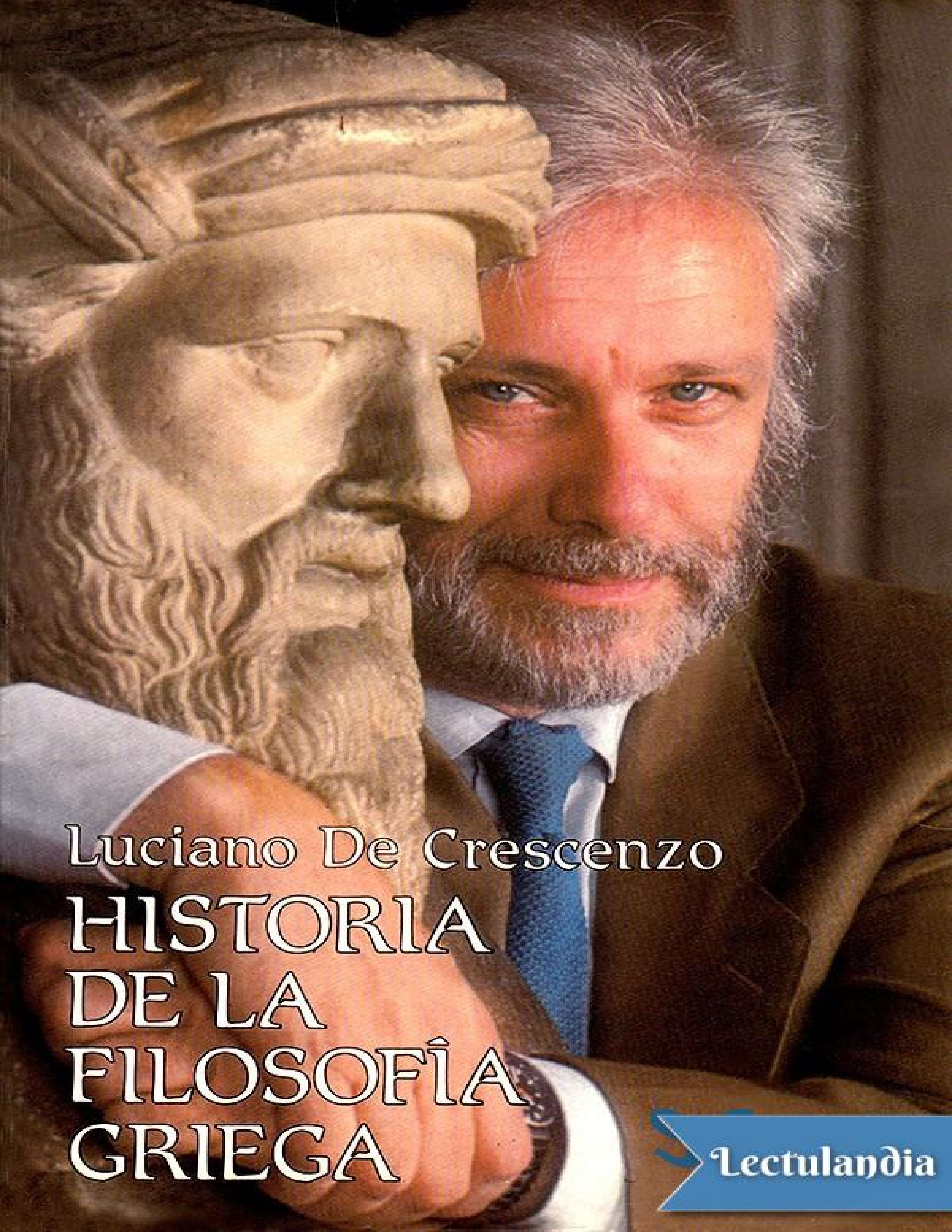

Luciano De Crescenzo
HISTORIA
DE LA
FILOSOFÍA
GRIEGA
Lectulandia

Tomarse las cosas con filosofía es para los napolitanos una tradición, además de una necesidad. En Nápoles la filosofía está en todas partes, como en las ciudades de la antigua Grecia, en la que se filosofaba paseando. Nada tiene, pues, de extraño que Luciano De Crescenzo, conciudadano de Giambattista Vico y de Benedetto Croce, haya emprendido la redacción de una *Historia de la filosofía griega*, cuyo primer volumen, que ofrecemos hoy al lector, se dedica a los presocráticos.

En estas páginas, Tales y Anaximandro, Parménides y Demócrito, Zenón y Leucipo, e incluso el aristocrático Pitágoras y Heráclito el oscuro, vuelven a hablar en las callejuelas y mercados de sus ciudades mediterráneas, entre la multitud curiosa de una eterna Parténope; aquí se mezcla la especulación con el hecho anecdótico y la risa con los discursos en torno al mundo y la vida.

Fruto gratísimo de una civilización greco-partenopea a la que pertenecieron los sabios de la más remota antigüedad mediterránea y pertenecen hoy los filósofos espontáneos de la Nápoles actual, la *Historia* de De Crescenzo se dirige tanto a los adultos que no saben nada de filosofía y la creen abstrusa como a los estudiantes intimidados por el lenguaje de los libros de texto. Tras el título severo de esta obra hay un saber risueño, capaz a un tiempo de no defraudar las expectativas lúdicas del lector y de satisfacer a quien se acerque a este libro movido por el deseo de aprender.

Luciano De Crescenzo

Historia de la filosofía griega. Tomo 1

Los presocráticos

ePub r1.0
Titivillus 25.10.2020

Título original: *Storia della filosofía greca (I presocratici)*
Luciano De Crescenzo, 1983
Traducción: Beatriz Alonso Aranzábal
Adaptado a EPL de un aporte digitalizado, editado y cedido por *eclctico*

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1


Estas cosas escribo, como a mí me parecen ciertas, porque los cuentos de los griegos son, a mi parecer, muchos y risibles.

HECATEO fr. 1 JACOBY



Fig. 1 *La Grecia italiana (Magna Grecia)*

PRÓLOGO

Querido Salvador[1]:

Tú eres un filósofo y no lo sabes. Eres un filósofo porque tienes una forma completamente personal de afrontar los problemas de la vida. Sentado esto, creo que puede serte útil conocer la Historia de la Filosofía Griega y, por esta razón, he decidido escribir una para tu uso y consumo. Mi esfuerzo será el de narrar con palabras sencillas el pensamiento y la vida de los primeros filósofos.

¿Por qué los griegos? Empecemos diciendo, querido Salvador, que tú no eres italiano, sino griego. Sí, señor, repito griego, y me atrevería a añadir «ateniense». Grecia, si la entendemos como un modo de transcurrir la vida, es un enorme país mediterráneo hecho de sol y de conversación que, en lo que se refiere a nuestra península, se extiende más o menos hasta la ribera del Volturno (véase fig. 1). Más allá de este límite geográfico y de comportamiento, viven los romanos, los etruscos y los centroeuropeos, gentes que son algo distintas de nosotros y con las que no siempre es posible entablar un diálogo. Para comprender mejor la esencia de esta diversidad te invito a reflexionar sobre un verbo existente en la lengua griega que, no teniendo equivalentes en ninguna otra, es de hecho intraducible, a menos que se recurra a oraciones complejas. Este verbo es «*agorazein*».

«*Agorazein*» quiere decir «ir a la plaza para ver qué se dice» y, por lo tanto, hablar, comprar, vender y verse con los amigos; pero también significa salir de casa sin una idea precisa, holgazanear al sol a la espera de que llegue la hora de la comida; en otras palabras, «*intalliarsi*», como se dice entre nosotros, es decir, rezagarse hasta formar parte integrante de un magma humano hecho de gestos, miradas y ruidos. «*Agorazonta*», en particular, es el participio de este verbo y describe la forma de caminar de aquel que practica el «*agorazein*»: el avanzar lento, con las manos detrás de

la espalda y siguiendo un recorrido casi nunca rectilíneo. El extranjero que por razones de trabajo o de turismo se encontrase de paso por un pueblo griego, ya fuese Corinto o Pozzuoli, se quedaría muy asombrado al ver un grupo tan nutrido de ciudadanos caminando arriba y abajo por la calle, deteniéndose cada tres pasos, discutiendo en voz alta y volviendo a andar para volverse a parar de nuevo. Esto le llevaría a creer que había llegado en un día especial de fiesta, cuando, en realidad, estaría asistiendo a una escena normal de «*agorazein*». Pues bien, la filosofía griega debe mucho a esta costumbre peripatética de los meridionales.

«Querido Fedro», dice Sócrates, «¿a dónde vas y de dónde vienes?».

«Estaba con Lisias, el hijo de Céfalo, oh Sócrates», responde Fedro, «y ahora me voy de paseo fuera de la muralla. Así, por consejo de nuestro común amigo Acumeno, me doy una vuelta al aire libre porque, dice, fortalece más que pasear bajo los pórticos».

Así empieza uno de los más bellos diálogos de Platón: *Fedro*. La verdad es que estos atenienses no hacían nada productivo: paseaban, conversaban, se preguntaban qué era el Bien y el Mal, pero en cuanto a trabajar, a construir algo práctico que se pudiera vender o usar, ni siquiera hablaban de ello. Por otro lado, no olvidemos que en aquella época Atenas tenía 20 000 habitantes y la friolera de 200 000 individuos de serie B, entre esclavos y metecos[2]. Había, por lo tanto, quien pensaba en trabajar y llevar adelante el «negocio». En compensación, ellos, los atenienses, no contagiados todavía por el virus del consumo, se contentaban con poco y se podían dedicar a los placeres del espíritu y de la conversación.

Pero volvamos a la filosofía y al porqué de este esfuerzo mío.

La filosofía es una práctica indispensable del vivir humano, útil para afrontar los pequeños problemas de cada día y cuyo estudio, desgraciadamente, no ha sido declarado obligatorio como el servicio militar. Si de mí dependiera, la incluiría en los programas de los últimos cursos de la educación general básica; en cambio me temo que, siendo considerada una asignatura superada en el tiempo, se quiere sustituirla por las hoy más de moda «ciencias humanas y sociales». Es un poco como si se quisiera abolir el estudio de la aritmética dado que los charcuteros hacen las cuentas con una computadora.

¿Pero qué es esto de la filosofía? Bien, así de repente, no es tan fácil dar una definición de ella. El hombre ha alcanzado las más altas cimas de civilización a través de dos disciplinas fundamentales: la ciencia y la religión. Ahora bien, mientras que la ciencia, recurriendo a la razón, estudia los fenómenos de la naturaleza, la religión, satisfaciendo una necesidad íntima del alma humana, busca algo absoluto, algo que supere la capacidad de conocer a través de los sentidos y del intelecto. Pues bien, la filosofía es una cosa que está a medio camino entre la ciencia y la religión, más cerca de una o de otra según se trate de los filósofos llamados racionalistas o de los que se inclinan más hacia una visión mística de las cosas. Para Bertrand Russell, filósofo inglés de escuela racionalista, la filosofía es una especie de Tierra de Nadie entre la Ciencia y la Teología, y expuesta a los ataques de ambas.

Tú, Salvador queridísimo, no habiendo cursado el bachillerato, no sabes nada de filosofía. Pero no te aflijas, no eres el único. La verdad es que de filosofía nadie sabe nada. En Italia, por poner un ejemplo, de cincuenta y seis millones de habitantes, apenas ciento cincuenta mil conseguirían decir cuatro cosas sobre las diferencias sustanciales entre el pensamiento de Platón y el de Aristóteles (en la práctica, los profesores de filosofía y los estudiantes que en ese momento estén de exámenes). La mayor parte de los demás, con un pasado de estudios clásicos, se limitaría a hablar de amor platónico y te diría que se trata de ese tipo de relación sentimental entre un hombre y una mujer en la que, desgraciadamente, no se acuestan juntos, mientras que sobre ese asunto el bueno de Platón tenía unas ideas mucho más amplias y desenvueltas.

Si la filosofía constituye una especie de «agujero negro» en la preparación cultural media de los italianos, tendrá que haber alguien a quien echarle la culpa; a mi parecer, el mayor inculpado no es tanto la materia, de por sí dura e incomprensible, como los especialistas del sector que, voluntariamente y de común acuerdo, han decidido que no se conozca demasiado por estos pagos. Obviamente, no me he leído todas las historias de la filosofía editadas en Italia; de todas formas, entre las que he tenido en mis manos, a excepción de la *Historia de la Filosofía Occidental* de Bertrand Russell, he tenido siempre serias dificultades para descifrar la

prosa especializada de los profesores. A veces tengo la sospecha de que los autores escriben más para sus colegas que para los estudiantes de filosofía.

Esto del lenguaje técnico es una antigua jactancia que invade todas las ramas del saber (iba a decir «de lo escible», después me he acordado de que tú no tienes ni idea de qué es «lo escible», y he preferido utilizar un vocablo más corriente). En efecto, desde que el mundo es mundo, siempre ha habido alguien que ha pronunciado su «abracadabra» para impresionar a los no iniciados. Se empezó con los sacerdotes egipcios de hace 5000 años y se continuó con todas las clases de directores de hospital que, cuando son entrevistados en TV, nunca dicen «fiebre», sino que prefieren utilizar un más sofisticado «temperatura corporal».

El lenguaje especializado compensa, da importancia y aumenta el poder de quien lo usa. Hoy no existe grupo, asociación o cofradía que no tenga su lenguaje técnico. Esta mala costumbre no tiene límites. En los aeropuertos, por ejemplo, si hay que anunciar un retraso en las salidas, la frase ritual es ésta: «A causa del retrasó en la llegada de la aeronave, el vuelo AZ 642, etc., etc.». Ahora bien, yo querría saber de ese funcionario que fue el primero en acuñar la frase, si él, en su casa, cuando tiene que ir de viaje suele utilizar el mismo lenguaje con su mujer. «Cati, mañana por la mañana tengo que ir a Milán, cogeré la aeronave de las nueve cincuenta y cinco». No, señor, él con su mujer utilizará el término «avión», reservando para nosotros, pobres usuarios, la palabra «aeronave», y esto porque sabe que frente a un vocablo inusual como «aeronave» el viajero común cae en un estado de profunda cohibición y ya no tiene valor para protestar por el retraso; casi como si alguien le dijera: «¡Pero para qué te quieres enterar tú de los retrasos, pedazo de ignorante! ¿Te das cuenta de que ni siquiera sabes cómo está hecha una aeronave? ¡Cállate y da gracias a Dios de que te dirijamos la palabra!».

Otros ejemplos: cuando hubo cólera en Nápoles, se echó la culpa a los mejillones; sin embargo, por la televisión llamaron a los mejillones «mitílidos» y entonces ocurrió que todos los napolitanos, que no sabían lo que eran los mitílidos, continuaron impertérritos comiendo mejillones. Otra vez, estaba yo en casa de mi sastre, Saverio Guardascione, viendo en el telediario, junto a Saverio y a Papiluccio, un perrito encontrado en

Arenaccia el día después del terremoto. Dijo el presentador: «… el evadido fue capturado con ayuda de las unidades cinófilas…». Ante lo cual me preguntó Saverio: «Profesor, ¿y qué son esas unidades cinófilas?». «Son los perros», le contesté tratando de simplificar el concepto. «¡Jesús, Jesús!», exclamó Saverio, «¡y yo que tenía una unidad cinófila sin saberlo!». Papiluccio comprendió que estábamos hablando de él y movió el rabo en señal de agradecimiento.

¡Por no hablar de los políticos! Son la quintaesencia del hablar difícil utilizado para la conservación del poder. Una vez oí a uno que decía por la televisión que «indudablemente en Italia tenemos un problema de la moneda fraccionaria parcialmente resuelto por una emisión de papel sustitutiva». Quería decir que ya no quedaban monedas sueltas y que había que arreglárselas con minibilletes. Pues bien, créeme, yo le habría desnudado sin contemplaciones y le habría golpeado hasta que pronunciase correctamente la frase en cuestión. El problema es que los especialistas del saber temen que una eventual sencillez de expresión pueda ser confundida con ignorancia. Y no veas cuando se dan cuenta de que quieres tratar su materia con demasiada desenvoltura: te tachan en seguida de «divulgador» y tuercen la boca y arrugan la nariz, como si del verbo «divulgar» emanase quién sabe qué insoportable hedor. La verdad es que todos éstos no aman al prójimo y les importa más su propia imagen que la difusión del saber.

En Italia somos los maestros del aburrimiento aplicado a la cultura. Para entenderlo, basta con visitar uno de nuestros museos: pasillos inmensos, siempre iguales y siempre desiertos, esculturas y cuadros sin ningún tipo de nota explicativa, melancólicos guardas a la espera de la jubilación, silencio sepulcral, más de cripta que de cementerio. ¡Qué diferencia con los americanos! Tomemos, por ejemplo, el Museo de Historia Natural de Nueva York: todos se divierten, mayores y pequeños, estudiosos y analfabetos. Dentro hay bares, restaurantes, vídeos que te explican el cómo y el porqué, dioramas con la reconstrucción de los paisajes de la prehistoria y de los tiranosaurios mostrando sus dientes, las canoas de los indios y Toro Sentado remando. De acuerdo, un museo así hace pensar más en Walt Disney que en Darwin, pero, ¡voto a Dios!, el visitante pasa el día allí y, cuando sale, por lo menos ha aprendido algo.

Sentado esto, yo aquí, frente a los doctos y a los serios, querría poder demostrarte que, a veces, la filosofía griega puede ser también divertida y de fácil comprensión. Algunos filósofos en particular, cuando ya hayas entrado en materia, te resultarán tan familiares que terminarás por descubrir parecidos incluso con personas de tu ambiente. Aristotélicos, platónicos, sofistas, escépticos, epicúreos, cínicos, cirenaicos, podrían convertirse en referencias más eficaces que los signos zodiacales si se utilizaran para individualizar el estilo mental de una persona. Es inútil negarlo: ¡nosotros somos los descendientes directos de esos señores! Cuando en 1184 a. C.[3] finalizó la guerra de Troya, fuese por las tempestades en el camino de vuelta, fuese por el miedo, el caso es que los héroes griegos y los prófugos troyanos se desperdigaron un poco por todas partes, sembrando las costas del Mediterráneo de pueblos y pueblecitos, y creando los presupuestos de nuestra ascendencia. En los siglos sucesivos, a medida que el Peloponeso y el Ática eran «visitados» por las hordas bárbaras que venían del norte, los griegos empezaron a sentirse un poco estrechos en su casa y decidieron emprender el camino del mar con el fin de reproducir, a imagen y semejanza de la patria, otras *póleis*, es decir, otras ciudades, todas con el Templo, el Ágora (la plaza central), el Pritaneo (el municipio), el Gimnasio y así sucesivamente. De todo lo dicho podemos deducir que, para la historia del pensamiento occidental, la vieja Grecia ha representado lo que para el Universo fue el *Big Bang*, o sea la gran explosión de la que saldrían las galaxias y las constelaciones. Si no hubiese existido nunca una civilización griega, nosotros hoy habríamos acabado bajo la influencia de las doctrinas orientales; y entonces, créeme, Salvador mío, ¡habría sido una maldita gracia! Sí, porque tienes que saber que un poco más abajo de Grecia, a la derecha de quien mira el Mediterráneo, está el terrible Oriente Medio, extraña tierra donde todos los hombres, desde niños, crecen con el *hobby* de la religión. Ahora bien, sin un par de batallas, afortunadamente ganadas por los nuestros (la de Platea contra los persas y la de Poitiers contra los musulmanes[4]), y sin la fuerte oposición de la racionalidad griega, heredada de los viejos filósofos presocráticos, ninguno de nosotros se habría salvado de la ofensiva asiática y quizá hoy, al mediodía, estaríamos todos con la cara en el suelo y en dirección a la Meca. Gracias a Dios, en cambio, las

antiguas *póleis* no estaban gobernadas por sacerdotes, como ya les había sucedido a los egipcios y a los asirio-babilónicos, sino por grupos de aristócratas poco inclinados a las oraciones y al misticismo. Y ya que estamos hablando de religión, veamos cuáles eran las relaciones de los griegos con sus Dioses.

Primera consideración: los Dioses no eran omnipotentes. Hasta Zeus, el Gran Viejo, no pudo hacer todo lo que habría querido. Sobre él y sobre todas las otras divinidades quien realmente mandaba era el Destino o, como nos hace saber Homero, la *Anánke*, la Necesidad. Esto del poder limitado de los Dioses y de los tiranos en general, representa la gran lección de democracia que nos llega de nuestros antepasados. Para el filósofo griego el Bien se identifica con la Medida.

Segunda consideración: la religión en Grecia no era muy religiosa. Los Dioses tenían casi todos los vicios de los mortales: reñían, se emborrachaban, decían mentiras, se ponían los cuernos y así sucesivamente. Por lo tanto no hay que asombrarse si el respeto del pueblo por estas divinidades tenía otra dimensión: las honraban, de acuerdo, pero sin exagerar. En suma, nada en comparación con el terror que infundía Jehová, el terrible Dios de los judíos. Por poner un ejemplo, la sede de los Dioses, el Olimpo, había sido situada en la cima de una montaña y no en el cielo como en cualquier religión que se precie; señal de que no tenían miedo de que alguien pudiese ir a echar un vistazo.

Insisto mucho en el aspecto religioso de la antigua Grecia, porque es precisamente el paso del mundo supersticioso de los ritos órficos al mundo científico de los primeros observadores de la naturaleza el que señala la fecha del nacimiento de la filosofía. No es casualidad que el primer filósofo de la historia haya sido Tales de Mileto, un astrónomo especializado en eclipses solares, a menos que queramos considerar filósofo a cualquiera que consiga formular un pensamiento que se eleve por encima de las inmediatas necesidades materiales; en tal caso estaríamos obligados a retroceder la fecha del nacimiento de la filosofía al menos 40 000 años y ponerla en la época del Paleolítico Superior.

Me imagino la escena: Hunu era feliz aquella noche, todo le había salido según sus deseos: había conseguido capturar un cervatillo, tierno y de

buena carne; lo había troceado con su hacha de piedra y lo había asado lentamente al fuego. También Hana, su mujer, había comido hasta hartarse. Después, hicieron el amor. Luego Hana entró en la caverna y él se quedó fuera pensando. Hacía mucho calor y no tenía sueño. Se tumbó sobre la hierba y se puso a mirar el cielo estrellado. Era una noche de agosto sin luna. Miles y miles de puntitos luminosos brillaban sobre su cabeza. ¿Qué eran esos fuegos?, se preguntó Hunu. ¿Quién los había encendido allí en el cielo? ¿Un inmenso gigante? ¿Un Dios?

Así es como nacieron conjuntamente la religión y la ciencia, el miedo a lo desconocido y la curiosidad del saber, y por lo tanto, la filosofía.

L. DE CRESCENZO

Aviso

Cuando yo iba a la escuela adoraba la hora del recreo. En el bachillerato esperaba con ansiedad la hora de gimnasia o la de religión. Con el paso de los años, durante las convenciones o las reuniones de trabajo, saludaba el *coffee-break* de las diez con un suspiro de alivio. Dados estos precedentes, he considerado oportuno insertar entré los filósofos griegos algunos «filósofos míos» con nombres poco usuales, gente como Peppino Russo o Tonino Capone: ellos van a ser la hora de recreo que ofrezco al lector. El editor, por su parte, temiendo que algún estudiante incauto pueda confundirlos con filósofos auténticos y prepararlos como materia de examen, ha preferido que para ellos se utilice un carácter tipográfico distinto.

I

LOS SIETE SABIOS

Los Siete Sabios eran veintidós y concretamente: Tales, Pitaco, Bías, Solón, Cleóbulo, Quilón, Periandro, Misón, Aristodemo, Epiménides, Leofanto, Pitágoras, Anacarsis, Epicarmo, Acusilao, Orfeo, Pisístrato, Ferécides, Hermioneo, Laso, Pánfilo y Anaxágoras.

La cosa no nos tiene que asombrar tanto: los Sabios referidos por los textos sagrados son así de numerosos por culpa de los historiadores de la filosofía, que no consiguieron ponerse de acuerdo con los nombres, o mejor dicho, se pusieron de acuerdo sólo con los cuatro primeros, o sea con Tales, Pitaco, Bías y Solón (que por esta razón deberían ser considerados los titulares de la selección nacional de los filósofos), mientras que, para las otras tres «camisetas», escogían de un «banquillo» de dieciocho reservas. Por otra parte, había siempre quien, al confeccionar estas listas, aprovechaba la ocasión y metía a un amigo, o directamente al personaje político más en boga en ese momento, como si yo ahora, teniendo que hacer una lista de los Siete Sabios, metiera en ella por adulación al honorable Craxi[5].

Bromas aparte, creo que he conocido verdaderamente a un Sabio. Se llamaba Alfonso, o mejor don Alfonso, y era el gerente de una sala de billar en Fuorigrotta. Ante todo era un hombre que poseía el físico adecuado: edad avanzada, barba, pelo blanco y «silenciosidad». No hablaba nunca y, cuando lo hacía, era de muy pocas palabras: frío, conciso e inapelable. Cada vez que los jugadores le llamaban para establecer de quién era el punto, él se acercaba al billar, miraba las bolas jugadas como si ya las hubiese visto en esa misma posición otras veces, y decía «blanco» o «rojo», así de sencillo, sin añadir nada más. Me dirás: ¿Pero tú cómo puedes decir que era un Sabio si nunca le oíste hablar? Lo sé, o mejor dicho, lo huelo. Don

Alfonso tenía en los ojos una vida vivida, una vida en la que, según creo, debió de ocurrirle de todo. Estoy seguro de que en caso de necesidad, si hubiese acudido a él habría encontrado consuelo. Quizá, como con las bolas de billar, se habría quedado en silencio durante unos segundos, y después, con una sola palabra, me habría iluminado.

También los Sabios eran gente de pocas palabras: lacónicos, como se suele decir. «Sabiendo, calla» (Solón), «Odia el hablar rápido» (Bías), «Ser ávido de escuchar y no de hablar» (Cleóbulo), «Que tu lengua no corra por delante de tu pensamiento» (Quilón), nos dan una idea de cómo en aquella época la sabiduría y la parsimonia en el hablar iban a la par. Por esta capacidad de síntesis, los Sabios pueden ser considerados como los inventores de los refranes. Algunas de sus máximas están todavía en circulación: el «toma esposa entre tus semejantes» de Cleóbulo corresponde al refrán italiano «la mujer y el buey, de tu tierra», y el «trata con las personas convenientes» es el equivalente del refrán napolitano «*Fattelle cu chi é cchiú meglio ’e te e fanne ’e spese*»**[6]**.

Gracias a las máximas, o sea a los refranes, la fama de los Siete Sabios corrió de ciudad en ciudad hasta tal punto que, a pesar de la ausencia de los *mass-media*, no había nadie en el mundo griego que no conociera la vida y milagros de Tales y compañía. Sus palabras sirvieron a los padres para la educación de los hijos, y los oradores las utilizaban ampliamente en política y en los tribunales; sus canciones se escuchaban en todos los banquetes y, al contrario de las de Sanremo, contenían muchos principios morales. En particular, recuerdo una de Quilón cuyo estribillo decía así: «Es sobre la piedra donde se prueba el oro, pero es sobre el oro donde se prueba al hombre»**[7]**.

De los veintidós el más simpático, para mí, es Pitaco de Metilene. Diógenes Laercio narra que, además de ser un sabio, fue también un hábil estratega y que sus conciudadanos, cuando se jubiló, para agradecerle todo lo que había hecho por la patria le regalaron un amplio territorio, bautizado Pitacia para la ocasión. A pesar de esto, Pitaco no quiso convertirse en latifundista y aceptó únicamente el trozo de tierra que consideró suficiente para cubrir sus propias necesidades. Se justificó diciendo que «el poco era más grande que el todo»**[8]**.

Entre las máximas más sugerentes de Pitaco de Metilene cito las siguientes[9]: «Lo que vas a hacer no lo digas», «Es difícil ser buenos», «Digna de confianza es la tierra, infiel el mar» y, sobre todo, «Soporta el ser incordiado por tu vecino». Esta última frase puede ser considerada el undécimo mandamiento del pueblo napolitano, más que nada porque exalta su principal virtud: la tolerancia. Sólo gracias a la tolerancia, efectivamente, es posible aceptar el principio contrario, o sea el «Molesta un poco a tu vecino» que, en el caso en cuestión, no es tanto una máxima como un serio inconveniente para quien está obligado a vivir por aquí.

Sobre los Siete Sabios se cuenta una anécdota que es demasiado instructiva y divertida como para intentar controlar su autenticidad: parece ser que un día los siete líderes de la sabiduría, queriendo hacer un «pícnic», se citaron en Delfos, cerca del oráculo de Apolo, y que, una vez llegados allí, fueron recibidos con todos los honores por el más anciano de los sacerdotes. Éste, viendo reunidos en torno a él a la flor y nata de la sabiduría griega, aprovechó en seguida la ocasión para pedir a cada uno de ellos que grabase una máxima en las paredes del templo. El primero en aceptar la invitación fue Quilón de Esparta[10] que, pidiendo una escalera, escribió justo en el frontón de la entrada el famoso dicho «Conócete a ti mismo»[11]. Uno a uno, todos los demás le imitaron[12]. Cleóbulo y Periandro, el primero a la derecha, el segundo a la izquierda del portal, grabaron sus célebres lemas: «Óptima es la medida» y «La cosa más bella del mundo es la tranquilidad». Solón, en señal de modestia, escogió una esquinita semioscura del próstilo y escribió «Aprende a obedecer y aprenderás a mandar». Tales dejó su testimonio en las paredes exteriores del templo, de manera que todos los peregrinos provenientes de la Vía Sacra, apenas hubiesen doblado la esquina del altar de los Kiotos pudiesen ver enfrente el escrito «¡Acuérdate de los amigos!». Pitaco, excéntrico como siempre, se arrodilló a los pies del trípode de la Pitia y grabó sobre el suelo un incomprensible «Devuelve el depósito». El último que quedó fue Bías de Priene quien, para asombro de todos los presentes, empezó a decir que, de verdad, aquel día no se sentía capaz, que… en fin… que no sabía qué escribir. Todos los demás se le acercaron y cada uno trató de sugerirle una frase para el caso; pero a pesar de la incitación de los colegas, Bías parecía

inamovible. Cuanto más decían ellos: «¡Venga, Bías, hijo de Téutamas, tú que eres el más sabio de todos nosotros, deja a los futuros visitantes de este templo un vestigio de tu luz!», más se defendía él diciendo: «Amigos míos, escuchadme: es mejor para todos si no escribo nada». Tras un tira y afloja, en un momento dado las insistencias fueron tantas que el pobre sabio ya no pudo eximirse de escribir algo; fue entonces cuando, con mano temblorosa, cogió un cincel y escribió: «La mayoría de los hombres es mala»[13].

Leída deprisa parece una frasecita de nada, y sin embargo, señores míos, constituye el veredicto más dramático expresado por la filosofía griega. «La mayoría de los hombres es mala» es una bomba capaz de destruir cualquier ideología. Es como entrar en un supermercado y coger de una enorme pirámide de frascos de mermelada uno de los frascos de la base: se cae todo. Cae el principio de la democracia, el sufragio universal, el marxismo, el cristianismo y cualquier otra teoría basada en el amor al prójimo. Pierde la partida Jean-Jacques Rousseau, mantenedor de la teoría del hombre «bueno por naturaleza» y gana Thomas Hobbes con su eslogan «*homo homini lupus*». Yo sé que nuestro corazón se niega a aceptar el pesimismo de Bías, aunque algo, muy por dentro, nos dice que quizá el viejo loco tenía razón. Cualquiera que haya acudido a un estadio durante un partido de fútbol sabe cuál es el verdadero rostro de la masa. No es casual que, en la antigua Roma, el gladiador vencido esperara la gracia del emperador y nunca la del público, para el cual el «pulgar abajo» era un veredicto invariable: el «*cives romanus*» iba al Coliseo, en compañía de su familia, con el único fin de ver matar el mayor número de gente posible y esto, salvadas las distancias, es verdad también hoy. Sobre el hecho de que el hombre es el animal más cruel de la creación, no creo que haya dudas. La única esperanza nos la ofrece Bergson cuando dice que la humanidad, lenta pero inexorablemente, se hace cada vez más buena. Aceptemos de buen grado el auspicio y confiemos todos en el 3000.

Otra interpretación de la máxima de Bías podría ser ésta: la mayoría de los hombres es mala sólo en cuanto mayoría. En otras palabras, los individuos tomados de uno en uno serían todos buenas personas, sólo que se transforman en bestias salvajes en cuanto se convierten en masa. Ahora bien, no sé vosotros, mis queridos lectores, pero yo siempre he tenido la

tendencia a incluirme en las minorías, y por lo tanto me pregunto: ¿he evitado las masas para no dejarme corromper por la maldad colectiva o, viceversa, para ejercitar mejor mi cuota de maldad también en relación con el pueblo? ¿Ha sido puro esnobismo el mío? ¿Miedo a acabar en el rebaño? ¿Racismo antidemocrático de quien cree pertenecer a un grupo de «pocos pero buenos»? Tengo miedo de las eventuales respuestas.

En el siglo V antes de Cristo un anónimo ateniense, probablemente un desterrado, escribió un libelo[14] titulado «La democracia como violencia». Se trata de un largo coloquio entre dos ciudadanos que comentan, sin pelos en la lengua, el nuevo régimen democrático instaurado en Atenas. Dice uno de ellos: «… en los mejores hay el mínimo de desenfreno y de injusticia, y el máximo de inclinación al bien; mientras que en el pueblo hay el máximo de ignorancia, de desorden y de maldad, en cuanto que la pobreza les empuja a la ignominia, así como la falta de educación y la tosquedad que en algunos casos nacen de la indigencia…»[15].

Este fragmento, probablemente, constituye la crítica más antigua del modelo democrático y es sintomático advertir cómo su autor, aun siendo descaradamente un reaccionario, no se mete tanto con el pueblo que, dice, «intenta favorecerse a sí mismo», como con aquellos que «aun careciendo de orígenes populares eligen obrar en una ciudad gobernada por el pueblo, antes que por los mejores, porque son sabedores de poder disfrazar mejor su propia bellaquería en un ambiente democrático que en uno oligárquico»[16].

Volviendo a los Siete Sabios, lo que he entendido es que hay que sospechar un poquito de la sabiduría: ésta de hecho se halla a menudo y de buena gana en antítesis con el idealismo. La sabiduría no es otra cosa que el sentido común, es decir, el conocimiento exacto de las cosas de la vida, mientras que el idealismo representa el irresistible deseo de creer en un futuro mejor. La sabiduría habla de los hombres como verdaderamente son; el idealismo, en cambio, prefiere imaginarles como querría que fuesen. A vosotros os corresponde la elección entre uno de estos dos modos de entender la vida.

II

MILETO

Mileto es una pequeña ciudad turca situada en la costa de Anatolia, un poco más al sur de la isla de Samos. En la época que nos ocupa, siglos VII y VI a. C., era la ciudad más importante de Jonia y quizá del mundo entero. Ahora bien, no sé si os habréis dado cuenta, pero el epicentro de la historia, de la literatura y del poder militar se desplaza lentamente sobre el globo terráqueo siguiendo más o menos el camino del sol: nace en las costas occidentales de Asia, descansa una buena temporada en Grecia, y entonces, de un salto, se traslada a Roma, y aquí, entre imperio romano y papado, hace lo que le da la gana hasta la llegada de la Reforma, tras lo cual emigra a Francia, a Inglaterra y, segundo salto, a América, donde actualmente reside. Mañana llegará a Japón y quizá, otros mil años más tarde, podremos verlo nuevamente por aquí.

Mileto fue fundada antes del año mil por colonizadores. Unos dicen que provenían de Creta, otros que de la Grecia continental y otros de la vecina Troya poco después de ser incendiada. Según Herodoto[17], el más novelístico de los historiadores griegos, los invasores «no llevaron esposas, sino que apresaron a las mujeres de Caria después de matar a sus parientes»; vamos, que perpetraron el rapto de las sabinas de costumbre, al que quién sabe cuáles y cuántos pueblos deben hoy su existencia. Parece ser que el jefe de los violadores fue nada menos que el hijo del rey Poseidón, Neleo. La cosa no nos tiene que asombrar, dado que los antiguos tenían siempre la costumbre de achacar a los dioses las asquerosidades imputables a sus antepasados. Es una lástima que hoy Estados Unidos y Rusia no puedan hacer otro tanto por lo sucedido en Chile y en Afganistán.



Thasos
Samotracia
Lemnos
Troya
MAR
EGEO
ASIA
MENOR
EUBEA
Eretria
Quíos
Jonia
Sardis
Eleusis
Efeso
Atenas
Samos
Egina
Epidauro
Mileto
Delos
Paros
Naxos
Cos
Melos
Cnido
Talyso
Cameiro
Tera
Lindos
RODAS
CRETA
Cnossos
Faistos

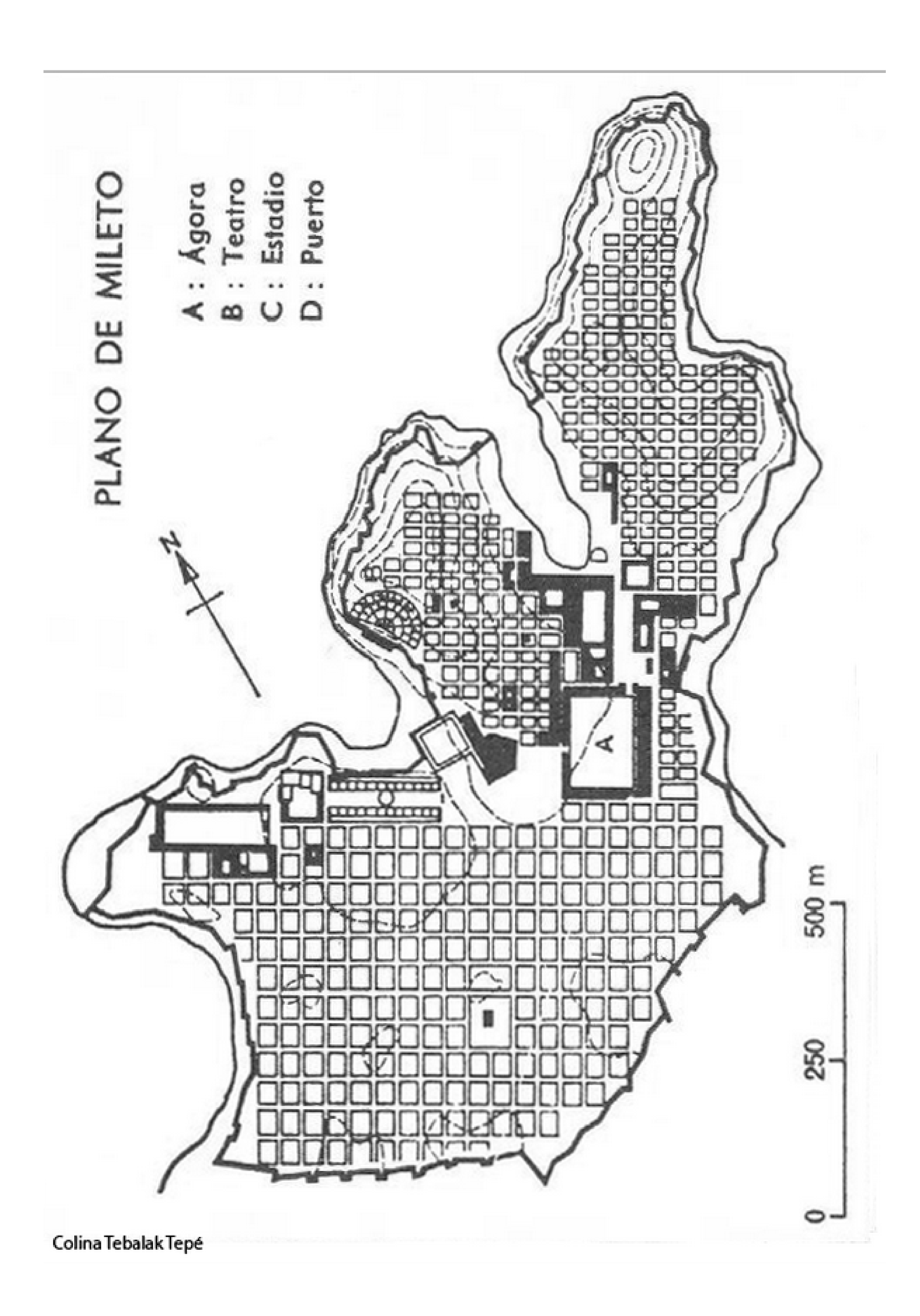
Fig. 2 *La costa de Jonia*

El dato que es importante comprender, para la historia que voy a contar a continuación, es que Mileto era una ciudad moderna, comercialmente muy avanzada, en la que el único Dios que realmente contaba para algo era el Dios Dinero. Ni más ni menos de lo que ocurre hoy en Nueva York.

La costa de Jonia (véase fig. 2), una franja fronteriza situada, como una loncha de jamón en un sándwich, entre el mundo griego y el imperio persa, estaba llena de ciudades y pueblos que aprovechaban su posición para comerciar con ambos. La primera entre todas ellas era Mileto. De sus puertos partían y a ellos llegaban barcos cargados de toda clase de bienes: trigo, aceite, metales, papiros, vino y perfumes. Ahora bien, como ocurre siempre que los negocios marchan viento en popa, el ánimo de los milesios se había alejado bastante de la llamada mística de la religión para poder dedicarse, con mayor empeño, a actividades más prácticas y racionales. Y así nacieron los primeros estudios sobre la naturaleza, sobre la astronomía y sobre el arte de la navegación. Debemos imaginarnos la ciudad como una gran encrucijada aislada, en la que se agolpaban los marineros, los comerciantes y los hombres de negocios.

Vayamos a dar un paseo por la vieja Mileto. Subamos juntos a la colina de Kebalak Tepé y trepemos lo poco que hace falta para poder tener una visión de conjunto.

La ciudad (véase fig. 3) se extiende a nuestros pies a lo largo de una breve península. Las calles, largas y estrechas, se entrecruzan todas perpendicularmente: salvando las distancias, parece que estamos en Manhattan. Allí al fondo, a la izquierda, se entrevé el puerto del Teatro y un poco más adelante el de los Leones. Una larga columna de esclavos frigios transportan fardos de papiro por la calle del mercado occidental. Aquí se discute, se negocia en voz alta y se ríe. Está claro que se trata de gente rica y despreocupada.



Colina Tebalak Tepé

Fig. 3 *Mileto: plano de la ciudad tras la reconstrucción del 479 a.C.*

Desgraciadamente, las cosas no le fueron siempre así a Mileto: precisamente esa posición de bisagra, que tanto la había favorecido en los intercambios comerciales, le resultó fatal. Un mal día, a pesar de haberse aliado con los lidios, fue asaltada por la soldadesca de Darío y arrasada completamente. «De los milesios, la mayor parte murió a manos de los persas de largas cabelleras, y sus mujeres e hijos fueron retenidos como esclavos…», es otra vez Herodoto el que nos informa, «… y los atenienses se quedaron tan trastornados con la noticia de la toma de Mileto que, cuando fue representada la tragedia escrita por Frínico sobre el tema, todo el teatro estalló en lágrimas y a Frínico le impusieron una multa de mil dracmas por haber recordado una desventura semejante»[18].

III

TALES

Tales era un ingeniero de Mileto[19]. Nació en la segunda mitad del siglo VII a. C., de padres fenicios[20]. En cuanto tuvo uso de razón se embarcó en el primer barco que partía, y comenzó una larga serie de viajes por Egipto y Oriente Medio. En la práctica fueron los sacerdotes egipcios y caldeos los que se encargaron de su educación y los que le enseñaron todo lo que por aquel entonces se sabía de astronomía, aritmética y ciencia de la navegación.

Cuando regresó a su patria, su madre, la señora Cleobulina, trató en seguida de casarle y, como todas las mamás, se ocupó a fondo de encontrarle una novia. Sin embargo no hubo forma de convencerle: Tales era diferente a todos los demás jóvenes. Cuando le preguntaban «¿por qué no te casas?», él respondía siempre: «Todavía no ha llegado el momento»; hasta que un día cambió la respuesta y dijo «Ya se ha pasado el momento». Si alguien le preguntaba por qué no tenía hijos, se excusaba diciendo que había tomado esa decisión «por amor a los hijos»[21]. Vamos, que Tales era lo que se dice un filósofo, aunque en aquella época todavía no se había inventado esa categoría. Hubo que esperar a Pitágoras para que el término «filósofo» adquiriera un significado propio y, más tarde, a Platón, para que al filósofo se le reconociese también el prestigio de la profesión. Hasta aquel momento, para los milesios, Tales no era más que un extraño tipo con la cabeza en las nubes. «Es una buena persona», decían, «pero carente de todo sentido práctico»; y añadían: «estará muy instruido, pero ¿para qué le sirve toda esa instrucción si luego no tiene un duro?». Parece ser que hasta su esclava le tomaba el pelo: una vez le vio caerse a un pozo mientras observaba las estrellas, y estuvo un día entero burlándose de él[22]. «Oh, Tales», le dijo, «¡tú te preocupas por las cosas del cielo y no te das cuenta

de lo que tienes delante de tus narices!». No se sabe si entre las cosas que tenía delante de sus narices habría una bella criadita, pero lo que sí es cierto es que nuestro filósofo nunca había demostrado interés ni por los problemas de la vida cotidiana, ni mucho menos por las mujeres. Era, en otras palabras, el prototipo del sabio distraído: ese tipo que se lava poco, capaz de intuir cinco teoremas de geometría, pero incapaz de organizar su propia vida privada. Sin embargo, para desmentir que era poco práctico, existe una anécdota que nos narra Aristóteles, según la cual Tales, harto de las continuas burlas, exclamó un día: «¡Ahora os vais a enterar!»[23]. Y habiendo previsto una abundante cosecha de aceitunas, alquiló a un precio bajísimo todas las almazaras que pudo encontrar en la plaza, para después realquilarlas a un precio mucho más alto en el momento en que hicieron falta. A este tipo de especulación hoy se le llama agiotaje y no es algo limpio, pero él lo puso en práctica sólo para demostrar que, *queriendo*, el filósofo se podía enriquecer como y cuanto quisiera. La verdad es que nuestro Tales era un hijo de buena mujer y, no sin razón, Platón, cuando hablaba de él, le definía como «ingenioso inventor de técnicas». Una vez, durante la guerra de los lidios contra los persas, al no conseguir las tropas de Creso vadear el río Halys, como buen ingeniero hidráulico que era, pensó acertadamente desviar una parte, de manera que el río fuese vadeable por ambas ramificaciones[24].

La fama de científico se la ganó de manera definitiva gracias a su predicción del eclipse del año 585 a. C. Para ser sinceros, esto del eclipse fue más un golpe de suerte que un hecho científico: Tales había aprendido de los sacerdotes caldeos que los eclipses de sol se presentan, más o menos, cada noventa años, con lo que, echando cuentas, consiguió predecir el fenómeno. Sin embargo, hoy día sabemos que la predicción de un eclipse es resultado de un cálculo mucho más complicado: la superposición completa de la Luna sobre el Sol, en efecto, puede ser así en Caldea y no en Anatolia, a dos mil kilómetros de distancia; por lo tanto, con los datos de que disponía, Tales, como mucho, podría haber comunicado a sus conciudadanos: «*¡Guagliú*[25], asomaos de vez en cuando a la ventana porque podría producirse, de un momento a otro, un eclipse!». Pero, como os estaba diciendo, tuvo la suerte de coincidir con una superposición total,

evento que asustó de muerte a toda la región y que incluso consiguió que se interrumpiera la batalla que se estaba librando entre lidios y persas[26]. A partir de aquel día aumentó sin medida su credibilidad y así él pudo aprovechar para dedicarse a sus estudios con más tranquilidad. Midió la altura de las pirámides[27], haciendo una proporción entre la sombra proyectada por una pirámide y la sombra de otro objeto cuya altura ya conocía. Consiguió calcular, también con razonamientos geométricos, la distancia de los barcos desde la costa. Dividió el año en 365 días[28], y fue el primero en descubrir la Osa Menor y su importancia para la navegación. Calimaco le dedicó estos versos[29]:

Y se decía que había fijado
la figura estrellada del carro
con la que los fenicios guiaban sus naves.

No dejó nada escrito. Se le atribuyó una *Astronomía náutica* que más tarde resultó que había sido escrita por Foco de Samos. Murió en el estadio mientras asistía a una competición atlética. Murió por el calor, por la sed y sobre todo por la multitud. Cuando el público desalojó el lugar, le encontraron tendido sobre las gradas como si estuviese dormido. Era muy mayor. Hay un epigrama de Diógenes Laercio comentando esta muerte[30].

Al sabio Tales, oh Zeus, raptaste del estadio
mientras a unos juegos gímnicos asistía.
Te alabo por haberle conducido cerca de las estrellas
que el anciano ya no podía ver desde la tierra.

En el bachillerato mi texto oficial de filosofía era el Lamanna; pero yo, considerándolo demasiado difícil, me las arreglaba, por otra parte como todos mis compañeros, con los Bignami. Para quien no lo sepa, estos Bignami son librillos en los que aparecen únicamente los elementos esenciales de las materias que hay que estudiar. Son, por así decirlo, una especie de Reader’s Digest de la cultura escolar. Aunque obviamente mal vistos por los profesores, existen los Bignami de Historia, de Filosofía, de Química y de… Todo. Yo creo que los estudiantes vagos de Italia, antes o

después, deberían erigir un monumento al profesor Ernesto Bignami en señal de eterno agradecimiento.

Cuando llegué a los exámenes de reválida (me refiero a los exámenes que se hacían antes), me encontré con el problema de que tenía que prepararme todas las asignaturas de los últimos tres años; en ese momento también los minúsculos Bignami me parecieron demasiado voluminosos, por lo que recurrí al acostumbrado sistema de los esquemitas y apuntes: en un cuaderno cuadriculado de cubiertas negras anoté un extracto de lo que había entendido leyendo los Bignami y, de esta manera, obtuve un resumen del resumen de las cosas que había que recordar. Todo esto venía a cuento de que en mi viejo cuaderno del bachillerato, que aún conservo con ternura, sobre Tales encontré únicamente una frase: «Tales —el del agua». Pues bien, si existe una forma de desvalorizar la importancia de Tales en la historia de la filosofía, es precisamente asociándole al concepto reduccionista de considerar el agua como componente fundamental de la materia. Pero intentemos aclarar esto mejor.

Tales había notado que todo lo que está vivo en la naturaleza está también húmedo. Por ejemplo: las plantas están húmedas, los alimentos están húmedos, el semen está húmedo, mientras que las rocas están secas y los cadáveres se resecan rápidamente[31]. Su frase preferida era: «El agua es la cosa *más* bella del mundo». Por otro lado, no olvidemos que Tales se había formado culturalmente en zonas áridas como Egipto y Mesopotamia, en las que el culto al agua era tanto más sentido cuanto que, en aquellos países, precisamente era el desbordamiento de los ríos lo que dio origen a la agricultura y, por lo tanto, a la supervivencia de las poblaciones. No era casual que en Egipto se venerase al Nilo como a un Dios. Sin embargo, yo estoy convencido de que, al sostener la ecuación «agua igual a vida», Tales había querido expresar un concepto mucho más elevado que la simple comprobación de que el agua ha estado siempre presente en cada criatura de la Tierra. El agua, o mejor dicho, lo húmedo, era para él el alma de las cosas, la esencia de la creación. Decía Aecio, hablando de Tales, que «en lo húmedo elemental está infusa una potencia divina que lo pone en movimiento»[32].

La escuela milesia, de la que Tales en orden temporal es el primer exponente, se caracteriza precisamente por esta búsqueda del elemento primordial, del *arké* como lo llamaban los griegos, del que más tarde se habrían originado todas las cosas. Para Tales el *arké* era lo húmedo, o bien el agua, que solidificando e hirviendo es capaz de transformarse en hielo o en vapor.

La misma Tierra se la imaginaba como una gran gabarra flotando sobre una enorme extensión de agua[33], cuyos balanceos podían a veces provocar terremotos[34]. Esta idea de la Tierra que se apoya sobre algo sólido no es nueva en la mitología de los pueblos: hay quien, como los griegos, la ven sobre los hombros de Atlante, y quien, como los hindúes, sobre el dorso de un elefante que a su vez se apoya sobre una tortuga. Pero cuidado con preguntar a los hindúes sobre quién se apoya la tortuga: o se cabrean o se hacen los sordos.

Además del agua, Tales solía decir que todas las cosas tenían un alma y que, por lo tanto, estaban «llenas de Dios»[35]. Cuando empezaba este discurso solía sacar del bolsillo un clavo y un imán para poder demostrar a sus asombrados conciudadanos cómo también «la piedra conseguía mover el hierro»[36].

En resumen, Tales ocupa un lugar muy importante en la historia de la filosofía, no tanto por las respuestas que dio a algunas cuestiones como por las preguntas mismas que se quiso plantear. Mirar en torno, esforzarse en reflexionar, no atribuir a los Dioses la solución de todos los misterios, fue el primer paso del pensamiento occidental hacia la interpretación del universo.

IV

ANAXIMANDRO

Anaximandro era un alumno, y quizá también un pariente, de Tales[37]. Nació en Mileto en el 610 a. C. y, por lo tanto, era unos veinte años más joven que el maestro. En la historia de la civilización es conocido por haber sido el primero en dibujar un mapa geográfico[38]. En aquellos tiempos quien se adentraba en el mar lo hacía con mucha valentía y sin tantas precauciones: no existían brújulas, ni sextantes, ni portulanos. Digamos también que se daban por satisfechos si hacía buen tiempo, por lo menos el día de la salida, y si el oráculo de Dídima daba su aprobación. En este estado de cosas, los mapas náuticos de Anaximandro debieron de parecerles a los comerciantes de la época el non plus ultra del progreso, teniendo en cuenta que, además, iban repletos de consejos y notas sobre los pueblos con los que se encontrarían por el camino.

De Anaximandro se dice que inventó el gnomon[39], o sea el reloj solar, y que predijo un terremoto en la zona de Esparta salvando la vida a muchos lacedemonios[40]. Las noticias sobre su vida son muy escasas: de su destreza como cartógrafo se deduce que debió de viajar mucho, como hicieron todos los filósofos presocráticos. Jenófanes afirmaba que había estado viajando por el mundo durante sesenta y siete años y Demócrito presumía de haber visto más pueblos y regiones que ningún hombre de su época[41]. En lo que a Anaximandro respecta, parece ser que de joven fundó una colonia en el mar Negro llamada, en honor al Dios, Apolonia[42]; y a propósito de esto, quiero aclarar que cuando digo «colonia» no hay que pensar en seguida en el colonialismo, por lo menos en el sentido que hoy le damos a la palabra: aquí no se trata de conquistas militares por parte de una potencia imperial, sino de simples traslados de hombres y enseres a cualquier ensenada deshabitada. Los griegos fundaron más de mil

quinientas sólo en el Mediterráneo y llevaron sus costumbres y su mentalidad hasta las costas de Francia y España. Parece ser que cierta vez un tal Coleo, arrastrado por una tempestad, traspasó las Columnas de Hércules y se instaló sin más en las costas del Atlántico[43].

Sobre Anaximandro, desgraciadamente, no existen anécdotas divertidas como ocurre con Tales, excepto un episodio en el que hizo de cantante. Se cuenta que un día unos niños, oyéndole cantar en coro, le tomaron el pelo por cómo desafinaba[44], a lo que el filósofo, volviéndose hacia sus compañeros, les dijo: «Señores, por favor: intentemos ir al tiempo, *¡ca si no ’e peccerille ce sfottono!*»[45].

Anaximandro escribió *Acerca de la naturaleza*, *La rotación de la Tierra*, *Acerca de las Estrellas fijas*, *La esfera* y muchas más cosas[46]. De todas estas obras prácticamente no ha quedado nada, salvo cuatro fragmentos, de una o dos palabras cada uno, y una frase cuya interpretación debió de ser una dura prueba para más de un historiador de la filosofía. Ésta es la frase: «El principio de los seres es el infinito… de donde viene la vida de los seres y donde se cumple también su destrucción, según la necesidad, porque todos pagan, el uno al otro, la pena y la expiación de la injusticia, según el orden del tiempo»[47].

Con este enunciado, Anaximandro afirma que el principio vital del Universo no es el agua, como creía Tales, sino una sustancia indefinida que él llama *ápeiron*, de la que todo se origina y en la que todo finaliza. Para demostrar esta tesis, contraria a la del maestro, el filósofo sostuvo que era imposible que uno de los cuatro elementos, Agua, Aire, Tierra y Fuego, fuese la esencia primordial del Universo, porque en este caso la supremacía de este elemento habría determinado la contemporánea desaparición de los demás. En resumen, Anaximandro estaba convencido de que Agua, Aire, Tierra y Fuego eran entidades limitadas y que sobre ellas mandaba un Super-elemento, un *patriarca* invisible en estado natural.

Y así poco a poco empieza a estar más clara también la segunda parte de la frase: cada vez que uno de estos Seres comete una injusticia con los demás, o bien invade su campo, el Super-elemento, el *ápeiron*, lo repele a sus límites naturales. Los elementos, por lo tanto, son concebidos por Anaximandro como Dioses, siempre dispuestos a atacar a sus oponentes: el

Calor querría prevalecer sobre el Frío, lo Seco sobre lo Húmedo y viceversa, pero la necesidad está por encima de todos y les impone que ciertas proporciones queden inalteradas. Está claro que aquí, por justicia, debemos entender sólo el respeto a los límites asignados, a pesar de que un no-sé-qué poético nos induce a ver algo más que un simple equilibrio entre elementos distintos; algunas palabras en particular como «necesidad» y «expiación» revelan en el pensamiento del filósofo el deseo místico de un orden supremo.

Mucho más sugerente es la hipótesis de Anaximandro sobre el nacimiento del Universo. Veamos cómo nos lo narra Plutarco[48].

«Él dice que del Eterno se separaron el Calor y el Frío, y que una Esfera de fuego se extendió alrededor del aire que envolvía la Tierra, como corteza alrededor de un árbol; al quebrarse después esta Esfera y separarse en diversos círculos, se formaron el Sol, la Luna y los Astros».

Recapitulemos: al principio sólo existía el *ápeiron*, la sustancia infinita, después el Calor y el Frío se separaron y se fueron uno al exterior y otro al centro del Universo, generando respectivamente lo Seco y lo Húmedo. Estos últimos, siguiendo las mejores tradiciones de familia, continuaron en guerra entre sí: en verano lo Seco conseguía prevalecer y arrebatar grandes cantidades de mar transformándolas en vapor, y en invierno lo Húmedo reconquistaba las posiciones perdidas recuperando las nubes y haciendo que se precipitaran éstas en forma de lluvia o de nieve. El *ápeiron* vigilaba desde lo alto y actuaba de manera que ninguno de los dos tuviese ventaja[49]; y esperemos, añado yo, que sea siempre así por los siglos de los siglos, y que un día el Calor, o la Bomba Atómica, no derrita definitivamente el Frío que en el caso en cuestión seremos nosotros y nuestras casas.

La alternancia del Calor y del Frío no es un fenómeno que atañe únicamente a las estaciones: casi todas las manifestaciones del alma humana oscilan entre momentos de exaltación y largas pausas de reflexión. El arte, la música, la moda y tantas otras expresiones de la creatividad sufren la influencia del dominador de turno y pasan regularmente por fases «sin burbujas» y fases «con burbujas». Sube y baja la falda de las mujeres y con ella sube y baja la temperatura de las generaciones subsiguientes.

Tomemos, por ejemplo, nuestro siglo: a una generación caliente como la fascista le sustituye una fría, silenciosa y trabajadora: la de la reconstrucción, a la que me honra pertenecer. No nos da tiempo ni para descansar y ya aparecen los jóvenes del 68: ¡una generación que nos quedaríamos cortos definiéndola como hirviente! Ahora estamos con la del reflujo. Temo a la próxima. ¡Que Dios nos la envíe buena!

Volvamos a Anaximandro y veamos cómo el filósofo del *ápeiron* se imaginaba que estaba hecho el mundo. La Tierra es una gran columna cilíndrica, baja y ancha (una especie de tarta), suspendida en el aire en el centro del Universo[50]. Digamos también que no se cae por ningún lado porque, al encontrarse exactamente en el centro, no tendría motivo para elegir una dirección u otra. Esta tarta tiene una altura de un tercio de su diámetro y está hecha de piedra[51]. Alrededor de la Tierra giran ruedas inmensas de fuego forradas de aire comprimido. En el borde interno de estas ruedas, donde suelen ir los radios, hay en cambio unos agujeros (mejor dicho, unos conductos parecidos a las flautas) a través de los cuales se puede entrever el resplandor de la envoltura incandescente que está más allá del aire comprimido. Por lo tanto, los astros no son cuerpos de fuego, como nos parece ver, sino únicamente destellos de ese Fuego que se halla en el exterior de la bóveda celeste y que se filtra a través de los «orificios» de las ruedas. La rueda del Sol es veintisiete veces más grande que el diámetro de la Tierra, mientras que la de la Luna lo es sólo diecinueve veces.

Anaximandro narra que el hombre nació cubierto de escamas en una sustancia acuosa, una especie de barro. Al principio, como las condiciones climáticas eran tales que no permitían la vida, el pobrecito estuvo en incubación durante toda su infancia dentro de la boca de algunos animales muy similares a los peces; después, salió al aire libre y, una vez que se liberó de las escamas, consiguió sobrevivir solo[52]. Esto y más cosas escriben los historiadores sobre sus teorías. El mérito de Anaximandro radica en haber intuido la presencia de un algo supremo, unas veces llamado *ápeiron*, otras Necesidad, que «a todas las cosas abraza y a todas rige»[53], lo que hace de él un filósofo místico y cosmológico al mismo tiempo.

De todas formas, lo que a mí más me gustó fue el asunto de las estrellas que se entrevén a través de los agujeros de las ruedas: lo encuentro enormemente sugerente. Entre otras cosas me recuerda a un viejo amigo de papá, un tal Alberto Cammarano, especializado en estatuas de santos, cabezas de ángel y belenes navideños. Don Alberto los construía durante el año para venderlos después en Navidad en un bajo de la calle San Gregorio Armeno. Me enseñó todos los trucos del oficio.

«*Guaglió*[54], si quieres hacer el cielo, pero el cielo de verdad, de cuando nació el Niño Jesús, te tienes que comprar cartulina, una muy gruesa por la que no pase la luz. Después me la pintas toda de azul, pero ¡ten cuidado de que sea un azul tan oscuro como el cartón de los macarrones! Detrás de la cartulina, pegadas a la pared, colocas las bombillas, tres o cuatro según el tamaño de la cartulina. Las bombillas que debes utilizar son las de color blanco leche: iluminan de forma más difusa. Luego, y aquí se ve la maestría, con la punta de un alfiler haces agujeritos en la cartulina, tantos como estrellas decidas poner. Pero pon atención que esto es importante: los agujeros deben ser pequeñísimos, prácticamente invisibles. Entonces ocurre que la luz de las bombillas se refracta en los bordes de los agujeritos y sale por el otro lado completamente quebrada en decenas y decenas de rayos. Y así, a ti te parecerá que estás en Belén justo el día de Navidad y hará frío y oirás las zambombas sonando en la lejanía».

V

ANAXÍMENES

Anaxímenes[55], también él de Mileto, es un filósofo menos importante que los dos anteriores, como por otra parte nos da a entender su nombre, que es casi un diminutivo de Anaximandro. Para disculparle diremos que le tocó vivir en un mal momento, cuando las cosas para Mileto iban a peor. En una carta suya a Pitágoras dice textualmente: «Afortunado tú que te has marchado a Italia: los crotonianos te quieren y un gran número acude a escucharte también desde Sicilia. Aquí, en cambio, el rey de los medos se nos echa encima. ¿Cómo quieres que Anaxímenes se dedique tranquilamente a la observación de los astros cuando se halla bajo la pesadilla de la muerte o de la esclavitud?»[56].

Escribió un tratado titulado *Acerca de la naturaleza* del que nos queda, como siempre, sólo un fragmento. Es éste: «… Así como nuestra alma, siendo aire, nos mantiene unidos, así el aliento y el aire abrazan el mundo entero…»[57].

En la práctica, Anaxímenes no quiso desavenirse ni con Tales ni con Anaximandro, por lo que se sacó una teoría aparentemente original, pero en esencia bastante parecida a la de sus predecesores, según la cual la sustancia primordial era el aire, un elemento que se encuentra en la naturaleza como el agua de Tales y que tiene la característica de ser invisible como el *ápeiron* de Anaximandro.

Éstas son las afirmaciones más importantes de Anaxímenes:

—El Universo está hecho de aire y está sometido a dos fenómenos mecánicos: la rarefacción y la condensación.

—El fuego es aire en unas condiciones particulares de rarefacción; las nubes, el agua, el barro, la tierra y hasta las piedras son aire que se ha ido condensando poco a poco[58].

—Los distintos elementos naturales, al estar formados todos ellos por la misma sustancia, difieren entre sí por razones cuantitativas y no cualitativas.

—La rarefacción produce el Calor (el fuego) y la condensación el Frío (el agua), por lo que Calor y Frío no son causas sino efectos de la transformación del aire[59].

Lo que a nosotros nos debe importar no es tanto el hecho de que al filósofo le gustase más el aire que el agua, como la constatación de que a este aire se le ha atribuido el privilegio de la Vida y de lo Divino. Anaxímenes solía decir que «el Aire es Dios»[60], y en el fragmento anteriormente citado utilizó la palabra «aliento» (*pnéuma* en griego) precisamente para poner de relieve que toda la naturaleza está empapada de este soplo.

Como ocurría en sus predecesores, la principal ocupación de Anaxímenes fue la observación de los fenómenos naturales y el estudio de la astronomía. Imaginémonos ahora que podemos asistir a una de sus famosas lecciones.

Es el siete de julio del 526 a. C. Los ciudadanos de Mileto se han ido a la cama hace más de tres horas. Anaxímenes nos ha convocado aquí, en la colina de Kebalak, junto a todos aquellos que, utilizando una expresión suya, «tienen hambre de cosas celestes». Intencionadamente ha escogido una noche sin luna, para que podamos tener una observación mejor.

El mar es una presencia negra y silenciosa. Aspirando intensamente con la nariz se puede apreciar el perfume de los jardines de Samos, transportado hasta aquí arriba por la brisa marina. Dos jóvenes con antorchas de resina iluminan la escena y se colocan a ambos lados del maestro. La luz de las llamas acentúa el carácter sagrado de su rostro. Nadie se atreve a hablar. En un momento dado, el viejo filósofo se sitúa en el centro del grupo y ordena que se apaguen las antorchas. De repente todo se oscurece: ya no podemos ver nada, aunque poco a poco se acentúa la oscuridad, y las túnicas blancas de los alumnos emergen al débil resplandor de las estrellas. Parece una reunión de fantasmas.

Anaxímenes dirige su mirada al cielo, luego hacia nosotros, y empieza a hablar. Su voz es baja y sosegada, como si estuviera en el Templo:

«Mis jóvenes amigos, yo ya soy viejo y veo más los astros con los ojos de la mente que con los de la cara. Sin embargo vosotros, que tenéis a Apolo Délfico caminando a vuestro lado, aprovechaos de la agudeza de vuestra vista para llenar vuestra alma de las bellezas del cielo. También yo, hace muchos años, vine aquí de joven a escuchar al gran Tales y, en aquella ocasión, le oí decir: "También entre las estrellas se puede hallar un camino para conocerse a sí mismo"».

«¿Pero no fue Quilón, hijo de Damagete, el primero que dijo "conócete a ti mismo"?».

El que pregunta es un muchacho de cabellos rizados, uno de los más jóvenes. El hecho levanta un cierto estupor entre los presentes: en el mundo griego se valora mucho el *aidós*, el respeto a los ancianos, y resulta extraño que un alumno interrumpa al maestro justo en medio de la lección.

Anaxímenes se vuelve lentamente hacia el joven y en tono ligeramente más grave le responde:

«Tales, hijo de Esamías, fue el primero en decir "conócete a ti mismo", y por esta razón le entregaron por unanimidad el trípode de oro. Quilón de Esparta, por codicia de fama, fue el único que le robó la máxima; lo cual hace pensar que a veces también la sabiduría puede beber de las fuentes de Dioniso. Pero volvamos ahora al objeto de nuestra reunión».

El filósofo hace otra pausa, casi una tácita petición de atención, tras lo cual continúa hablando en el mismo tono de antes: «Sobre nosotros se abre la bóveda del cielo: ésta cubre la Tierra como un *píleo*, el gorro de lana que calienta a los marineros cuando salen de noche al mar, y al igual que un *píleo* puede girar sobre la cabeza de su dueño, también la bóveda celeste gira sobre nuestras cabezas**[61]**. La Tierra es un plato, es una mesa redonda, es un escudo ligero sostenido por el aire, y se encuentra suspendida en la mitad del Universo: no corta el aire, sino que lo cubre como si fuera una tapadera…»**[62]**.

«Perdóname, Anaxímenes», interrumpe de nuevo el joven de pelo rizado, «has dicho que la Tierra es una tapadera que cubre el aire, sin embargo el aire se encuentra también por encima de ésta, aunque podría no estarlo, ya que no es posible ni verlo ni tocarlo como se puede ver y tocar tu túnica».

«¿Quién eres tú, muchacho?», pregunta Anaxímenes.

«Soy Hecateo, hijo de Melanto».

«De acuerdo, Hecateo, contestaré a tu pregunta: el aire está por encima de nosotros, por debajo de nosotros, dentro de nosotros. Se escapa de tu vista porque para mostrarse necesita la ayuda del Calor y del Frío, de lo Seco y de lo Húmedo. A veces se ilumina con rayos, como el mar cuando es cortado por los remos[63], y esto ocurre cuando el viento desgarra las nubes; a veces se tiñe con los colores del iris, y esto sucede tras las tempestades, cuando los rayos del Sol visten los estratos más densos[64]. Es aire todo lo que ves y todo lo que no ves. Es aire también Hecateo».

«Entiendo», responde el muchacho. «Es aire Hecateo y es aire también Anaxímenes pero ahora háblanos del Sol y de la Luna».

«El Sol es una mesa redonda que llamea en el cíelo porque su movimiento, demasiado rápido, ha vuelto incandescentes sus estratos más externos[65]. Pero mucha atención: el Sol gira en torno a la Tierra y nunca por debajo de ella…».

«¿Y entonces por qué desaparece durante la noche?», pregunta otra vez Hecateo, que ya no tiene ningún reparo en dirigirse al maestro.

«Porque en su camino nocturno va más allá de las tierras de los tracios y de los odrisios, donde montañas gigantescas de hielo nos impiden su visión[66], hasta que llega, más resplandeciente que antes, a las verdes llanuras de Nínive y de Babilonia e ilumina los dos ríos[67]. Demasiado bajo para que lo podamos ver, pero no tanto para la Luna, que precisamente toma del Sol su luz y vaga por el cielo como una tabla pintada[68]. Si, como afirmaba Anaximandro, mi maestro y mi amigo, el astro luminoso girase por debajo de la Tierra deberíamos ver desaparecer la Luna todas las noches, trocito a trocito, como una flor a la que una muchacha inquieta le arranca uno a uno sus pétalos coloreados».

«¿Y las estrellas?».

«Algunas son vagantes como hojas de fuego: tuvieron su origen en la Tierra a causa de la humedad y después se volvieron incandescentes a base de sucesivas rarefacciones[69]; nosotros las llamamos “planetas”. Otras, casi la totalidad, están clavadas como si fueran clavos[70] en la bóveda celeste que, como dijeron los caldeos antes que nadie, es un hemisferio cristalino

completamente cubierto de hielo[71]. Pero ahora, mis queridos amigos, la lección ha terminado. Regresad a Mileto y que el sueño premie vuestro deseo de ciencia».

Se vuelven a encender las antorchas. Comenzamos el descenso hacia la ciudad y, mientras caminamos, todos discutimos con fervor sobre lo que ha dicho el maestro. Si lo he entendido bien, según Anaxímenes el Universo es como una de esas esferas de cristal que venden en las tiendas de *souvenirs*: ésas que, cuando les das la vuelta, cae la nieve. Pues bien, en esta esfera de cristal la Tierra es un disco plano situado justo en la mitad entre los dos hemisferios, de los cuales el inferior está lleno de aire y el superior contiene el Sol, la Luna y las demás estrellas. Yo también discuto con los alumnos y entonces me doy cuenta de que el sendero se está haciendo cada vez más abrupto y peligroso. Está muy oscuro y la luz de las antorchas no es suficiente para todos. ¿Dónde se habrá metido la Luna? ¿Detrás de qué montaña se habrá escondido? Me gustaría preguntárselo a Anaxímenes, pero no tengo valor. El filósofo no habla: también él está intentando ver bien dónde pone los pies y, de vez en cuando, se apoya en el brazo de Hecateo, que camina a su lado.

VI

PEPPINO RUSSO

Después de Tales, Anaximandro y Anaxímenes, tenemos a Peppino Russo de Nápoles, nacido en 1921 d. C. y muerto en 1975. Considero a Russo, con todo derecho, como el último de los filósofos de Mileto y puedo demostrarlo perfectamente, aunque me doy cuenta de que la inclusión de un pensador llamado Peppino en la historia de la filosofía griega puede parecer a algunos una provocación. Pero intentemos comprender cómo están las cosas.

Tales decía que todo estaba lleno de Dioses, Anaximandro estaba convencido de que los elementos naturales eran divinidades en permanente lucha entre sí, y Anaxímenes pensaba que también las piedras tenían alma. Pues bien, al hilo de estas afirmaciones, Peppino Russo afirmó que todas las cosas del mundo tenían un alma que le habían arrebatado a los hombres en el transcurso de su existencia. A partir de aquí podría hablar de hilozoísmo y de inmanentismo panteístico, pero temo que el lector se asuste y deje para siempre el estudio de la filosofía, así que me limitaré a contar que entre los filósofos antiguos[72], de vez en cuando aparecía uno a quien le gustaba creer que todas las cosas del mundo estaban animadas. Esta forma de pensar fue definida como «hilozoísmo», palabra griega compuesta por *hýle*, que significa «materia», y *zoé*, que significa «vida».

Mi encuentro con Peppino Russo fue completamente casual: en el 70 don Peppino vivía en Roma en una casita de las afueras, por la zona de Vigna Stelluti. Un día, para evitar un embotellamiento de tráfico en la Cassia antigua, me metí por un callejón transversal y después de un par de curvas, cuando menos me lo esperaba, surgió ante mí un espectáculo increíble: en cien metros, todos los árboles que daban a la carretera estaban cargados de muñecas y de juguetes viejos. A pesar de mis prisas, me detuve

y pedí explicaciones a la única persona que conseguí encontrar en la zona. No tuve suerte: el hombre se mostró en seguida irritado por mis preguntas, que ya no podía más, que esa payasada era obra de *er bambolaro* («muñequero») y que era inútil que me quedara allí esperando, «¡*total ése se pasa el día buscando muñecas entre las basuras*!».

En los días siguientes pasé otras veces por la «calle de las muñecas», pero sin conseguir ver nunca a aquel famoso *bambolaro*; en compensación, la escena se me hacía cada vez más familiar: de día era como una fiesta navideña, de noche una película de Dario Argento. Por cierto, se me olvidaba decir que *er bambolaro*, un poco como aquellos Sabios del oráculo de Delfos, solía colgar grandes carteles con letreros. Intentaré citar alguno de memoria: «Hombre, tú eres la naturaleza, si la destruyes te destruirás a ti mismo»; y otra: «Ayer por la noche el mundo me dio miedo»; y otra más: «Eres grande y sin embargo no eres capaz de vivir sin hacer la guerra».

Por fin un buen día apareció por detrás de un seto un hombre con un estropeado osito de peluche entre las manos. Me detuve.

«Buenos días» dije, sin bajarme del coche.

«Buenos días», me respondió él.

«Perdone, pero me gustaría saber el motivo por el que… o sea, quería decir, siempre que no sea indiscreto, quede claro, ¿por qué usted…

»… cuelgo muñecas de los árboles?», dijo don Peppino evitándome el embarazo de una pregunta directa.

«Bueno, ya sabe cómo es a veces… la curiosidad».

«¿Le han dicho ya que estoy loco?».

«Pues no», contesté diplomáticamente y hablándole de usted también, «digamos que me encontré con un tipo a quien usted no le debía de caer muy bien».

«¿Usted cree en la existencia del alma?».

«¡Cómo no!» exclamé. «Vamos que sí… quiero decir que… prácticamente lo creo».

«No parece que esté muy convencido».

«No, no, que sí».

«Pues entonces, si me lo permite, me parece que yo creo un poquitín más que usted», precisó él echándose a reír. Luego se puso serio de pronto y

me miró a los ojos fijamente, como queriendo averiguar ante qué clase de tipo se encontraba. «Escuche, haga una cosa: aparque ahí el coche y entre conmigo a tomar un café».

En realidad me dio de comer pan, queso y habas, lo cual me hizo recordar un poco a Epicuro y su frugalidad. Entre un vaso de vino y una loncha de queso de oveja, me contó todo lo que quería saber acerca de su vida y de su teoría del alma.

Don Peppino había sido suboficial de Aviación, creo recordar que sargento mayor, sabía tocar el violín y en los ratos libres también pintaba. Como todos los filósofos de la escuela milesia viajó mucho: estuvo en América, en Australia, en Francia y, hecho importantísimo para nuestra historia, en Rodas, donde tras haber desembarcado como prisionero de guerra en el 42, se quedó a trabajar durante nueve años seguidos. Para quien no lo sepa, la isla de Rodas se encuentra unos pocos kilómetros al sur de Mileto. Como suele decirse: ¡las vueltas que da la vida!

«Entonces, don Peppí, me estaba diciendo que según usted todas las muñecas tienen alma».

«Usted corre demasiado, mi querido profesor, las cosas no van por ahí», precisó mi filósofo mientras cortaba con una navajita lonchas de queso de oveja. «No es que todos los juguetes, en cuanto salen de la fábrica, tengan en seguida alma. No, señor, en ese momento sólo son unos simples objetos sin ninguna individualidad. Pero cuando un niño empieza a quererles, algunos pedacitos del alma de ese ser que ama se meten dentro del plástico y lo transforman en materia viva. Desde ese momento ya no se pueden tirar, aunque estén rotos y magullados. Y por esta razón yo los voy recogiendo por todas partes y les hago seguir viviendo en los árboles, entre las flores, bajo el sol y la lluvia».

«Esto que ocurre con las muñecas, ¿ocurrirá igual con cualquier otro tipo de objeto?».

«Es lógico. Lo importante es tener claro en la mente qué significa para nosotros "vida" y qué significa "muerte". Ahora quisiera hacerle una pregunta muy personal: ¿ha visto alguna vez el cadáver de algún ser querido?». Don Peppino esperó un momento mi respuesta y después, acercando su silla, siguió hablando en voz más baja: «A mí me ocurrió con

mi padre. Siempre pensé que el día de su muerte habría hecho, como decimos en Nápoles, *cose 'e pazze*[73], que el dolor me habría destrozado. Pues bien, aunque no se lo crea, cuando sucedió de verdad no experimenté ninguna emoción, digamos que no pude echar ni una lagrimita. Estaba allí, de pie, sin decir ni una palabra, y mientras tanto buscaba dentro de mí alguna justificación. Me decía a mí mismo: no lloro porque estoy atontado, no lloro porque no consigo pensar. No, señor, la explicación de mi comportamiento era mucho más elemental: ¡yo me negaba a reconocer el cadáver! Ese cuerpo ahí tendido sobre el lecho mortuorio, sólo era una cosa, claramente carente de alma, que no tenía nada que ver con mi padre».

Se interrumpió, se levantó súbitamente y salió de la habitación para volver a entrar en seguida con algunos objetos entre sus manos. Eran unas gafas, un reloj de ferroviario con el cristal resquebrajado, una agendita de teléfonos, una pipa y un pisapapeles de mármol con forma de león.

«Al día siguiente, cuando entré en su habitación para buscar unos documentos, vi algunos de esos objetos que solemos llamar "efectos personales". Verlos y sentir que me invadía la emoción fue todo uno: ¡por fin conseguía llorar! Ahí era donde se había escondido mi padre: en el *plaid* escocés, en la pluma con la capucha de oro, en la butaca de piel con los brazos despellejados, en las muchas cosas con las que había compartido cada día su soledad».

Habría querido decir algo, pero no se me ocurrió nada. Además la visión de esas baratijas me había transmitido una extraña sensación de malestar, como si realmente me encontrase en presencia del padre de don Peppino. Hice otra pregunta, una cualquiera, para romper el silencio:

«¿También este cuchillo tiene alma?».

«Puede estar seguro», me contestó sin vacilar; y cogió la navajita por la parte de la hoja haciéndola oscilar delante de mis ojos. «Aquí hay un trozo de mi alma y, añado, de mi carácter. Este cuchillo, gracias a la influencia de una persona amante de la paz, hoy se ha convertido en un utensilio doméstico, carente de toda agresividad, útil sólo para cortar el queso. Pero existe también el alma de esta habitación, la del barrio y la de la ciudad entera. Estas últimas son almas complejas, obtenidas de la superposición sucesiva de almas influyentes».

«¿Quiere usted decir una especie de media aritmética de las almas de quienes viven en un lugar?».

«Pues no. El alma de una ciudad es una entidad en sí misma, una presencia que se ha ido formando en el tiempo y que ha sido construida por los individuos que han gozado y sufrido en ella en el curso de los siglos. Cuanto más antigua es la ciudad, menos modificable es su alma por sus últimos habitantes. Tomemos como ejemplo Roma: durante siglos fue la meta de todos los que tenían algo que decir. Miguel Ángel, Caravaggio, Bernini, Horacio, Giordano Bruno y miles de artistas y pensadores vinieron aquí a morir. ¿Cómo podrían ser iguales las piedras de Roma y las de Los Ángeles? Supongamos que alguien me secuestra y después de vendarme los ojos me suelta en una calle para mí desconocida de Milán o de Bolonia; pues bien, estoy seguro de que, en cuanto me soltaran, sabría reconocer la ciudad en que me hallaba. Diría: ¡esto es Milán, o esto es Bolonia! Y alguien me podría preguntar: ¿pero cómo lo ha sabido? ¿Ha visto quizá el Duomo, la torre de los Asinelli? No, señor, le respondería; he notado sobre mi piel el alma del aire, de los tejados y de los muros de la ciudad».

En vista de que todavía no me había ofrecido café, se me ocurrió ir yo mismo a la cocina a prepararlo. Don Peppino estaba demasiado enfervorizado con su discurso para ocuparse de semejantes tonterías: se limitó a pasarme lo necesario.

«Y así, también esta cocina tiene alma y no sólo la mía, que quede claro. Y entonces me pregunto: ¿quién vivió en esta casa en los años pasados? ¿Un campesino? ¿Un sastre? ¿Un asesino? La respuesta sólo la podemos hallar en nuestras emociones».

Miré a mi alrededor y tuve la impresión de que mil ojos me miraban mientras preparaba el café.

VII

PITÁGORAS *SUPERSTAR*[74]

El dios Hermes[75], queriendo hacer un regalo a su hijo Hetálides, le prometió cualquier cosa que quisiese excepto la inmortalidad, y Hetálides le pidió una memoria eterna, es decir, la posibilidad de recordar, también después de muerto, todas sus vidas anteriores. Gracias a esta facultad, Pitágoras afirmó que había vivido cuatro veces[76] y, concretamente, que primero fue Hetálides, después Euforbo y como tal fue herido en Troya por Menelao, luego Hermotimo, que para demostrar lo anterior reconoció en un templo el escudo de Menelao y, finalmente Pirro, un pobre pescador de la isla de Delos. Entre una reencarnación y otra su alma transmigró a numerosas especies animales e incluso a alguna planta. Otras veces descendió al Hades[77], donde pudo entrever a Homero colgado de un árbol y a Hesíodo encadenado a una columna, culpables ambos de haber tratado a los Dioses con demasiada familiaridad. De todas formas, la serie de apariciones de Pitágoras no acaba con él: algunos biógrafos posteriores[78] cuentan que el filósofo se reencarnó de nuevo en un tal Periandro, después en el cuerpo de un hombre también llamado Hetálides y, para acabar, en el perfumado ropaje de Alco, una bellísima mujer cuyo oficio era hacer de puta. Echando cuentas, parece que el ciclo de las reencarnaciones era de 216 años[79] por lo que su última aparición en la Tierra debió acaecer hacia 1810 d. C. Teniendo en cuenta sus inclinaciones políticas bien pudo ser Camillo Benso, conde de Cavour, que nació precisamente ese año.

Herodoto narra que Pitágoras tuvo como esclavo a un Dios, un tal Zamolxis[80]. Este esclavo, una vez que fue libre y se hizo rico, mandó construir una hermosa villa e invitó allí a cenar a los «primeros ciudadanos» de su país de origen. Durante el banquete, Zamolxis comunicó a sus invitados que ellos no morirían nunca y que él mismo era un inmortal que

iba y venía del Hades a su antojo. Nada más decirlo desapareció de repente y se encerró en un aposento subterráneo que se había construido anteriormente. Allí permaneció durante tres años hasta que un día, cuando ya todos le daban por muerto, apareció más vivo que nunca, y fue venerado como un Dios por el pueblo de los getas.

Por todas estas cosas se comprende en seguida que en la leyenda sobre Pitágoras se ha fantaseado mucho y se ha dicho todo lo que se ha querido. Los historiadores más serios se han negado, con razón, a referir las anécdotas escritas sobre él: De Ruggiero, por ejemplo, afirma que «para una reconstrucción histórica del pitagorismo, todo este material no tiene ningún valor»; y Adorno confirma que «poco o nada se sabe que sea documentable históricamente». Sin embargo yo, que siempre mantuve una difícil relación con la seriedad, no tengo ningún problema en contar todo lo que he leído, y sobre todo lo que más me ha divertido.

Espero que algún día alguien escriba un elogio de la Mentira, ya que, a diferencia de lo que se cree, la Mentira también tiene su valor histórico. Quiero decir que si Jámblico y Porfirio, los principales biógrafos de Pitágoras, consideraron oportuno narrar ciertos episodios de la vida del filósofo, esto quiere decir que tales episodios debían estar relacionados con su carácter y, como tales, ser útiles para la comprensión del personaje. Y además, aunque un día la Verdad consiguiese demostrar la falsedad de alguna anécdota, ¡peor para la Verdad porque, al hacerlo, admitiría sus limitaciones con respecto a la fantasía!

Pitágoras, hijo del joyero Mnesarcos, nació en el 570 a. C. en la isla de Samos, a pocas millas de la ciudad de Mileto. Gracias a una recomendación de su tío Zoilo[81], asistió a la escuela con el gran Ferécides quien, como nos cuenta Apolonio[82], lo primero que le enseñó fue a hacer milagros. Cuando murió Ferécides, queriendo especializarse en ciencias matemáticas, decidió dirigirse a los más ilustres profesores de la época: los sacerdotes egipcios. Por lo tanto metió en la maleta tres copas de plata, de la tienda de papá, y una carta de recomendación del tirano Polícrates para el faraón Amasis, y se embarcó en el primer barco que salía. Haciendo un inciso: no sé si os habréis dado cuenta, pero ¡también en aquellos tiempos las cosas funcionaban a base de «sobres» y recomendaciones! Sea como sea, una vez

que estuvo en Egipto, las cosas tomaron un mal cariz: los sacerdotes Heliopolitanos, a pesar del regalito de la copa de plata y de que Pitágoras era «persona» del Faraón, se declararon hipócritamente indignos de un alumno tan ilustre y le enviaron a los más ancianos y venerables sacerdotes de Menfis; éstos a su vez, con el mismo pretexto, se lo colocaron a los sacerdotes de Tebas, los terribles Diopolitanos, quienes, como eran los últimos y no tenían a quien pasarle la patata caliente, le sometieron a pruebas de excepcional dureza. Pero calcularon mal, sin tener en cuenta el carácter firme de Pitágoras: nuestro filósofo superó brillantemente cualquier obstáculo y terminó conquistando la admiración de sus «torturadores», los cuales no pudieron por menos que acogerle como a un hermano y apartarle de todos los misterios[83].

Una vez concluida la experiencia egipciaca, Pitágoras completó su preparación viajando por todo el mundo[84]. Hay quien le señala como alumno de los caldeos en astronomía, de los fenicios en logística y geometría, y de los Magos[85] en ritos místicos. Sus encuentros con las personalidades del siglo son tan numerosos como improbables: incluso leí que le hizo una visita de cortesía a Numa Pompilio, quien, mientras no se demuestre lo contrario, murió cien años antes de su nacimiento. Entre los encuentros determinantes debemos citar el que tuvo con el persa Zaratustra[86], durante el cual Pitágoras aprendió la teoría de los opuestos. Todo, decía Zaratustra, se genera del choque entre las fuerzas del Bien y del Mal; con las primeras se encuentran la Luz y el Hombre, con las segundas las Tinieblas y la Mujer. Qué extraño, pero no ha habido ni uno sólo de estos profetas espirituales de la humanidad (Zaratustra, Isaías, Confucio, Mahoma, Pablo de Tarso y compañía) que haya puesto alguna vez a la Mujer del lado del Bien. Quién sabe por qué.

Pero volvamos a Pitágoras: finalizados los estudios, reaparece en su patria como maestro del hijo de Polícrates, el tirano de Samos. Y aquí tenemos que decir cuatro cosas de ese gran rufián del siglo VI que fue Polícrates[87]. Más que un rey, aquel tipo era un verdadero pirata: sus barcos aniquilaban a cualquiera que osara acercarse a las costas jónicas. En política exterior se aliaba siempre con los peores, pero cambiaba corriendo la bandera en cuanto olía que las cosas tomaban otro rumbo. Vamos, que era

un granuja. Y por no hablar de la corte: no hacía más que irse de parranda con algunos intelectuales como Hibico y Anacreonte y un centenar de jóvenes muchachas y hermosos muchachos[88]. Para Pitágoras, moralista como todos los santones, esta vida de excesos no podía congeniar con él; decidió, por lo tanto, con cuarenta años cumplidos, volver a tomar el camino del mar y desembarcar en Crotona, en la costa italiana[89]. Allí, la asamblea de ancianos le invitó a que hablara a los jóvenes de la sabiduría griega y él, ni que decir tiene, aprovechó en seguida la ocasión para educar a una generación de trescientos alumnos con la que adueñarse de todos los resortes del poder.

Pitágoras fundó una escuela, mejor dicho una secta, en la que se seguían reglas extrañísimas, como éstas:

- No comer habas.
- No partir el pan.
- No atizar el fuego con el hierro.
- No tocar el gallo blanco.
- No comer el corazón.
- No mirarse al espejo junto a la lumbre.
- Cuando te levantes de la cama no dejes la huella de tu cuerpo.
- Cuando quites la olla del fuego mueve las cenizas.

Quizá lo mejor sea no intentar comprender nada: en las religiones los preceptos sólo suelen representar una disciplina útil para infundir el espíritu de grupo. En nuestro caso, como mucho, podríamos extraer algún significado metafórico: «no partir el pan» por ejemplo, podría querer decir «no te separes de los amigos», o el «no atizar el fuego con el hierro» querría decir «estáte siempre dispuesto a perdonar». En cualquier caso el mandamiento más oscuro del catecismo pitagórico sigue siendo el de las habas[90]. ¡Sólo Dios sabe por qué Pitágoras odiaba tanto a esa inofensiva legumbre! Según Aristóteles se debía a un cierto parecido con el órgano masculino; según otros se trataba de una alergia que padecía desde niño. Lo cierto es que en su presencia estaba prohibido hasta nombrarlas.

Los iniciados vivían todos juntos bajo el régimen de comunidad de bienes. Cada día, al anochecer, estaban obligados a plantearse tres

preguntas: a) qué he hecho mal, b) qué he hecho bien, c) qué he omitido hacer. Tras lo cual debían pronunciar la frase: «Lo juro por Aquél que ha revelado a nuestra alma la divina *tetraktýs*»[91]. Todas las noches hablaba el Maestro. Venían a escucharle de todas partes. Pero él no se mostraba a nadie: hablaba escondido detrás de una cortina. El que por casualidad, aunque fuera de pasada, conseguía verle, luego se jactaba de ello toda su vida[92]. «Él poseía un aspecto majestuoso, el rostro resplandeciente y el cabello ondulado; iba envuelto en un manto blanco, y de todo su ser emanaba una afable dulzura»[93]. Empezaba todos sus discursos con la frase: «Por el aire que respiro, por el agua que bebo, no toleraré ninguna objeción sobre lo que voy a decir»[94], y esto nos da a entender claramente cuál era su idea de la democracia.

Sólo unos pocos afortunados eran admitidos ante su presencia: los mismos discípulos no tenían el privilegio de verle si no habían cumplido cinco años de estudios. Cierto día, una discípula, tras escabullirse a escondidas en sus aposentos, consiguió verle mientras se bañaba y contó a los demás que había entrevisto un muslo de oro[95]; en cambio, según Eliano, parece ser que fue él mismo, en Olimpia, quien mostró en el teatro su fémur de oro[96].

Pitágoras solía dividir a sus prójimos en dos categorías: los matemáticos, es decir, los que tienen derecho a acceder al «conocimiento» (*mathémata*), y los acusmáticos que sólo pueden escuchar[97]. Para diferenciar mejor a los dos grupos inventó un lenguaje comprensible sólo para los iniciados, por lo tanto códigos numéricos, mensajes simbólicos y otros artificios para conservar el poder a través de la información. En el fondo Pitágoras podría ser considerado como el inventor de la masonería o, por lo menos, como el precursor de las asociaciones secretas. Su secta, a la que podríamos denominar P1, tenía todas las características de una logia masónica: el sigilo, el rito de iniciación, la figura del Gran Maestro, la ayuda recíproca entre hermanos, los símbolos, los compases, las escuadras, etc. A propósito de sigilo, la ley de la escuela no tenía ninguna piedad con los transgresores: se cuenta que un día un discípulo, un tal Hipaso, reveló a todo el mundo la existencia de los números irracionales y la consiguiente resquebrajadura de la armonía numérica sobre la que se erguía el castillo de

las teorías pitagóricas[98]; pues bien, el traidor no fue muy lejos: alcanzado por la maldición del Maestro, naufragó a pocas millas de Crotona, mientras intentaba desesperadamente alejarse de allí.

A Pitágoras se le atribuyen numerosos acontecimientos, extraordinarios. Éstos son algunos de los más verosímiles: mató a una serpiente venenosa de un mordisco[99]. Conversó durante muchos años con una osa daunica[100]. Persuadió a una becerra de que no comiera habas[101]. Acarició a un águila blanca que había bajado del cielo expresamente para saludarle[102]. Fue visto en el mismo instante en Crotona y en Metaponto[103]. Fue saludado por el río Neso[104] que, fluyendo junto a él, parece que exclamó «Salve, oh Pitágoras»[105].

Para acentuar más el carácter sobrenatural del personaje, fue considerado por sus discípulos como de una raza aparte. De él se solía decir: «tres son las naturalezas del Universo: los Dioses, los mortales y los que son como Pitágoras»[106]. Su nombre, en las conversaciones, no se mencionaba nunca explícitamente: se utilizaba la expresión «ese Hombre» o la más dogmática *autós éfe* (él mismo lo dijo), que más tarde, durante muchos siglos, en la versión latina *ipse dixit*, servirá para poner fin a cualquier discusión[107].

A la larga, las reglas, los misterios y el carácter dogmático de su enseñanza, terminaron hartando a los ambientes más democráticos de Crotona. Como decimos en Nápoles: «*Dalle e dalle se scassano pure ’e metalle*»[108]. Por otra parte, la verdad es que los pitagóricos no hacían nada para caer bien: miraban a todos de arriba abajo, sólo se daban la mano entre colegas y trataban de imponer a todos su catecismo. Ahora bien, todo se les puede perdonar a los poderosos, menos la pretensión de querer reformar al prójimo a toda costa. Y fue precisamente debido al integralismo beatón de los pitagóricos por lo que un día Crotona decidió declarar la guerra a los sibaritas, culpables, según Pitágoras, de gozar de la vida sin muchas preocupaciones. El resultado del enfrentamiento, como siempre ocurre cuando al mando de la facción victoriosa hay un reformador religioso, fue despiadado para los vencidos: la refinada Sibari fue completamente arrasada y todos sus habitantes asesinados a golpe de espada[109].

Mientras tanto, en Crotona se estaba formando un partido anti-Pitágoras. Al frente de esta oposición estaba un tal Cilón, joven de buena familia y de carácter violento. Este individuo, al ver que era rechazada su demanda de admisión en el club de los pitagóricos, no descansó hasta encontrar una forma de vengarse[110]. Una noche, encabezando a un centenar de delincuentes, rodeó el cuartel general de los pitagóricos, o sea la villa del atleta Milón, y tras haber invitado inútilmente a los filósofos a que salieran, prendió fuego a la casa. Poquísimos lograron huir, entre ellos Arquipo, Lísides y el mismo Pitágoras. A pesar de ello, justo detrás de la casa de Milón había un vasto campo de habas y el viejo Maestro, con tal de no atravesarlo prefirió que le mataran los conjurados. En cambio, según Porfirio[111], los cilóneos eran buenas personas: le apresaron y en seguida le dejaron en libertad diciéndole: «Querido Pitágoras, tú eres muy inteligente, pero nosotros estamos contentos con las leyes que tenemos y no queremos que las cambies. ¡Vete y déjanos en paz!». Por último, según Dicearco[112], el filósofo se refugió en Metaponto, en el templo de las Musas, y allí se dejó morir de hambre con la excusa de que ya no tenía ganas de vivir. Unos dicen que vivió setenta años, otros que noventa, otros que ciento siete e incluso que vivió más de ciento cincuenta[113].

Cierto día, Leonte, tirano de Fliunte, preguntó a Pitágoras: «¿Quién eres?» y él respondió: «Soy un filósofo»[114] y fue así como se pronunció por primera vez este término que, traducido literalmente, quiere decir «amante de la sabiduría». No obstante, aun siendo Pitágoras el primer filósofo de la historia que presumió de este título, fundó una escuela que, por ambición de poder, muy pronto se convirtió más en una secta política que en una Universidad de estudios filosóficos. Hay quien ha avanzado la hipótesis de que el pitagorismo fue una especie de sucursal del orfismo, es decir, de un movimiento religioso que floreció en Grecia en el siglo VII, en el cual los afiliados, con la excusa de tener que identificarse con el dios Dioniso, se pasaban el día en orgías y bacanales. Pues bien, a pesar de las sospechas que guardo en relación al personaje de Pitágoras, no puedo estar en absoluto de acuerdo con esta tesis: asociar los pitagóricos a los órficos es como

confundir a los seguidores de Krisna con los «hinchas» italianos una hora después del partido ganado a Brasil en los campeonatos mundiales: tan contemplativos los primeros como dionisíacos los segundos. Y además, aparte del interés por las matemáticas, en Pitágoras hallamos una tonelada más de inteligencia y la búsqueda continua de una condición místico-racional.

Al no haber escrito Pitágoras ningún libro, para saber algo acerca de su pensamiento es necesario acudir a lo que nos cuentan varios de sus discípulos escritores, y concretamente a Alcmeón, su médico de confianza, a Arquitas, el tirano de Samos, y a Filolao, un joven de Crotona. Quedan también unas anotaciones escritas por Aristóteles, quien, dicho sea entre nosotros, parece que le tenía un poco de manía a Pitágoras: sólo le nombra cinco veces y para lo demás se las arregla con expresiones del tipo de «los llamados pitagóricos dicen…».

Para ilustrar la doctrina de Pitágoras, y no hundirnos en el diluvio de noticias que nos llegan de él, es oportuno centrar nuestra atención en tres temas fundamentales: la metempsícosis, el Número y la visión del cosmos.

De la metempsícosis ya hablé al principio de este capítulo: Pitágoras afirmaba que había vivido en épocas precedentes cuatro veces y que había «visitado», en los intervalos, algunos cuerpos de plantas y de animales. Es casi seguro que nuestro filósofo importó esta teoría del Extremo Oriente, teniendo en cuenta que aún hoy en la India hay quien la considera posible. Según la metempsícosis, el alma transmigra de un cuerpo a otro y es ascendida a un nivel superior (haciéndose comerciante, atleta o espectador) [115], o retrocede a una serie inferior (árbol, perro, oveja, cerdo, etc.) según su comportamiento en la tierra. La muerte, según Alcmeón[116], permite que se una un «final» con otro «principio», por lo que, mientras un cuerpo muere, el alma, en tanto que inmortal, sigue una trayectoria circular. Ni más ni menos que lo que hacen las estrellas en el cielo. El cuerpo, añade Filolao[117], no es más que una tumba, una prisión donde el alma está obligada a expiar sus culpas. De aquí la ética pitagórica: ¡pórtate bien! Si no, ¡adiós ascenso!

Por culpa de esta teoría de la metempsícosis se burlaron bastante de Pitágoras, no sólo sus contemporáneos, sino también ilustres dramaturgos:

Jenófanes en un escrito nos lo muestra en el momento en que agarra por el brazo a un hombre que está pegando a un perro[118].

«Por favor», dice Pitágoras, «… no pegues a tu perro porque me temo que en él se encuentra el alma de un amigo mío».

«¿Y cómo lo sabes?» preguntó el hombre.

«He reconocido su voz».

Tampoco Shakespeare se queda atrás: en *Noche de Epifanía, o lo que gustéis* nos regala este intercambio de golpes sobre la metempsícosis.

BUFÓN. Malvolio, ¿por qué eres tan contrario a la caza?

MALVOLIO. Porque Pitágoras dijo que el cuerpo de un ave podría albergar el alma de mi abuela.

BUFÓN. Pues entonces permanece en tu ignorancia, ya que yo no te consideraré curado hasta que no tengas el valor de matar por lo menos un ave sin el temor de expulsar el alma de tu abuela.

Sin embargo, más que en la metempsícosis, la esencia del pensamiento pitagórico está en creer que el Número es el *arké*, el elemento primordial del Universo. En otras palabras, lo que para Tales era el agua y para Anaxímenes el aire, en Pitágoras es el Número y, sinceramente, la hipótesis me deja bastante perplejo: si es posible imaginar una mesa como un algo constituido por muchas moléculas de agua o de aire, más o menos comprimidas, ya no es tan fácil concebirla como un conjunto de números aplastados uno sobre otro. El hecho es que para Pitágoras los números tenían grosor: en un fragmento de Espeusipo, *Acerca de los números pitagóricos*[119], se especifica claramente que el número Uno es un punto (una especie de átomo), el Dos una recta, el Tres un plano y el Cuatro un sólido. Después, para demostrar todo lo anterior, precisa que dos Unidades Punto determinan una recta, tres Unidades Punto un plano y cuatro Unidades Punto un sólido. Entonces, dado que todas las cosas de este mundo, incluidos nosotros, tienen una forma, ésta se puede siempre descomponer en un conjunto de puntos o de líneas y, en definitiva, de números. Aristóteles cuenta[120] que Eurito, un pitagórico de la segunda generación, discípulo de Filolao, se propuso encontrar el número característico de cada ser viviente y, con este fin, empezó a contar el

número de piedrecitas que hacían falta para formar la imagen del hombre y del caballo.

Además de las cualidades físicas de los números, a Pitágoras le había impresionado el hecho de que todos los fenómenos naturales parecían estar regulados por una lógica superior. Concretamente, el descubrimiento de la existencia de una relación constante entre la longitud de las cuerdas de una lira y los acordes fundamentales de la música (1/2 para la octava, 3/2 para la quinta y 4/3 para la cuarta) le sugestionó de tal manera que creyó que Dios era un ingeniero excepcional y que una Ley Matemática, llamada Armonía, tenía la misión de dirigir la naturaleza.

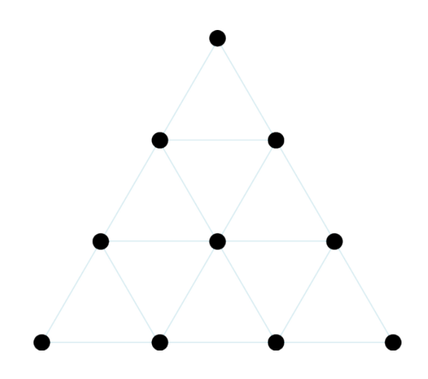
Decían los pitagóricos: «¿Qué es lo más sabio? El Número. ¿Y qué es lo más bello? La Armonía». Al principio de los tiempos, evidentemente, estuvo el Caos (el Desorden); después, la Mónada (el número Uno) creó los números y de éstos surgieron los puntos y las líneas; y por fin llegó la Armonía para consolidar las distancias adecuadas entre las cosas. Todo esto para Pitágoras era el Cosmos, es decir, el Orden[121].

La salud, la virtud, la amistad, el arte, la música, no eran más que manifestaciones de la Armonía. La salud, para Alcmeón[122], era el equilibrio adecuado entre el calor y el frío en los cuerpos vivientes, la virtud el control de las pasiones, y así sucesivamente. Incluso la justicia social, decía Arquitas, es sólo un problema de Armonía. Pero aquí, para no confundir, hay que aclarar que la justicia social para los progresistas del siglo V era una cosa bastante diferente de lo que persiguen hoy nuestros sindicatos: para Arquipas una buena justicia social se conseguía cuando a cada trabajador se le recompensaba según sus méritos. En el fondo creía en el destajo: mucho dinero para los más capaces y ni un duro para los que no tenían ganas de trabajar.

Ya que he sacado a relucir a Arquitas, creo que es el momento de abrir un paréntesis y contar algo más sobre este extraño personaje. Arquitas nació en Taranto y fue a la vez filósofo, matemático y gran hombre de Estado[123]. Al haber vivido a caballo entre los siglos V y IV no creo que pudiera haber conocido a Pitágoras. Sin embargo, siguiendo la mejor tradición pitagórica, emprendió la carrera política y en poco tiempo se convirtió en líder de su ciudad. De él sabemos que salvó la vida a Platón cuando el filósofo fue

condenado a muerte por Dionisio, el tirano de Siracusa[124]; que inventó las castañuelas para distraer a los niños e impedir que rompieran cosas de más valor[125], y que, siendo un apasionado del aeromodelismo, consiguió construir una paloma de madera capaz de volar[126].

Pero volvamos a Pitágoras y a su pasión por las matemáticas. Parece ser que también entre los números existía una aristocracia: los había nobles y plebeyos. Aparte del 10, la *tetraktýs*, que para los pitagóricos, representaba una entidad divina, el 1, el 2, el 3 y el 4 eran los números más ilustres: su suma era igual a 10 y todos juntos formaban el triángulo divino:



«Todas las cosas que podemos conocer poseen un número»[127] y cada número tiene un significado propio. Examinando con atención los textos de Espeusipo, de Arquitas y de Filolao, se puede extraer una especie de Rostro Pitagórico en el que el 1 representa la inteligencia, el 2 la opinión (siempre doble), el 4 la justicia, el 5 el matrimonio, el 7 el tiempo crítico (quizá porque son siete los días de la semana) y así sucesivamente. Además, según los pitagóricos, los números poseen cualidades terapéuticas: los cuadrados mágicos, por ejemplo, utilizados también en la Edad Media y en el Renacimiento, se grababan sobre chapas de plata y preservaban de la peste, del cólera, y de las enfermedades venéreas. Aunque me doy cuenta de que no es tan fácil en un aeropuerto mostrar un cuadrado mágico como documento sustitutivo de la vacunación obligatoria, yo propongo uno de los más sencillos:

13	3	2	16
8	10	11	5
12	6	7	9
1	15	14	4

En este esquema, sumando las cifras de cada fila, o de cada columna, o de cada diagonal, se obtiene siempre como total el número 34[128]. Al mismo resultado se llega si se suman los cuatro vértices, los cuatro números centrales e incluso las cifras de los cuadrados menores.

13	3	2	16
8	10	11	5
12	6	7	9
1	15	14	4

Todas estas correlaciones escondidas, entre los números o en los fenómenos naturales, debían de proporcionarle a Pitágoras verdaderos éxtasis de gozo. Nos podemos imaginar entonces qué desilusión debió sentir nuestro filósofo el día en que, al hacer la división entre la diagonal y el lado de un cuadrado, descubrió que el resultado no era ni un número entero ni un número decimal. ¿Pero, cómo? ¡Si hasta aquel día todo parecía obedecer a las leyes de la Armonía, cómo podía ser que de repente salieran unos números incomprensibles!

Además, precisamente gracias a la diagonal, había sido él mismo quien descubrió que el cuadrado construido sobre la hipotenusa era igual a la suma de los cuadrados construidos sobre los catetos[129], ¡y ahora la maldita hipotenusa se mostraba recalcitrante a ser dividida por uno de los lados! La

presencia de los números irracionales fue un golpe bajo para los pobres pitagóricos: todas sus teorías se iban al traste. Para empeorar las cosas, uno de sus discípulos, el traidor Hipaso, con la clara intención de perjudicar a la escuela, se puso a pregonar la noticia incluso a aquellos que no la querían saber.

Para finalizar la disertación sobre Pitágoras, hablemos brevemente de su visión cosmológica. Por primera vez en la historia de la filosofía, dejamos la butaca en el centro del Universo para que la ocupe un Fuego Central no mejor identificado. Los pitagóricos lo llamaban «la Madre de los Dioses». Alrededor del susodicho Fuego rotaban diez astros: la Tierra, la Luna, el Sol, los cinco planetas entonces conocidos, el cielo de las estrellas fijas y, para alcanzar ese bendito número 10 con el que los pitagóricos tenían una cierta fijación, un cuerpo celeste llamado Antitierra[130]. Éste era un planeta similar al nuestro en todo, con la misma órbita, pero situado en posición diametralmente opuesta respecto al Fuego Central y por lo tanto invisible.

Los diez astros, decía Pitágoras, recorren órbitas circulares y emiten en su movimiento una música dulcísima, la llamada Armonía de las Esferas[131]. Desgraciadamente para nosotros, nadie es capaz de percibir este maravilloso sonido, ya que éste es continuo y nuestro oído sólo consigue captar algún ruido por contraste con el silencio[132].

Más allá de las diez órbitas celestes se encuentra el espacio infinito. Un día, Arquitas, queriendo demostrar la existencia del infinito, pronunció esta frase: «Si me siento en el extremo límite del Universo, ¿puedo o no puedo extender una mano? Si puedo, entonces quiere decir que tras este límite todavía queda un poco de espacio»[133].

VIII

HERÁCLITO EL OSCURO

Heráclito[134] nació en Éfeso, en la costa jónica, unos kilómetros al norte de la playa de Kusadas, hoy asentamiento del precioso Club Mediterranée. La vida frenética del club, los G. O.[135] siempre en movimiento, los *windsurf* como flechas sobre el mar, las hogueras encendidas en la playa, concuerdan muy bien con la filosofía del devenir. Quizá sea un poco menos heraclitiana la sociabilidad que se pide a los clientes; Heráclito era un auténtico aristócrata, y como tal no tenía ninguna gana de hablar con el prójimo.

La fecha de su nacimiento es muy incierta: hay quien la sitúa en el 540 a. C. y quien incluso la traslada hasta el siglo siguiente. Esta falta de precisión se debe al hecho de que los historiadores antiguos no le daban demasiada importancia a la fecha de nacimiento de los hombres ilustres y preferían referirse al año de máxima madurez, la llamada *acmé*. En estos casos utilizaban un verbo muy sugerente: florecer. De Heráclito, efectivamente, se dice que «floreció» durante la 69 Olimpiada y, por lo tanto, más o menos hacia el 500 a. C.[136]

Su padre, Blosón o Blisón, era descendiente directo del fundador de la colonia, Androcles, que a su vez era hijo de Codro, el tirano de Atenas[137]. Gracias a este ilustre origen, su familia presumía siempre del título de *basileus*, el cargo sacerdotal más alto de la *polis*. Por lo tanto, Heráclito, como primogénito, estaba destinado a convertirse en un notable del país; pero cuando le llegó el turno, decidió renunciar al privilegio en favor de su hermano[138]. Cuento estas cosas con detalle porque estoy convencido de que la descripción del carácter cerrado y escorbútico de Heráclito es la clave para comprender su pensamiento. Vamos, que Heráclito era un aristócrata y un intelectual, que es como decir un *snob* al cuadrado:

despreciaba al prójimo y sobre todo a los ignorantes y a los supersticiosos. He aquí une serie de juicios que le son atribuidos:

—«Son muchos los de ínfima clase, pocos los que valen»[139].

—«La mayoría sólo piensa en saciarse, como una manada de animales»[140].

—«Los hombres se muestran faltos de entendimiento, ya sea antes de poner el oído o bien después de haber escuchado, y no se dan cuenta de lo que hacen cuando están despiertos, igual que olvidan lo que hicieron cuando estaban durmiendo»[141].

Se jactaba de que nunca había tenido maestros. Cuando sentía la necesidad de consultar con alguien solía decir: «Esperad un momento que me voy a preguntar a mí mismo»[142]. El único sabio al que apreciaba entre sus predecesores era Bías (el de la mayoría mala, del cual hablamos en el primer capítulo). Con respecto a los demás sólo tenía palabras de desprecio. «La erudición no enseña a ser inteligente; si así fuera, también serían inteligentes Hesíodo, Pitágoras, Jenófanes y Hecateo»[143].

Cuando manifestó su renuncia a ser *basileus* en favor de su hermano, se fue a jugar a los dados con algunos crios al templo de Artemisa. Ante las protestas de sus paisanos contestó: «¿Por qué os asombráis, oh canallas? ¿No es quizá mejor jugar con los niños que participar con vosotros en el gobierno de esta ciudad?»[144]. A pesar de la soberbia conciencia de su valor, no tenía ninguna ambición de poder. Cierto día, Darío, rey de los persas, deseando rodearse de intelectuales, le escribió una larga carta y le invitó a ir a su corte donde, al parecer, le habría cubierto de oro de la cabeza a los pies. Pues bien, otra vez el filósofo se negó a aceptar el «puesto seguro» y respondió que su mente «rehuía la insolente e insaciable ambición, generadora de envidia»[145]. Así era el personaje. De una pasta muy diferente a la de sus conciudadanos: en Éfeso la ética del momento era la de gozar de la vida sin pensar mucho en el futuro. Los historiadores narran que una vez la ciudad sufrió un largo asedio por parte de los persas: pues bien, también en aquella ocasión los efesios continuaron viviendo como si las provisiones acumuladas fuesen inagotables. Cuando, a causa de la larga duración del sitio, los víveres empezaron a escasear, «un hombre llamado Heráclito intervino en la asamblea del pueblo; allí, sin proferir ni

una sola palabra, cogió cebada triturada, la mezcló con agua y se la comió sentado en medio de todos»[146]. Los ciudadanos comprendieron su mudo reproche y a partir de entonces comenzaron un período de austeridad que desalentó definitivamente a los persas. ¿Verdad que en Italia también se podría resolver así, con un simple gesto, el problema de la crisis económica? Un hombre de probada sabiduría (¡no un radical, por favor!) podría comerse… qué sé yo… un par de albóndigas delante de las cámaras, ¡y quién sabe si los italianos, impresionados por tanta frugalidad, dejarían de una vez de consumir solamente los cuartos traseros!

Como Heráclito era un «despreciador del vulgo»[147], en política siempre se puso del lado de los tiranos. Solía decir: «También obedecer a la voluntad de un solo hombre significa ley»[148]. Para excusarle debemos precisar que, por aquel período, gobernaba en Éfeso un tal Hermodoro, hombre de excepcionales virtudes y viejo amigo de familia de nuestro filósofo. Nos podemos imaginar cómo se debió de irritar éste el día en que sus conciudadanos decidieron expulsar a Hermodoro por el siguiente motivo: «Al no desear que nadie de nosotros sea dignísimo, y al comprobar que hay uno que lo es, le invitamos a que se vaya a vivir a otra parte»[149]. Heráclito arremetió contra los efesios y les invitó a que se ahorcaran, uno por uno, y a que confiaran el gobierno a los niños, tras lo cual abandonó el pueblo y se hizo ermitaño.

El último período de su vida fue el más duro: reducido a un estado salvaje, se alimentó sólo de hierbas y plantas silvestres. Escribió un libro titulado *La naturaleza* y lo fue a depositar, para que no acabara en manos profanas, en el templo de Artemisa[150]. Sobre lo que había en él escrito, es unánime el parecer de que no se entendía absolutamente nada, hasta tal punto que su autor pasó a la historia como «Heráclito el oscuro» (*ho skoteinós*)[151].

Sócrates, que fue uno de los primeros en echarle una ojeada, salió de apuros diciendo: «Lo que se entiende es excepcional, por lo que deduzco que también el resto lo será; pero para llegar al fondo de esta parte haría falta ser un buceador de Delos»[152]. En otras palabras, sólo un submarinista, acostumbrado a las tinieblas de los abismos, podría haber

entendido algo. Aristóteles, por su parte, se quejaba de la mala puntuación y de la fragmentación de las frases[153].

La verdad es que el viejo y, digámoslo también, arteriosclerótico filósofo, era el primero que no deseaba que se le entendiera: su estilo era de oráculo y, como a él mismo le gustaba sentenciar, «el oráculo no dice, ni esconde, sino que indica»[154]. Por otro lado, le importaba un bledo comunicarse con las masas; total, decía: «los hombres carecen de entendimiento y, aunque hayan prestado oído, parecen sordos. En ellos se confirma el dicho: los presentes están ausentes»[155].

Cuando alcanzó la edad de sesenta años enfermó de hidropesía: se hinchó cada vez más de agua y tuvo que regresar al pueblo para que le curaran. Por cierto, también hay que decirlo, que al viejo Heráclito nunca le habían caído muy bien los médicos. Entre sus fragmentos encontramos uno en el que se maravilla de que «éstos no sólo cortan y queman, sino que pretenden también que se les pague»[156]. Además, tantos años de soledad le habían desacostumbrado a charlar con el prójimo. Así ocurrió que en presencia de los médicos se puso a hablar con enigmas: preguntó si había alguien capaz de cambiar una inundación por una sequía. Ellos no entendieron nada y él les mandó al diablo.

Esto de la hidropesía podría ser considerado como otra venganza del destino con respecto a un filósofo griego. Como ya le ocurrió a Pitágoras, asesinado en un campo de habas, también Heráclito fue perseguido por el agua. Y hay que decir que el filósofo, en su libro *La naturaleza*, había condenado al agua como la peor parte del ser humano. El alma, decía, está compuesta por porcentajes de fuego y de agua que varían de individuo a individuo: el fuego la eleva hacia metas cada vez más nobles y el agua la arrastra hacia turbias pasiones. «El borracho se tambalea y puede ser llevado de la mano por un niño imberbe, precisamente porque se encuentra con el alma demasiado humedecida»[157].

Habiéndose quedado solo y enfermo, Heráclito intentó curarse a su manera: «Se enterró en un establo bajo el calor del estiércol animal, con la esperanza de que el humor se evaporase»[158]. Sin embargo, según Neante de Cizico, se hizo embadurnar de estiércol por algunos esclavos y se expuso

al sol; pero entonces, al resultar irreconocible por los excrementos, fue devorado por una jauría de perros[159].

Era un pesimista. En uno de sus fragmentos más dramáticos escribió: «Los hombres quieren vivir, pero desean aún más morir, y procrean hijos para que nazcan otros destinos de muerte»[160]. Con estas palabras, el freudiano instinto de muerte se asoma por primera vez en la historia del pensamiento occidental.

El melancólico Heráclito, como a Teofrasto le gustaba definirle[161], pertenece sin duda a la categoría de filósofo racionalista: su desprecio por las masas sólo era inferior al que sentía por Zeus y toda la corte del Olimpo. «El mundo», decía, «no ha sido creado por ninguno de los Dioses»[162]. Criticaba abiertamente a los que rezaban («dirigir oraciones a las estatuas de los Dioses es como tratar de discutir con las casas en vez de con los moradores de éstas»)[163] y a los que, para purificarse de los pecados cometidos, sacrificaban animales en los templos («ellos se purifican de la sangre derramada manchándose de otra sangre, como si, estando sucios de barro, se quisieran lavar con barro»)[164]. Suerte tuvo de ir predicando todas estas cosas por Éfeso y no por Atenas, donde nadie le habría librado de un proceso por impiedad. He aquí un par de pensamientos heraclitianos sobre la creación: «El mejor de los mundos es un montón de desperdicios arrojados al azar»[165]: «La vida es un niño que juega y mueve las piezas sobre el tablero»[166]. Unos sesenta años más tarde Sócrates será condenado a beber la cicuta por haber dicho mucho menos que eso.

Sobre cuál fue el verdadero pensamiento de Heráclito no todos se ponen de acuerdo: para algunos es el filósofo del «fuego», entendido éste como el elemento príncipe en el que todo tuvo su origen y donde todo finalizará; en cambio, para otros, es el filósofo del «devenir», es decir, de la lucha entre los opuestos. La diferencia sustancial entre las dos interpretaciones está en el hecho de que mientras la primera prevé un vencedor final, el fuego precisamente, la segunda opta por un empate, considerando que a ninguna de las partes en lid le conviene prevalecer sobre la otra. Si he de elegir, me declaro a favor de la tesis del «devenir».

La realidad, según Heráclito, es un incesante fluir y transformarse de las cosas. No existe objeto, animado o inanimado, que no sufra modificaciones

continuamente. Incluso aquellas cosas materiales que a primera vista nos parecen inmutables, tras un atento análisis muestran alguna alteración: una campana de hierro se enmohece y un escollo se corroe, un árbol crece y un cuerpo envejece. *Panta rei*, todo fluye, «no nos podemos bañar dos veces en el mismo río»[167]. Símbolo de esta continua transformación es el fuego que Heráclito eleva a elemento primordial. «Todas las cosas son un trueque a cambio del fuego, igual que las mercancías se cambian por el oro y el oro se cambia por las mercancías»[168].

Ahora bien, aunque Éfeso se encuentre a menos de cuarenta kilómetros de Mileto y la preferencia por el fuego nos recuerde quizá demasiado las teorías cosmológicas de Tales, Anaximandro y Anaxímenes, no hay que caer en el error de catalogar a Heráclito entre los filósofos de la escuela milesia. Nuestro escorbútico pensador, aparte de su carácter, supone en el plano teórico un enorme salto cualitativo respecto a sus antecesores.

La originalidad de la intuición heraclitiana radica en haber imaginado el mundo como un gigantesco campo de batalla en el que se enfrentan fuerzas más o menos equivalentes. La lucha no constituye la excepción, sino la norma de vida; o mejor dicho, es la vida misma y los hombres deben aceptarla como una forma de justicia natural. «La mejor de las tramas se forma con los opuestos, y todas las cosas surgen de la contienda»[169]. «La guerra es el *padre* [sic] de todas las cosas»[170] [en griego el sustantivo «guerra» es masculino].

El filósofo se la tenía jurada a Homero porque el poeta, en un verso de la *Ilíada*, había exclamado: «¡que pueda morir la Discordia entre los hombres y los Dioses!»[171]. ¿Qué sería el mundo, se pregunta Heráclito, si no existiese la lucha? Un horroroso y solitario lugar de muerte.

«¿No es acaso la enfermedad la que hace buena a la salud? ¿No es quizá el hambre la que gratifica la saciedad, y el trabajo pesado el que hace el descanso tan dulce?»[172]. El más extraño, pero quizá el más significativo, de los fragmentos de Heráclito dice: «Del “arco” solamente el nombre es “vida”, puesto que su obra es muerte»[173]. Explicación: en griego las palabras «arco» y «vida» se pronuncian ambas *bíos* y la coincidencia no es del todo casual, ya que el arco, cuando está tenso, a pesar de su aparente estatismo simboliza la vida, es decir la lucha entre la madera que se curva y

la cuerda que lo tensa, mientras que la función del arco es generar muerte. Pero cuidado con que uno de los elementos en lucha le tome ventaja al enemigo: la victoria coincidiría con el suicidio del vencedor. Si hoy estuviera vivo, Heráclito aconsejaría a la Democracia Cristiana que no debilitara nunca el peso político de su adversario natural, el PCI[174], ya que el fin de este partido significaría también la simultánea desaparición del escudo cruzado[175].

Para Heráclito el conflicto cósmico, aparentemente tan caótico, esconde una racionalidad que a él le gusta definir con una sola palabra: *Logos*, y aquí vamos a parar a las *llaves*[176], ya que este término es susceptible de las más diversas interpretaciones. Para algunos, *Logos* significaría simplemente «Lenguaje»; para otros, en cambio, sería «Verdad», «Razón», «Verbo», «Realidad» e incluso «Dios». Yo estoy convencido de que Heráclito concebía el *Logos* como una simple ley natural que regulaba la lucha entre los elementos, pero sin atribuir a esta palabra ningún significado metafísico. Para los estoicos, en cambio, así como para todos aquellos que quisieron darle a la filosofía de Heráclito un tinte religioso, el *Logos* representaba la voluntad del creador. Desgraciadamente, la filosofía estoica, y después la cristiana, no pudieron dejar de imaginar un «final feliz» como compensación por los innumerables sufrimientos que padecemos en la vida terrenal, y esto las ha condicionado bastante. Lo que me hace inclinarme hacia las tesis naturalistas es la comprobación de que todos los filósofos presocráticos fueron incapaces de concebir algo no material. Anaximandro, por ejemplo, con su *ápeiron* no hablaba de una entidad inmaterial, como el alma, para entendernos, sino de una materia infinita más sutil que el aire, e incluso Pitágoras concebía los números como pequeños objetos que tenían grosor.

La oscuridad de Heráclito ha tenido su buena parte de responsabilidad en esta variedad de interpretaciones: dada la indescifrabilidad de los fragmentos, cualquiera que quiso consiguió casi siempre encontrar en Heráclito un aval a sus propias teorías. Todos, por así decirlo, han querido «llevar el agua a su molino». Aconsejo a los estudiantes de filosofía que citen siempre a Heráclito, cualquiera que sea el filósofo cuyo pensamiento estén describiendo. Hobbes, Spencer, Hegel, Bergson, Heidegger,

Nietzsche: a cualquiera de ellos puede irle bien el Oscuro, ya que siempre dijo todo y lo contrario de todo: así se queda bien y se arriesga poquísimo.

También Heráclito tuvo sus *fans* y, como a menudo ocurre, éstos se mostraron aún más intransigentes que el maestro; si efectivamente Heráclito había dicho que no era posible bañarse dos veces en el mismo río, su discípulo preferido, Crátilo, afirmó que no era posible efectuar eso ni siquiera una vez y, con respecto a la inutilidad de comunicarse con el prójimo, era costumbre en él guardar el más absoluto silencio. Cuando le preguntaban algo, se limitaba únicamente a mover el dedo meñique[177].

> EJERCICIO: reflexionar sobre el siguiente fragmento: «Por amplitud, el sol es tan grande como el pie de un hombre»[178].

IX

TONINO CAPONE

Entre los muchos tópicos que trivializan nuestra conversación, hay uno execrable según el cual convendría «tomarse la vida con filosofía». Soy consciente de que quedarse atrapado en un ascensor es una experiencia que requiere actitudes filosóficas, más que nada para entretenerse durante la espera, pero no me siento capaz de reducir la filosofía a una simple práctica de resignación. Tener una filosofía significa, entre otras cosas, poseer una escala de valores que sirva de base para realizar las elecciones de la vida.

Tomemos el caso de Tonino Capone: estamos en Nápoles una mañana de julio, es mediodía, la temperatura ha alcanzado su máximo de la temporada, mi *Fiat* está aparcado al sol. Entro en el coche ardiendo, lo pongo en marcha y me doy cuenta de que me he quedado sin batería: blasfemo en voz alta y me dirijo andando al taller más cercano. La persiana metálica está bajada y sobre ésta cuelga un cartel que dice: «HABIENDO GANADO LO SUFICIENTE, TONINO SE FUE A LA PLAYA».

Ésta de Tonino es una elección de vida que presupone una filosofía. Analicémosla con detenimiento.

Conocí a Antonio Capone en el 48, en un colegio de salesianos: él estaba interno, yo solía ir a jugar al balón. En aquellos tiempos, Tonino seguramente era un chaval de acción y no de pensamiento: nada hacía suponer que un día se convertiría en filósofo.

Tras abandonar la carrera eclesiástica, e incluso antes de empezarla, sus únicos intereses fueron el fútbol y los motores. Coches, motos, lanchas motoras, motocicletas, cualquier cosa que tuviera que ver con un motor de explosión le fascinaba. Dejó la universidad y se hizo preparador de coches de carreras; siempre estaba embadurnado de grasa y apestaba a aceite de ricino. Se casó jovencísimo y encontró trabajo de probador de coches en la

Fiat de Nápoles, pero tanto el matrimonio como el empleo duraron muy poco: a los veinticuatro años estaba de nuevo soltero y en paro. En el 55 participó en el Gran Premio Posollippo, con un prototipo que él había inventado. La carrera fue ganada por Ascari y él se salió de la pista en la primera curva, la de Trentaremi: si no llega a ser por unos cuantos fardos de paja y un magnolio habría ido a parar al mar, tras un vuelo de doscientos metros. Aparte de él, que se rompió las piernas, no hubo heridos entre los espectadores. Durante todo el tiempo que estuvo escayolado, la inmovilidad forzosa y los estudios de latín y griego realizados con los salesianos favorecieron una reanudación de la lectura de los clásicos y el interés por la filosofía. Hoy en día, Tonino es el único intelectual italiano capaz de arreglar los platinos de un delco.

«La vida cotidiana», dice Tonino, «es como el Monopoli: al comienzo, cada jugador recibe del banco 24 fichas de libertad, una ficha para cada hora del día. El juego consiste en saber gastarlas de la mejor manera».

Nos encontramos en una pizzería de la Zona del Vomero: es la una de la noche, ya no quedan clientes, el local va a cerrar. *'O Maresciallo*, el propietario, está haciendo caja. Dos camareros dan vueltas entre las mesas y amontonan servilletas sucias para la lavandería. En una mesa de la esquina, delante de tres tazas de café, nos hemos quedado sentados Tonino, Carmine, el viejo camarero de la pizzería y yo.

«Nosotros para vivir», dice Tonino, «necesitamos dos cosas: un poco de dinero, para ser independientes desde el punto de vista económico, y un poco de afecto, para superar indemnes los momentos de soledad. Pero estas dos cosas no te las regala nadie: te las tienes que comprar y las tienes que pagar con horas y horas de libertad. Los meridionales, por ejemplo, tienden a desear el puesto seguro y el sueldo fijo todos los veintisiete del mes. No digo que se trate de un oficio *stressante*, todo lo contrario; pero en términos de libertad el empleo es un compromiso de los más caros que existen: ocho horas al día significan ocho fichas que pagar, sin tener en cuenta las horas extraordinarias y un eventual segundo empleo. Y vayamos con el amor: también en estos casos el hombre se inclina hacia una colocación que sea

muy cómoda, busca una esposa y espera obtener de ella ese sueldo afectivo que necesita. También esta solución tiene su coste: con la mejor de las suertes, son otras seis horas de libertad que se van a paseo. La esposa espera al marido que acaba de cumplir su horario de trabajo y le secuestra. Ahora echemos cuentas: ocho horas para trabajar, seis para la mujer, quedan todavía diez y hay que dormir, lavarse, comer e ir en coche a trabajar y volver a casa».

«Don Antó», dice Carmine, que, al no ser amigo íntimo, se dirige de usted a Tonino y le llama don Antonio, «lo único que no entiendo es lo de las fichas. Usted dice que para conseguir dinero tiene que gastar otro dinero…».

«Sí», le interrumpe Tonino, «pero se trata de un dinero imaginario, cheques correspondientes a las horas de tiempo libre. Si tú sacrificas todas las horas de la jornada en tu trabajo y en tu mujer, ya no te quedará ni un minuto para estar solo, contigo mismo».

«Ya entiendo, don Antó», admite Carmine sin demasiada convicción, «pero vea usted: yo cuando trabajo no me aburro nunca, cuando estoy con mi mujer digamos que me aburro un poquito, y cuando me quedo solo conmigo mismo me aburro muchísimo y entonces me digo: ¿no será mejor ir a trabajar?».

«Eso te pasa porque nadie te enseñó nunca a vivir solo. ¿Sabes qué decía un filósofo alemán llamado Nietzsche? Decía: "¡oh soledad, oh patria mía!"».

«Puede que sea así en Alemania», objeta Carmine, «pero para nosotros, napolitanos, la soledad siempre ha sido mala cosa».

«La soledad en sí misma no es ni mala ni buena», precisa Tonino. «La soledad es un aumentativo, es una lente de aumento: si te encuentras mal y estás solo, te sientes fatal; si te encuentras bien y estás solo, te sientes fenomenal».

«El problema es que se está más veces mal que bien», murmura Carmine.

«De todas formas no quería hablar de la soledad, sino del tiempo libre. Y aclaremos en seguida una cosa: que cada uno es dueño de pasar el tiempo libre como mejor le parezca. Hay a quien le gusta quedarse en casa solo,

leyendo o pensando; hay quien prefiere salir con amigos e ir a cenar, y hasta quien se divierte dando vueltas con el coche en medio del tráfico. Lo importante es que exista siempre, para cada uno de nosotros, ese ratito para poder dedicarse a algo que no sea la pura ocupación de ganar dinero y de gastar. Hoy, desgraciadamente, el consumo, con sus pretensiones cada vez más imperativas, con sus leyes de comportamiento, nos obliga a trabajar más de lo que en realidad necesitamos. Bastaría con eliminar los gastos superfluos para podernos liberar, de una vez para siempre, de la condena del supertrabajo».

«¡Don Antó!», exclama Carmine. «¡Usted no me puede venir con ésas! ¿Pero de qué gastos superfluos me habla? Usted vive solo, yo tengo mujer y tres hijos; usted por cambiar un piloto roto se saca dos mil pesetas ¡y yo, para ganar sesenta mil pesetas, tengo que trabajar un mes entero y esperar las propinas de los clientes!».

«¿Tienes coche?», pregunta bruscamente Tonino.

«¿Qué quiere usted decir con lo del coche? Tengo un 127 completamente destartalado», responde Carmine bajando el tono de voz, casi como si se sintiera culpable.

«Y para ti el coche no es un gasto superfluo: tu padre no lo tenía y no por eso tuvo una vida más infeliz que la tuya. Di la verdad: ¿te lo has comprado porque has visto que los demás lo tenían o porque realmente lo necesitabas?».

«¡Pero cómo se puede vivir en Nápoles sin coche! Los transportes públicos es como si no existieran».

«¿Puedes decirme quién es un hombre rico?».

«Uno que gana mucho dinero».

«¿Cuánto dinero?».

«Y yo qué sé… Digamos que unas trescientas mil al mes».

«La riqueza, querido Carmine, no es una cifra establecida basándose en la cual se puede decir que Mengano es rico porque la supera y que Fulano es pobre porque no la alcanza. La riqueza es una condición relativa: es rico quien gana más de lo que gasta; y, viceversa, es pobre quien tiene exigencias superiores a sus ingresos».

«No entiendo», dice *'O Maresciallo*, que, tras acabar de hacer cuentas, se sienta con nosotros.

«Quiero decir que la riqueza es sólo un estado de ánimo: uno puede sentirse rico aunque no tenga mucho dinero: lo importante es que gaste menos de lo que gana y que no tenga deseos».

«¡Pues ése es el problema, don Antó: los deseos!», estalla Carmine: «Yo, por ejemplo, deseo ardientemente un televisor a color, pero es que vale casi cien mil. ¡Se dice pronto! ¿Pero cuándo conseguiré yo reunir cien mil pesetas? El pasado domingo me quedé en once: ¿pero cómo, digo yo, el Fiorentina, que iba ganando tres a cero a diez minutos del final, va y termina en empate? Pero entonces que me lo digan claramente: "Carmine Cascone, tú no te puedes comprar el televisor en color". Y así, no pensaré más en ello».

«Cierto», dice Tonino, «hoy en día el televisor en color es realmente indispensable».

«No, se puede prescindir perfectamente de él, pero el que suscribe ha tenido muy mala suerte», responde Carmine. «Usted debe saber que justo enfrente de donde yo vivo, en Materdei, está el Círculo Cultural Benedetto Croce, que tiene un televisor en color de 23 pulgadas. Como mi mujer era, digámoslo así, la responsable del orden en el local, yo iba todos los domingos por la tarde a ver a Pippo Baudo y los partidos de fútbol. Entonces el Círculo se quedó de repente sin fondos y no sólo no pagó al dueño del local, sino que vendió los futbolines que tenía alquilados. Así que la fábrica de los "flipper" puso una denuncia y el otro día llegó el oficial del juzgado a precintarlo todo. Yo me había acostumbrado a ver la tele en color y ya no estoy a gusto con la de blanco y negro: por eso me la tengo que comprar a la fuerza».

«Si yo estuviera en tu lugar, Carmine, denunciaría también a Benedetto Croce», sugiere *'O Maresciallo* tratando de parecer serio. «Ésos, prácticamente se han comportado contigo como traficantes de droga: primero te la han dado gratis y ahora tienes que pagarla».

«Maresciá, usted se burla y éste, Carminiello, tiene toda la razón», rebate Tonino. «Pues sí, porque en el episodio que nos ha contado antes, el Círculo, con su permisividad, le ha hecho contraer un aumento en el nivel

de vida en perjuicio de su riqueza relativa. Le pongo un ejemplo: supongamos que usted despide en los próximos días a Carmine…».

«Y esto es algo que puede ocurrir de verdad», replica *'O Maresciallo*, «ya que se pasa más tiempo charlando que sirviendo las *pizzas* a los clientes».

«… y supongamos que el pobre Carmine acude a mí en busca de trabajo…», continúa Tonino ignorando las interrupciones.

«Don Antó, le advierto», avisa Carmine, «yo de electricidad y de coches no entiendo nada».

«… y pongamos que, dada nuestra vieja amistad, yo le dijera lo siguiente: querido Carmine, como necesito un secretario personal, te contrato y te pago un sueldo de ciento cincuenta mil al mes…».

«¡Sería un milagro!», suspira Carmine.

«… esto durante el primer año. A partir del segundo año, por motivos personales, no tengo más remedio que reducirle el sueldo a cien mil al mes».

«¿Cómo?», protesta Carmine. «¡El primer año ciento cincuenta mil, y el segundo sólo cien mil! ¿Qué pasa, don Antó: en vez de ir para adelante, vamos para atrás? Me asombra usted: un empleado eficiente, después de un año tiene derecho a un aumento de sueldo».

«Yo, en cambio, estoy loco: pago más al principio y menos al año siguiente», insiste Tonino. «Llegados a este punto, querido Carmine, te habría arruinado: pues sí, porque tú te habrías acostumbrado a vivir con un sueldo de ciento cincuenta mil, y luego te sentirías pagado de menos durante el resto de tu vida. Si, en cambio, fueses listo, durante el primer año coges esas cincuenta mil de más y se las regalas al mendigo que está en la esquina de la iglesia. Así, después de un año a ti no te pasa nada, ya que sigues viviendo tu vida de siempre, y el que peor librado sale es el mendigo de la esquina de la iglesia, que diría: "¿Pero qué le habrá pasado a ese señor tan amable que cada mes me traía siempre cincuenta mil pesetas?"».

«Efectivamente», admite Carmine, «el pobre hombre estaría más acomodado. Quién sabe, ¡a lo mejor se habría echado una amante!».

«Y así es como la parábola del pobre beneficiado puede hacer comprender el secreto del bienestar», concluye triunfal Tonino. «La riqueza no es más que un estado de ánimo: basta con no tener necesidades para

sentirse automáticamente super-ricos. ¿Quieres la felicidad? No hay problema: recuerda que coincide con tu libertad personal. En lo que a mí respecta, he reducido al máximo mi nivel de vida: esto me permite trabajar sólo media jornada y dedicar el resto de mi tiempo a la amistad y a conocer mundo».

Tonino Capone no escribió ningún libro. Los únicos fragmentos que se le pueden atribuir son los que están escritos a bolígrafo en su agenda de trabajo. Entre un «martes 18.30 antirrobo abogado Pittalá» y un «ordenar baterías Tudor», de vez en cuando se puede leer: «Muchos estudian la forma de alargar la vida, ¡cuando lo que habría que hacer es ensancharla!».

X

ELEA

Mis queridos conciudadanos: si en lugar de estar atascando el tráfico de la isla de Ischia os decidierais un día a avanzar un poco más hacia el sur y a explorar la costa italiana en ese desconocido tramo que va desde Punta Licosa a Capo Palinuro, seguramente terminaríais descubriendo un pueblecito de pescadores llamado Marina di Ascea, donde, aparte del agua del mar, que sigue siendo la misma, destacan, en medio de un silencio encantado, las antiguas murallas de la ciudad de Elea.

A los ojos de los colonizadores focenses, en aquel lejano 540 a. C., el lugar debió de parecer lo mejor que se podía pedir a los Dioses: un río, el Alento, lo suficientemente ancho y profundo como para poder dejar a buen recaudo los barcos; dos islotes, Pontia e Isacia[179], situados como centinelas para vigilar la desembocadura; y por fin, un promontorio, rodeado de mar por tres lados, que parecía hecho a propósito para construir allí encima una Acrópolis. Los focenses en seguida se dieron cuenta de que habían llegado a su destino.

Llegados a este punto de mi historia, me parece que puede ser interesante seguir desde el principio una de estas odiseas, más que nada para entender los motivos que empujaban a nuestros antepasados a enfrentarse a tantos peligros. Basta con imaginarse lo que tenía que ser atravesar el Mediterráneo con una barca de remos en el siglo sexto antes de Cristo. No elegí Elea, una instalación de los focenses, al azar, ya que este pueblo, más que ningún otro, contribuyó a diseminar de colonias todo el mundo entonces conocido. A los focenses se les atribuye la exploración del mar Adriático, la colonización de las costas españolas e, incluso, tras los pasos de Coleo, una escapadita por las costas atlánticas más allá de las columnas de Hércules[180].

Todo comenzó un mal día del 545 a. C., más o menos, cuando un general persa, un tal Arpago, decidió ocupar la costa jónica por cuenta del Gran Ciro y puso sitio a la ciudad de Focea.

La historia de la humanidad, antes de la llegada de la aviación, fue toda una historia de asedios. Cuando un pueblo decidía instalarse en un lugar, lo primero que hacía era localizar un sitio sobre una colina, que le permitiera mirar de arriba abajo al enemigo invasor, y después se encargaba de construir el cerco de murallas. Era tanto el miedo a acabar los días en la esclavitud, que los habitantes de Ecbatana (hoy Hamadán) protegieron su ciudad con siete filas concéntricas de murallas[181]. Nuestra Focea tenía, además, una salida de emergencia, el mar, muy a tener en cuenta, ya que los focenses eran excelentes marineros y sus barcos «de cincuenta remos» difícilmente podían ser alcanzados una vez que se habían alejado del puerto.

Pero volvamos al asedio: Herodoto narra[182] que Arpago, tras innumerables asaltos, hizo saber a los asediados que para él la conquista de Focea era una simple cuestión de prestigio y que se podía llegar a un acuerdo: sería suficiente con derribar un baluarte para poder decir que también Focea se había sometido al poder de Ciro. Los focenses se tomaron un día para decidir una eventual rendición y, a su vez, pidieron que durante la reflexión las tropas persas retrocedieran por lo menos un kilómetro. Arpago consintió en su petición y los asediados aprovecharon la ocasión para embarcarse en las naves con todas sus riquezas e incluso con las estatuas de los Dioses.

Un viaje preparado de prisa y corriendo, y con los persas pisándoles los talones, no podía ser muy largo. Por eso los focenses desembarcaron esa misma noche en la vecina Chío y allí, con el dinero en mano, intentaron comprarse las islas Oinousas. Desgraciadamente para ellos, los habitantes de Chío, temerosos de una posible competencia comercial, dijeron que narices y nuestros prófugos se vieron obligados a tomar nuevamente el camino del mar. Algunos, vencidos por la nostalgia, volvieron sobre sus pasos; otros decidieron dar el gran salto y pusieron rumbo a Occidente con la intención de llegar hasta la lejana isla de Cirnos (la actual Córcega)

donde, al parecer, unos años atrás, un grupo de paisanos habían fundado la colonia de Alalia[183].

La llegada de los focenses no debió de agradarles mucho a los cartagineses y a los etruscos, los cuales, sintiéndose amenazados por esta afluencia continua de meridionales jónicos, decidieron expulsarles de una vez para siempre. Se trató de un enfrentamiento naval de grandes proporciones, en el que no hubo ni vencedores ni vencidos: una batalla cadmea[184], como se solía decir en aquellos tiempos. Los focenses perdieron cuarenta naves; muchos de ellos murieron luchando y otros se salvaron nadando, pero rápidamente fueron lapidados por los corsos, que también entonces eran gente de pocas palabras. Narra Herodoto que todos aquellos que después pasaban por el lugar del estrago «repentinamente se sentían entumecidos, lisiados e impotentes, como si en vez de hombres fueran borregos o animales de carga»[185].

Los supervivientes de aquella infeliz expedición se dividieron en dos grupos: unos fundaron Massalia (Marsella)[186], y otros se dirigieron al sur, hacia Reggio Calabria. En esta última ciudad fueron alcanzados por un mensajero de la Pitia, que les aconsejó que, sin perder tiempo, ascendieran por la costa de Calabria hasta la desembocadura del río Alento. En un primer momento, la colonia se llamó Hyele[187], por una fuente del lugar que así se llamaba; luego Elea y, finalmente, los antiguos romanos la llamaron Velia, y con esta dicción todavía se la puede encontrar en los mapas del Touring.

Hoy en día, el promontorio de la Acrópolis ya no da al mar: una progresiva serie de aluviones ha corrido la desembocadura unos cuantos kilómetros[188] hasta englobar los dos islotes, Pontia e Isacia, que sin embargo todavía son visibles, ya que son los únicos puntos calcáreos en una amplia zona aluvial. Quien recorra la carretera principal, viniendo de Casal Velino, encontrará a la izquierda una flecha con la indicación «a Velia» y, a un centenar de metros, las murallas de la ciudad baja. Es fácil tropezarse con alemanes, con franceses y también con japoneses, obviamente todos ellos provistos de cámaras fotográficas; sin embargo, escasean los turistas italianos. Si Elea estuviera en las Seychelles, quizá fuese más conocida en ciertos ambientes de la Italia que cuenta; pero vosotros, mis queridos

napolitanos, que es notorio que no frecuentáis la *jet-set*, no podéis faltar: venid para acá un domingo de estos con vuestras familias y, una vez que hayáis llegado a Porta Marina, quitaos los zapatos y avanzad descalzos hacia la Acrópolis. Al atravesar la Puerta Rosa pisaréis las mismas piedras que hace 2500 años fueron tocadas por las sandalias de Jenófanes de Colofón.

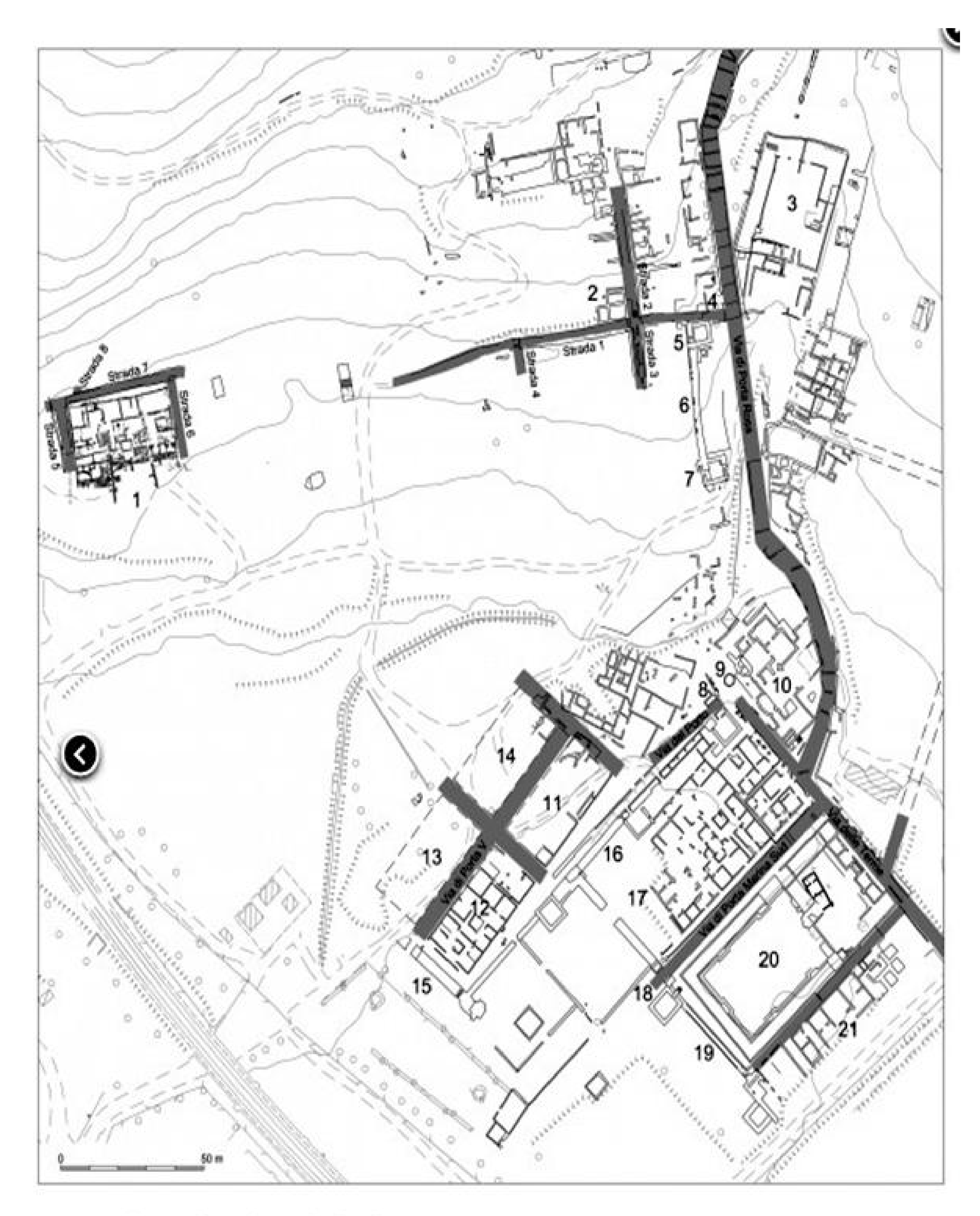


Fig.7 - Elea-Velia. Plano de los distritos sur y oeste.

---

1. Bloque I; 2. cd. Casa de las Capitales; 3. Cd. Ágora; 4. "Puerta del Ágora"; 5. Torre B1; 6. Fortificación, sección B; 7. Torre B2; 8. Puerta de Via del Porto; 9. cd. Pozo sagrado; 10. Spa; 11. Aislado A.II; 12. IA aislada; 13. Bloque A.IV; 14. Bloque A.III; 15. Fortificación, sección B

Oeste-1; 16. Fortificación, sección B; 17. *Insula* I; 18. Porta Marina Sud; 19. Fortificación, sección E; 20. *Insula* II; 21. *Insula* III.

Allá en Elea, ahora, hay paz y silencio: tumbaos sobre la hierba a comer el bocadillo de salchichas y grelos preparado por vuestras esposas; sentaos después a tomar el sol sobre los peldaños del templo mayor y observad con calma el lugar donde cada mañana Parménides enseñaba a Zenón que «el ser es» y «el no ser no es»; quién sabe si la fascinación del paisaje conseguirá que os adentréis en la filosofía del ser, mejor que cualquier manual especializado.

El trazado de las murallas de defensa nos da a entender que Elea no fue nunca una gran metrópolis (véase fig. 7), ni siquiera en la época de su máximo esplendor; sin embargo, fue precisamente en este pequeño pueblo de la región de Campania donde nació una escuela de pensamiento que en lo sucesivo tendría un gran peso en la historia de la filosofía occidental.

XI

JENÓFANES

Jenófanes[189] era un rapsoda y un cantautor: su repertorio comprendía los poemas homéricos y unas sátiras, llamadas *silloi*, compuestas por él mismo para tomarles el pelo a los colegas. Siempre que había una fiesta, un simposio, al primero que invitaban era a él, y casi siempre, al final del banquete, alguien le pedía una canción. «*Jenó*», le decían, «cántanos lo de cuando Agamenón le robó la esclava a Aquiles». Así, a fuerza de declamar siempre los mismos episodios, le cogió manía a Homero y desde ese momento empezó a decir pestes de él. Para los griegos, en cambio, Homero lo era todo: los muchachos tenían que conocerlo de cabo a rabo y sólo entonces podían decir que habían terminado la escuela obligatoria. Alcinoo, por poner un ejemplo, afirmó que los Dioses habían decretado la destrucción de Troya sólo para darle a Homero «un argumento para cantar a la posteridad»[190].

Jenófanes era un moralista, pero también tenía sentido del humor, que es como decir un vicio y una virtud. Nada le parecía bien: aparte de con Homero la tomó con Hesíodo, Tales, Pitágoras, Epiménides y con cualquiera que hubiese sido más famoso que él. Una vez incluso se quejó de los deportistas: «No es justo», dijo, «que un hábil púgil, que un valiente atleta en el pentatlón, en la lucha o en la velocidad de las piernas, reciba más honores y riquezas que quien enseña sabiduría, porque ésta, a mi parecer, vale más que la fuerza física de los hombres y de los caballos»[191]. ¡Y pensar que en aquella época los campeones no tenían aún patrocinadores!

Respecto a su humorismo tengo mis dudas: será que han pasado veinticinco siglos, pero no me parece que fuera nada del otro mundo. Cierta vez, uno que le contaba que había visto anguilas que vivían en agua

caliente, él le respondió: «Eso quiere decir que las tendremos que cocer en agua fría»[192]. ¡Bah! ¿Quién sabe si dentro de dos mil quinientos años los fragmentos de mi *Así habló Bellavista* no serán examinados por los estudiosos con la misma atención?

Jenófanes, hijo de Dexio o de Ortomeno, para no variar nació también en la costa jónica, en Colofón. Si en lo que se refiere a la paternidad no tenemos ninguna certeza, aún menos clara está su fecha de nacimiento: unos dicen que fue contemporáneo de Anaximandro[193] (que nació en el 610) y otros que de Gerón[194] (tirano de Gela en el 470). Para contentar a todos, tendría que haber vivido más de cien años y quién sabe si no lo consiguió. Lo que sabemos con certeza es lo que nos dice él mismo en una elegía: «Son sesenta y siete los años que llevo empujando errante mi afán por la tierra helénica y esto desde cuando ya habían pasado veinticinco años desde mi nacimiento»[195]. Ahora es fácil hacer cuentas: 67+25=92, añadamos algún añito más y ya estamos en cien. Más interesante es notar que empezó «a empujar el afán» con veinticinco años. Si hacemos coincidir esta fecha con la del exilio, y teniendo en cuenta que la invasión de los medos es del 540, fijamos finalmente la fecha hacia el 565 a. C.

Parece ser que de niño no tuvo maestros. La noticia que nos llega de que fue discípulo de Anaximandro[196] nos parece muy improbable, a menos que Anaximandro, además de filósofo, fuese también *baby-sitter*.

Jenófanes se puso a discutir con todo el mundo en cuanto tuvo uso de razón. Colofón, en la primera mitad del siglo VI, estaba gobernada por una oligarquía, llamada de los mil caballeros, y pertenecía a un territorio controlado por el pueblo de los lidios, la cosa más normal en aquellos tiempos. Sin embargo, al joven Jenófanes la débil dominación lidia no le hacía ninguna gracia: decía que los soldados de Creso eran unos *play-boys* y que, por su culpa, las costumbres de sus conciudadanos se habían relajado. De que cambiara su opinión sobre los lidios se encargó el general Arpago, jefe militar de los medos, soldado de vieja estampa y terror de toda la costa jónica. El filósofo comprendió de inmediato que con las nuevas tropas de ocupación no venía al caso ponerse a declamar sátiras y decidió largarse con viento fresco.

Le pasó de todo: fue capturado y vendido como esclavo por piratas, fue rescatado por los pitagóricos Parmenisco y Orestades[197], enterró a sus hijos con sus propias manos[198], vivió en Zancle (Mesina), en Catania[199], en Malta, en Siracusa[200], en Agrigento y en Lípari[201], donde quedó impresionado por la erupción del volcán (¿qué volcán? Probablemente confundió Estrómboli con Lípari). Tras dar muchas vueltas, terminó en Elea y allí, por fin, decidió detenerse para colocar la primera piedra de la escuela eleática.

Murió viejo y pobre, pero tan pobre que un día confesó que «no podía mantener ni siquiera dos esclavos»[202].

Además de los *silloi* y de las elegías, escribió una obra en hexámetros titulada *La naturaleza* y otros dos poemas en verso de tema histórico: *La fundación de Colofón* y *La colonización de Elea*.

Algunas historias de la filosofía clasifican a Jenófanes como el primero, en orden temporal, de los filósofos eleáticos. Ahora bien, de que vivió en Elea no hay dudas, y que era más viejo que Parménides es un hecho incuestionable, pero que por estas dos circunstancias se le considere también el fundador de la escuela eleática nos parece un poquito arriesgado. Puede que «el poeta humorista de Colofón»[203] no fuese ni siquiera un filósofo, sino sólo un teólogo nacido por equivocación siete siglos antes de tiempo. De todas formas, confirmamos que fue el primero que acuñó el eslogan «El Uno es Todo», que en cierta manera anuncia el pensamiento de Parménides.

La idea central de Jenófanes es que a Dios no se le puede confundir con esas caricaturas que Homero y Hesíodo difundieron en sus poemas[204]. «Ellos han atribuido a los Dioses», decía, «todo aquello que para los hombres es motivo de deshonra y censura: robar, cometer adulterio y engañarse recíprocamente»[205]. Dios en cambio es una entidad superior, es Todo y es Único. Pero cuidado: al decir Único no debemos pensar en un Dios como nos los imaginamos nosotros, gente de fe cristiana inclinada al monoteísmo, sino en una visión panteística del mundo, tipo Tales para entendernos, en la que cada cosa es Dios y el conjunto de las cosas forma

un Todo Único de carácter divino. Los hombres ignorantes, por el contrario, tienden a imaginarse a los Dioses como muchos *supermanes* hechos a su propia imagen y semejanza: «Los etíopes los ven romos y negros, los tracios con los ojos cerúleos y el cabello rojo»[206] y «si los bueyes, los caballos y los leones tuviesen manos, pintarían a sus Dioses parecidos a bueyes, caballos y leones, y harían sus cuerpos como son los de ellos»[207].

Lo primero que hay que decir, asegura Jenófanes, hablando de Dios es que no podemos afirmar que Él nació, ya que lo perfecto no puede nacer de lo imperfecto: por lo tanto, Dios es ingenerado y eterno. Tampoco pueden los Dioses ser una multitud porque, si así fuera, unos serían superiores y otros inferiores, y no se puede concebir la idea de un Dios inferior. No podrían ser tampoco iguales, ya que lo igual, al no ser por definición mejor que los otros, se opondría al primer requisito de la divinidad que es la de ser suprema. En conclusión: Dios es Único, Omnipotente y Esférico, y como tal no es ni infinito ni limitado.

Aristóteles no está de acuerdo con la esfericidad del Dios de Jenófanes. Para él, «admitir que Dios es esférico es como ponerle límites»[208]. Para resolver el problema y contentar a todos, habrá que esperar a Einstein y su teoría del espacio curvo de cuatro dimensiones, que es limitado e ilimitado a la vez. Pero temo alejarme demasiado del tratamiento coloquial que prometí al principio, por lo que paso a otra cosa y dejo las reflexiones de arriba como estímulo para la fantasía del que lee.

Si con la intuición del Uno Jenófanes anticipa las teorías de Parménides, en la física enlaza sobre todo con los filósofos de Mileto. El mundo, para él, viene de la tierra y volverá a la tierra[209]. Sin embargo, actualmente está hecho de tierra y de agua y, en las soluciones intermedias, de barro. Para probar las incursiones de uno de estos elementos en la zona del otro, el filósofo cita los fósiles de peces, plantas y conchas que él halló en las canteras de Siracusa[210]. Por último, es extraordinaria su hipótesis según la cual la tierra, bajo nuestros pies, sería infinita[211], no flotante sobre el agua, como afirmaba Tales, ni suspendida en el vacío como decía Anaximandro.

El mejor Jenófanes, a mi juicio, es el que se dedica a la poesía. Leamos juntos una de sus elegías y trasladémonos con el pensamiento a un simposio del siglo quinto antes de Cristo[212].

… el cráter está ahí, repleto de alegría, y ya hay más vino en los vasos, y dice que nunca faltará, dulce como la miel, oloroso de flores; en medio el incienso emana su sagrado efluvio; hay agua fresca, dulce y limpia; aquí al lado están los blancos panes y la suntuosa mesa oprimida por el peso del queso y de la rubia miel; el centro del altar está completamente cubierto de flores y toda la casa resuena con el canto y con el alborozo. Ante todo, como hombres de bien, hemos de elevar cánticos a Dios con píos relatos y palabras puras. Pero una vez que se ha libado y se ha implorado el poder obrar con justicia no es un exceso pecaminoso beber lo suficiente para que quien no es demasiado viejo pueda volver a casa sin la ayuda de un esclavo…

XII

PARMÉNIDES

Parménides, hijo de Pireto, nació en Elea entre el 520 y el 510 a. C.[213] Diógenes Laercio narra que tuvo como maestros a Jenófanes, a Anaximandro y al pitagórico Aminia[214]. Sobre el hecho de que fue alumno de Jenófanes no creo que existan dudas: viviendo allí, en un pueblecito de menos de mil habitantes, con poquísimas distracciones, no veo cómo habrían podido no conocerse. En cambio, la presencia de Anaximandro entre los profesores de Parménides me parece un hecho cuando menos improbable: las dos mil millas de mar y, sobre todo, los ciento y pico años de diferencia entre ambos deberían excluir cualquier contacto. En lo que se refiere a Aminia, me temo que las relaciones entre el pitagórico y el eleático no fueron realmente las de un maestro con su discípulo: he leído con atención la noticia transmitida por Soción de Alejandría y he advertido que, cuando se refiere a Jenófanes y Anaximandro, el historiador utiliza la expresión «fue alumno», mientras que en el caso de Aminia prefiere un más equívoco «tuvo relaciones»[215], y en otra traducción «tuvo costumbre de vida»[216] e incluso «tuvo intimidad»[217]. Que Parménides fue homosexual nos lo confirma el mismo Platón cuando, en el diálogo homónimo, nos presenta a Zenón como el amante del filósofo[218]. De todas formas la cosa no nos tiene que asombrar tanto: la homosexualidad en aquellos tiempos estaba muy difundida y casi todos los filósofos tenían su novio. Digamos más bien que estos pensadores, a diferencia de los de nuestros días, solían frecuentar también bellas hetairas.

Parménides nació rico, de buena familia, y fue generoso con los amigos. Cuando se le murió Aminia, y como éste era muy pobre, hizo que le construyeran un suntuoso panteón corriendo él con todos los gastos[219].

Según Plutarco, también fue un excelente legislador, hasta el punto de que todos sus conciudadanos, cuando alcanzaban la mayoría de edad, tenían que prestar juramento de lealtad a las leyes parmenídeas[220].

Tuvo como alumnos a Zenón y a Empédocles[221] y con esto creo que ya he dicho todo lo que sé de su vida, excepto el viaje que hizo a Atenas en el 450. Parece ser que se trató de una misión diplomática, promovida por los eleáticos para convencer a Pericles de que firmara un pacto de alianza entre las dos ciudades. Al final, Parménides y Zenón, más que con los gobernantes, terminaron pasando la mayor parte del tiempo con sus colegas atenienses. Se trató en la práctica de una cumbre entre filósofos: por un lado, los eleáticos estaban deseosos de demostrar que la provincia, en cuanto a profundidad de pensamiento, no tenía nada que envidiar a la metrópoli; y por otro lado estaba Sócrates que, a pesar de tener sólo veinticinco años, ya era ese inexorable dialéctico que todos conocemos. El resultado fue la más aburrida y complicada conversación de la historia de la filosofía. Platón nos ofrece un amplio resumen en *Parménides* y, a pesar de su habilidad como escritor, no creo que haya habido nadie que se haya leído este diálogo desde el principio hasta el final, ni siquiera el redactor responsable de las ediciones Laterza. Obviamente, cuando digo «nadie» me refiero al ámbito de las personas normales.

Sentado esto, y sólo por dar una idea de lo que se dijeron los filósofos en aquel histórico encuentro, transcribo a continuación el principio de la refutación de Sócrates[222]. «Tú dices, oh Zenón, que si las cosas que son, son muchas, éstas deben de ser todas parecidas y también todas distintas, lo cual es algo imposible; de hecho lo que es distinto no puede ser parecido, ni lo que es parecido ser distinto, ya que es imposible que lo que es distinto sea parecido y lo que es parecido sea distinto, y por lo tanto también es imposible que sean muchas las cosas que son…» y así sigue durante otras cincuenta páginas.

La primera impresión es la de un trabalenguas del tipo de «el cielo está enladrillado, ¿quién lo desenladrillará? El desenladrillador que lo desenladrille buen desenladrillador será». Después, normalmente, uno se esfuerza en leer con más detenimiento todo el diálogo, y empieza a entrever una lejana luz. Por lo general, el hombre medio se detiene en la página

siete, donde Parménides dice «si divides en partes la grandeza como tal, cada una de las muchas cosas grandes será grande, pero grande en cuanto que posee una parte de la grandeza, y parte que es más pequeña que la grandeza misma como tal, ¿no resultará algo absurdo?». «Ciertamente», responde Sócrates; y «ciertamente» responde también el hombre medio, tras lo cual borra a *Parménides* de su vida[223].

Ahora bien, yo no soy un maratoniano de la lógica abstracta, y quizá sea por eso por lo que me rindo con cierta facilidad; pero al mismo tiempo no puedo evitar el asombrarme ante la profundidad especulativa alcanzada por esos filósofos de la Magna Grecia. ¡Pero cómo! Dos hombres del siglo quinto antes de Cristo, nacidos y crecidos en un pueblecito del bajo Cilento, llegan a una gran ciudad como Atenas y allí, en vez de dedicarse a la loca diversión, se sumergen en sutiles disquisiciones filosóficas sobre lo parecido y lo distinto, cuando aún hoy, a las puertas del año dos mil, en esos mismos pueblecitos del sur de Italia, a pesar de la televisión, difícilmente se consigue vender periódicos.

Parménides nos contó sus ideas en un poema titulado como siempre *La naturaleza*[224]. La introducción de esta composición poética es muy sugerente: el filósofo se imagina sobre un carruaje tirado por fogosas yeguas (las pasiones del alma) y que llega allí «donde se está fuera del camino de los hombres».

El eje en los cubos emitía un sonido silbante
todo de fuego (por oprimido entre rodantes círculos de una parte
y de otra) cuando se lanzaron
las muchachas hijas del Sol y, tras dejar las casas de la Noche,
empujaron el carro hacia la Luz.
Allí está la Puerta que divide los senderos del Día y de la Noche.

Como guardián de la puerta, Parménides encuentra a la Justicia, que «tiene las llaves que abren y cierran» y no le quiere dejar pasar. Pero las hijas del Sol (las sensaciones) le convencen con «discursos insinuantes» para que deje pasar al poeta y le lleve hasta la Diosa. Ésta le acoge, benévola y severa, y le dirige estas palabras:

Tú debes conocer ambos caminos:
tanto el firme corazón de la redonda verdad (la ciencia)
como la opinión de los mortales (las apariencias),
en la que no hay nada digno de fe.

Así es como Parménides conoció la Verdad y decidió revelarla a la posteridad. Ahora nos toca a nosotros, la posteridad, intentar comprender algo.

Nombrar el verbo «devenir» en presencia de Parménides era como blasfemar en la iglesia: se corría el riesgo de recibir una patada en el trasero. Su idea fija estaba en el hecho de que la Verdad (o el Uno, o Dios, o el Logos, o el Ser)[225] era algo «único, entero, inamovible e ingenerado»[226].

Único, porque es la única realidad existente.

Entero, en cuanto que, en ausencia de vacío, no podían existir ni siquiera los interespacios necesarios para dividir el Uno en más partes.

Inamovible, ya que para moverse el Uno habría tenido que ocupar un espacio precedentemente vacío.

Ingenerado, puesto que el ser no podía venir del no ser, que, como la palabra misma indica, no existe.

Según las indicaciones de la Diosa, dos son los caminos necesarios para acceder a estos resultados: el de la verdad y el de la opinión. El primero coincide con la Unidad, y es la única realidad que existe. El segundo coincide con lo Múltiple, y es sólo apariencia.

También Parménides es un racista intelectual y, como casi todos sus colegas presocráticos, tiene una pésima opinión de los comunes mortales: «Es gente», dice, «de cabeza dúplice, en cuyo pecho vaga errante, ciega, sorda, estúpida e incapaz de distinguir el ser del no ser, la verdad de la opinión»[227].

El pensar, según Parménides, implica el ser[228], mientras que el no ser no es pensable. Con palabras más sencillas, el pensar demuestra la existencia de la cosa pensada y, viceversa, el no ser, no sólo no existe,

pobrecito, sino que ni siquiera puede ser pensando, y aquí ya me hago un lío: si pienso en Ornella Mutti, es obvio que debe existir una persona llamada Ornella Mutti, si no no se entiende cómo habría podido pensar en ella. No obstante, yo podría pensar también en alguien que ya no existe, en Totó por ejemplo, y esto no debería implicar a la fuerza la existencia de la persona pensada. Como mucho se podría decir que «existe un hombre que está pensando en un actor cómico, llamado Totó, hoy desgraciadamente desaparecido». Pero Parménides sonríe ante mis objeciones y, a su vez, me rebate que yo confundo «el ser» con «el existir» y que sólo las apariencias dicen que Totó ha desaparecido, ya que él efectivamente todavía «es». Entonces yo más cabreado que nunca, me pongo a pensar en algo que no sólo no «es» en este momento, sino que nunca ha «sido» ¡ni siquiera anteriormente! Pienso, por ejemplo, en una raza concreta de extraterrestres, más feos que E. T., con pies de gallina, con la nariz que parece una trompa de elefante ¡y con las orejas iguales a las del honorable Andreotti! Pero tampoco en este caso se altera Parménides: dice que si he sido capaz de imaginarme semejantes monstruos, eso quiere decir que estos monstruos «son». Y además, dado que a mí me gusta tanto el verbo «existir», ¡no puedo negar que existen las gallinas, las trompas y el honorable Andreotti!

Qué extraño este Parménides: cada vez que empieza con su «el ser es, el no ser no es» me dan unas ganas enormes de responderle «pues no»; después pienso que se trata de uno de los más grandes filósofos griegos y me callo. Viene a ser lo mismo que me ocurre cuando observo un cuadro de Paul Klee: en un primer momento el sentido común me llevaría a definir de «garabatos» las líneas trazadas por el maestro, pero después la fama que rodea al artista y la severidad del lugar terminan sugestionándome.

En la pintura, en la música, en el arte en general, no siempre la obra tiene un significado explícito. A veces se trata de un producto que termina en sí mismo, puramente estético, y no tiene otro fin que el de suscitar emociones. Desgraciadamente, gran parte de la humanidad está constituida por «finalistas», o sea por personas que tienen una absoluta necesidad de saber que cada acción humana tiene un fin preciso y que éste coincide con el significado de la obra misma. Dicho esto, yo no querría caer con Parménides en el mismo error en el que caen los «finalistas» cuando juzgan

el arte abstracto. ¿No será, me pregunto, que «el ser es, el no ser no es» es sólo una licencia poética para inducirme a la ideación ontológica?

A propósito de ontológico: la ciencia del ser en cuanto ser se llama ontología y, a mi juicio, representa el escollo más difícil de superar de la filosofía griega. También en algunas manifestaciones del pensamiento oriental, como por ejemplo en el taoísmo y en el zen, he encontrado una resistencia parecida a la comprensión y esto me induce a pensar que el taoísmo y el zen tienen algo en común con la filosofía del ser. Ciertamente, no es fácil encontrar el lado práctico de la ontología. Supongamos, por ejemplo, que alguien me pregunta de repente: «Querido profesor, he decidido vivir de manera ontológica a partir del próximo lunes. ¿Me podría usted decir, más o menos, cómo deberé comportarme? Para hacerme una idea: ¿sigo yendo a la oficina o no?». Entonces, ¿qué le respondo? Yo haría la prueba de decir: «Compórtese como de costumbre, participando quizá un poco menos en los altibajos de la vida cotidiana. Si le multan por aparcar en zona prohibida o si la Juventus le gana al Nápoles, compare las correspondientes emociones con la verdadera esencia de la vida y téngalo en cuenta». Vamos, que no sabría cómo arreglármelas.

Quizá el primer paso para acercarse a Parménides sea el de no escribir «el ser es…» con puntos suspensivos, como si verdaderamente fuéramos a saber qué diablos es este ser, sino acostumbrarnos a pronunciar la frase como una simple afirmación: «el ser es», punto final. Pero luego, dado que somos curiosos y que nos cuesta resignarnos al dogma «del ser es y no preguntar más», nos permitimos preguntar si acaso habría alguna descripción del ser, aunque sea aproximativa, para nosotros, gente común. Nos podríamos contentar con una vaga definición del no ser, salvo que después hay que deducir el concepto más complicado por antítesis.

Hechas estas premisas, probemos diciendo que el no ser es el conjunto de las cosas que se manifiestan ante nuestros sentidos en forma de color, sabor, sonido, etc., y que el ser es, al contrario, la esencia de las cosas mismas, es decir lo que se encuentra «debajo» de la mutabilidad de las apariencias.

En su maravillosa fábula *El principito*, el poeta francés Antoine de Saint-Exupéry nos cuenta que de niño vivió en una casa en la que se decía

que había un tesoro enterrado. Pues bien, precisamente por esta razón, aunque en definitiva no se encontró nunca el tesoro, aquella casa le pareció preciosa. «Nosotros», dice Saint-Exupéry, «generalmente miramos sólo la exterioridad de las cosas y no tenemos en cuenta que lo importante es lo invisible».

Miguel Ángel, a quien le cubrían de alabanzas por su excepcional habilidad como escultor, respondía siempre que él se limitaba a quitar «lo que sobraba» de cada bloque de mármol. Pues bien, en nuestro caso estas sobras son las apariencias, y la estatua ideal, aprisionada en el mármol, única en su perfección, es precisamente ese ser cuya imagen querríamos conocer.

Como se puede ver, nos estamos aventurando por un camino que lleva directamente al mundo platónico de las ideas. ¡Cuidado: se trata de una carretera empinada y resbaladiza que, además, nos desvía de nuestro camino!

XIII

ZENÓN

Zenón[229] era el «apoyo» de Parménides. Cuando tuvo lugar la famosa reunión de filósofos de casa de Pitodoro, en el viaje a Atenas, él fue el primero en tomar la palabra o, como se dice en la jerga teatral, en romper el hielo, y fue él también quien fingió rogar al maestro en cuanto se dio cuenta de que la atención del público había llegado a su *akmé*. «No te rogaría», dijo, «si fuésemos muchos, ya que no conviene tratar estos temas delante del vulgo, ignorante de tantas cosas; pero dado que somos pocos, te ruego que hables, oh Parménides, en nombre de Sócrates, para que también yo, después de tanto tiempo, pueda oír tu voz»[230]. Y Parménides, aunque había ido a la reunión precisamente para divulgar sus ideas, casi a desgana respondió: «Me siento como el caballo blanco de Híbico, demasiado viejo para afrontar la carrera, o como el mismo poeta, con demasiados años para soportar las fatigas del amor. Y sin embargo, me temo que tendré que obedecer a vuestra insistencia, a pesar del miedo que siento de atravesar un tan vasto mar de palabras». Si se asustaba él, imagínate nosotros que no somos filósofos y que nos vemos obligados a leer páginas y páginas de razonamientos abstractos, para descubrir al final que «el Uno es Uno y no puede ser muchos, ya sea que el Uno sea, o que no sea»[231].

Zenón, hijo de Teleutágoras, nació en Elea hacia el 490 a. C.[232] Si hubiese nacido en otra parte, probablemente habría sido un buen pescador o, como mucho, un maestro de escuela; en cambio, al haber crecido a pocos pasos de la casa de Parménides, tuvo la posibilidad de hacerse notar desde pequeño por su inteligencia y la vivacidad de su carácter. En aquellos tiempos los filósofos-políticos, del tipo de Pitágoras para entendernos, iban siempre a la caza de nuevos talentos para reclutarles en su propio clan; por lo tanto, es lógico que también Parménides, intuyendo las posibilidades del

muchacho, pidiera a la familia que le dejara adoptarle. Los padres de Zenón, a su vez, se alegraron muchísimo de conceder esta adopción, dado que Parménides estaba considerado como uno de los peces gordos de la ciudad de Elea. Que luego la elección estuviera dictada más por la belleza del muchacho que por sus capacidades intelectivas, francamente es un chisme que no podemos ignorar: por otra parte, al no disponer de un huecograbado de la época que nos pudiese iluminar sobre asuntos de ese estilo, nos debemos contentar con el ya citado comentario de Platón[233] y con una frase de Diógenes Laercio que define a Zenón como «oyente y *amasio*[234] de Parménides».

El jovencito estudió física, aritmética y astronomía, y en poco tiempo se convirtió en un hombre de excepcional cultura. Fue también un excelente polemista, hasta el punto de que fue citado por Aristóteles como el inventor de la dialéctica[235]. Tuvo numerosos discípulos, como Meliso, Empédocles, Leucipo, Pitodoro, Céfalo, Calia e incluso Pericles. Según cuenta Platón[236], sus lecciones privadas eran particularmente provechosas, aunque no demasiado baratas: un curso completo costaba unas cien minas, suma que en la Grecia del siglo quinto permitía la compra de una pequeña parcela de terreno.

Se dice que Zenón era guapo, pero realmente sobre esto no están todos de acuerdo. Lo primero que hay que preguntarse es: ¿era alto o bajo de estatura? Platón le describe como un hombre «de figura esbelta, elegante y agradable a la vista»[237]; sin embargo, un historiador árabe, un tal Al-Mubassir, afirma que a pesar de tener buen aspecto «era bajo de estatura y tenía la nariz chata»[238]. En seguida hay otro que nos hace saber que «sus ojos eran preciosos, grandes, negros y almendrados», pero que «su cabeza era grande respecto al cuerpo y tenía un hemangioma en la mejilla». Ni siquiera sobre su forma de andar han logrado ponerse de acuerdo los historiadores: para unos «se movía con extrema lentitud, poniendo cuidado en mantener siempre la cabeza erguida», y para otros «una vez en marcha, era difícil alcanzarle por la velocidad de su paso. Solía llevar un bastón con la empuñadura en forma de horquilla, todo adornado con marfil y esmeraldas»[239].

Es cierto que el encanto de Zenón no tiene nada que ver con sus ideas, pero siempre nos ha sorprendido un poco el comportamiento de estos filósofos que, mientras en la teoría predicaban el desprecio por las apariencias, en la práctica se preocupaban de su imagen pública hasta el más mínimo detalle. A este respecto, no debemos olvidar que el arte de la oratoria en Grecia miraba más a la forma que al contenido: estaba de moda el caminar con porte majestuoso, el gesto solemne, el hablar sentencioso. Para darse cuenta basta con darse una vueltecita entre las estatuas griegas de los Museos Vaticanos, y en seguida se entiende lo importante que debía de ser en aquella época el poseer un porte que impusiera respeto.

Para Zenón, en particular, la actitud que debía asumir en público debió ser objeto de continuas preocupaciones; en realidad, como todos los políticos, sabía muy bien que un gesto o una pausa a veces pueden ser más elocuentes que un largo discurso, y que a la gente se la conquista mejor con un eficaz histrionismo que con la fuerza de los argumentos, y esto a pesar de la doctrinas eleáticas que definían la apariencia como un simulacro de mentiras.

Su *hobby* principal, la política, le proporcionó una gran consideración entre sus conciudadanos, pero fue también la causa de su trágico final. Parece ser, aunque no está en absoluto comprobado, que hacia finales del siglo quinto la ciudad de Elea había acabado bajo la dictadura de un tal Nearco, líder del partido democrático para unos[240], o tirano de Siracusa para otros[241]. Contra este tipo, quienquiera que fuese, Zenón urdió una conjura y financió una expedición armada de aristócratas que, partiendo de la isla de Lípari[242], tendría que haber desembarcado en plena noche en la costa itálica. Desgraciadamente la empresa acabó mal: alguien, evidentemente, había avisado a los hombres de Nearco. Los revolucionarios fueron exterminados antes de que pudieran poner un pie sobre la playa de Elea y el filósofo fue encadenado y arrastrado hasta el tirano.

Se cuenta que unos años antes de esta desventura otro tirano, Dionisio, preguntó a Zenón cuál era el mayor provecho que se podía extraer de la filosofía, y que éste le respondió: «El desprecio a la muerte»[243]. Pues bien, justo en su último día de vida, el viejo tuvo la posibilidad de demostrar la validez de esta afirmación. Nearco le hizo de todo para arrancarle los

nombres de los conjurados que seguían en Elea: Zenón, con la mayor desfachatez, se limitó a citar uno por uno a todos los políticos más vinculados[244] al tirano, y sólo cuando la tortura alcanzó una intensidad ya insoportable, prometió decir toda la verdad, pero a cambio de que sólo le escuchara Nearco. Cuando éste se acercó para oír mejor los nombres de los cómplices, le mordió la oreja y no soltó su presa hasta que cayó atravesado por las espadas de los verdugos[245]. Y eso no fue todo: cuando aún no había muerto, le sometieron nuevamente a tortura, a lo que respondió cortándose la lengua de un mordisco y escupiéndosela a la cara del tirano[246]. Entonces, por fin, Nearco se rindió: comprendió que con un tipo como aquél no había nada que hacer y ordenó que fuera machacado en un mortero y reducido a pequeños pedazos[247].

Parece ser que antes de exhalar su último respiro el pobrecillo declaró: «En la vida la virtud no es suficiente, necesita también de la ayuda de un feliz destino». Como máxima, tenemos que decir que nunca nos pareció una frase muy original, pero dado que fue pronunciada con media lengua y desde el fondo de un mortero, nos parece que sin duda puede pasar a la historia[248].

Muchos se burlaban de Parménides[249], y la cosa no debía de agradarle mucho a un discípulo fiel como Zenón, quien, por lo poco que hemos podido saber, debió ser un tipo polémico y quisquilloso. El blanco de la guasa era el principio mismo del eleatismo (el ser es, el no ser no es) debido a una incongruencia de fondo. Jesús, decían los críticos, ¿pero cómo es posible concebir el ser si no se tiene a la vez también la idea del no ser? ¿Cómo intuir el Uno sin concebir lo Múltiple, o cómo hablar de la Luz si no se ha tenido, aunque sea una vez, la experiencia de la Oscuridad? Y entonces, dado que el ser necesita, como elemento prejudicial, el conocimiento del no ser, completamos el pensamiento de Parménides y decimos que «el ser es, el no ser no es, aun siendo necesario».

Para refutar estas críticas, Zenón inventa un método que, partiendo de las certezas de sus adversarios, sigue un itinerario lógico y llega a conclusiones imposibles. Lo importante para él es que en cada paso del

razonamiento se respete siempre el principio de la no contradicción. Si como filósofo no se le puede considerar una estrella de primera magnitud, ya que se limitó a avalar las teorías de Parménides, sin embargo como dialéctico ocupa un lugar muy respetable en la historia de la filosofía, adelantándose con su método a los sofistas y a Sócrates. Objetivos principales de la refutación eleática son la pluralidad y el movimiento. Vosotros, dice Zenón, os habéis divertido poniendo en ridículo la unidad del ser, y ahora yo os demuestro a qué absurdos se puede llegar admitiendo la existencia de lo múltiple. Tras lo cual enuncia sus paradojas.

Primera paradoja[250]: supongamos que un señor desea ir en coche de Nápoles a Roma por la autopista del Sol; pues bien, dice el filósofo, este señor no conseguirá nunca llegar al final de su viaje ya que antes de llegar a la salida de Roma Sur tendrá que pasar por el punto medio del recorrido, que se encuentra más o menos a la altura de Pontecorvo, y antes de llegar a Pontecorvo tendrá que pasar por otro punto medio, el que está en la salida de Capua y divide en dos la primera mitad de la autopista, y antes de Capua tendrá que pasar por otro punto intermedio y así hasta el infinito. Con otras palabras, un segmento puede ser dividido en dos partes, y cada una de esas dos partes, a su vez, puede ser dividida en otras dos más pequeñas y no ocurrirá nunca que, a fuerza de dividir, un pedacito de segmento pueda hacerse tan pequeño que no se pueda dividir aún en dos partes. Conclusión: el hombre para llegar a Roma tendrá que alcanzar todos los infinitos puntos intermedios del recorrido y para ello tendrá que emplear un tiempo infinito, por lo tanto no llegará nunca a su destino.

Segunda paradoja[251]: Aquiles, lo sabemos todos, tenía el sobrenombre de «pie veloz» y, sin embargo, según Zenón no habría podido alcanzar a la más lenta de las tortugas. Supongamos que Aquiles se encuentra sentado en el punto A y que la tortuga le mira desde lejos, quieta en un punto B, de repente el héroe griego se levanta de un salto y se lanza como un halcón sobre el punto B para capturar a la tortuga; pero ésta, que ha intuido sus perversas intenciones, en cuanto le ve correr hacia ella, se escapa y, en el tiempo en el que Aquiles recorre el tramo A-B, consigue moverse unos centímetros alcanzando la posición C. En ese momento Aquiles se mosquea: «¿Cómo es posible», piensa, «que no la haya atrapado?»; luego,

convencido de su superioridad, vuelve a intentarlo e intenta coger al animalito en el punto C. Pero una vez más la tortuga se ha movido y, a pesar de la lentitud de sus movimientos, ha llegado al punto D. El cuento podría seguir hasta el infinito: Aquiles no cogerá nunca a la tortuga, a menos que ésta muera antes, y ya se sabe que las tortugas viven mucho, o que decida esperarle en uno de los puntos del recorrido.

Tercera paradoja[252]: un arquero dispara una flecha contra una diana; todos nosotros la vemos volar, menos Zenón, que afirma lo contrario. En cada instante, dice el filósofo, la flecha está inmóvil y sumando tantas inmovilidades no se puede obtener como resultado un movimiento.

Si aún estuviese vivo Zenón diría: «Si no me creéis, probad a hacer una fotografía y después me decís si la flecha se mueve o está quieta». Quizá, al hilo de la lógica, podríamos estar de acuerdo con él, pero en el plano práctico aconsejamos vivamente a los lectores que no se detengan en las proximidades de una diana.

Cuarta paradoja[253]: tres jovenzuelos, Antonio, Genaro y Pascual, van a un estadio. Los dos primeros bajan a la pista y se ponen a correr, uno en un sentido, el otro en el contrario; el tercer amigo, en cambio, no tiene ganas de correr y decide sentarse en el centro de la tribuna. Después de dar una vuelta al circuito, Antonio y Genaro se cruzan corriendo precisamente delante de donde está sentado Pascual. Pues bien, en ese instante, Antonio, visto por Genaro, parece dos veces más veloz de lo que le parece a Pascual que está sentado. Zenón que cree en el principio de la no contradicción, concluye diciendo: «El movimiento parece distinto según quien lo observe, ¡por lo tanto no existe!».

De las cuatro paradojas la última es la más fácil de explicar, tan fácil que me atrevería a decir que quizá ni siquiera es una paradoja. La relatividad nos ha enseñado que no tiene sentido decir que un objeto se mueve, a menos que se precise también «respecto a quién» se ha movido este objeto. Así que no hace falta escandalizarse tanto si la velocidad de Antonio le parece que es de veinte kilómetros por hora a Pascual (que está quieto) y de cuarenta kilómetros por hora a Genaro (que corre en dirección opuesta): Einstein dice que son verdaderas ambas hipótesis. El fenómeno le podía dejar perplejo a un pedante como Zenón, que en el siglo quinto no

había viajado nunca en tren y no había visto nunca los árboles acercándose a él, pero no a nosotros, que lo sabemos todo sobre la relatividad.

En cambio, las tres primeras paradojas nacen de la misma matriz: la de la divisibilidad hasta el infinito de un espacio limitado o de un tiempo finito. Los libros de texto en general se remontan una vez más a la teoría de la relatividad y se las arreglan diciendo que los rompecabezas de Zenón no son resolubles si no se encuadran en un contexto espacio-tiempo de cuatro dimensiones. No obstante, en lo que a mí se refiere, no puedo permitir que por huir de la sartén de Zenón, el lector dé en las brasas de Einstein; así que me las arreglaré para encontrar una explicación matemático-macarrónica que pueda resolver de alguna forma los absurdos de Zenón.

El Cero y el Infinito son dos números como todos los demás, quizá no tan utilizados por la gente como nosotros, pero fácilmente se pueden encontrar en las ecuaciones y en las fórmulas de los matemáticos. Sin embargo, estos dos extraños números, a diferencia de los comunes, tienen algunas condiciones excepcionales: el Cero, por ejemplo, multiplicado por cualquier número da siempre cero como resultado, y el Infinito, si también se le multiplica por cualquier número, sólo puede dar lugar a otro infinito. Entonces nos preguntamos: ¿qué pasa cuando multiplicamos entre el Cero y el Infinito? No pasa nada: al ser un enfrentamiento entre dos entidades limitadas de las matemáticas el partido se cierra con empate y el resultado queda indefinido; es decir, cualquiera.

Examinemos la primera paradoja: si subdivido infinitas veces un tramo de carretera, es decir, un segmento finito, al «final» (entre comillas) tendré un número infinito de pedacitos de carretera de longitud cero. Partiendo de esto, yo no puedo decir, como afirma Zenón, que la suma de estas partículas debe ser a la fuerza infinita, dado que los pedacitos de los que se habla, en el momento en que se convierten en infinito como número, también se han convertido en cero como longitud. Por lo tanto, decir que «la suma de un número Infinito de ceros es infinita» es una burrada: es como hacer que gane el Infinito al Cero en el partido de antes.

También en la segunda paradoja la tortuga irá recorriendo tramos de caminos cada vez más pequeños, hasta que se desplace un tramito

prácticamente igual a cero. En ese momento Aquiles la agarra y le da el patadón que se merece.

Finalmente, en lo que se refiere a la paradoja de la flecha, no tengo nada más que añadir: además de un espacio, aquí tenemos un intervalo de tiempo que, como de costumbre, Zenón se divierte subdividiéndolo en un número infinito de instantes iguales a cero. El mismo razonamiento, la misma conclusión.

Espero haber sido claro. De todas formas, si no lo he conseguido, paciencia: también se puede vivir perfectamente sin las paradojas de Zenón.

Antístenes el cínico, por ejemplo, no aguantaba a los eleáticos y sus demostraciones en contra del movimiento. Se cuenta[254] que un día, al no poder rebatir a Zenón la paradoja de la flecha, se puso a caminar de un lado a otro de la habitación hasta que le hizo exclamar:

«¡Te quieres estar quieto un momento!».

«¿Entonces admites que me muevo?», le dijo Antístenes.

XIV

MELISO

Meliso[255] es el único almirante de la Historia que ha sido también filósofo. Generalmente los militares, y sobre todo los de la Marina, son personas más inclinadas a las órdenes secas que a las discusiones dialécticas. Pero, no obstante, el comandante Meliso consiguió asegurarse un sitio en la historia de la filosofía como cuarto y último pensador de la escuela eleática. Cómo pudo conciliar la inmovilidad profesada por Parménides con la acción bélica repentina que requería su oficio de estratega, será siempre un misterio. De todas formas, nosotros preferimos imaginarle en el puente de la nave almirante, inclinado sobre la brazola, o dedicado a escribir su libro «acerca de la naturaleza y del ser», en un día de bonanza, lejos de las costas jónicas.

De la vida de Meliso sabemos muy poco o nada: Plutarco[256] nos lo describe al mando de la flota samia mientras gana una batalla contra los atenienses, y quién sabe si no fue precisamente ése el motivo de la escasez de noticias que tenemos acerca de él; lo cierto es que Atenas, durante la segunda mitad del siglo quinto, era el punto de referencia del mundo griego y ponerse en contra suya significaba quedar marginado, cuando menos por los hombres de cultura de la corte de Pericles. Para rematar la obra ocultadora de éstos, después de unas cuantas generaciones Aristóteles también se dedicó a ello y entonces ya no hubo salvación para nadie: el enciclopédico filósofo de Estagira, como la perfecta computadora que era, catalogó, juzgó y decidió para los dos mil años siguientes quién merecía sobrevivir en el recuerdo de la posteridad y quién debía desaparecer en el olvido.

Con Zenón y Meliso, por ejemplo, no tuvo escrúpulos: dijo que eran dos «filósofos de poca monta».[257] El primero le caía mal por lo de las

paradojas, el segundo por haber conferido a la materia ese carácter de infinidad que él prefería reservar a la esfera de lo inmaterial. Por otra parte, cualquier valoración de los filósofos presocráticos no ha podido nunca prescindir de Platón y de Aristóteles. La casi total pérdida de los textos originales ha sido la razón por la que los historiadores del ramo, para entender algo, han tenido que considerar como oro en paño todo lo que los dos *patriarcas* de la filosofía griega escribieron sobre el tema, y ya se sabe cómo acaban ciertas cosas: cuando se habla de hechos lejanos, todo va bien, pero cuando se trata de contemporáneos, ¡que Dios nos libre de los juicios de los colegas!

Meliso, hijo de Itegene[258], nació en la isla de Samos entre el 490 y el 480 a. C. De sus primeros cuarenta años de vida no nos han llegado noticias, pero tratándose de un almirante es lógico suponer que realizara numerosos viajes marítimos. Consideramos, por lo tanto, que estuvo en Mileto, patria de Anaximandro, y en Elea, ciudad natal de Parménides, es decir, en los lugares que vieron florecer a los dos filósofos que más influyeron en su pensamiento. En cambio la hipótesis según la cual se vio con los eleáticos en Atenas en el 450, francamente no nos convence: Parménides se marchó casi en seguida, así que no tuvo tiempo de enseñarle nada, y Zenón, aunque se quedó muchos años en la corte de Pericles, frecuentó a los atenienses en un momento en que las relaciones entre Samos y Atenas estaban ya muy comprometidas.

Para que Meliso aparezca en la crónica de la época debemos esperar al 443 a. C., el año de una escaramuza entre Samos y Mileto[259] por la posesión de Priene. La que salió peor librada en esta riña entre vecinos fue Mileto, pero al día siguiente se fue corriendo a llorarle a Atenas para que le fuera devuelto lo perdido. Es preciso decir que, en aquellos tiempos, Atenas ejercía un poco el papel de ciudad madre sobre todas las costas del Egeo, así que era normal que se le pidiera ayuda en este tipo de casos. Sin embargo, parece que quien realmente convenció a Pericles para que asumiera la defensa de Mileto fue su amante, Aspasia, y no la delegación de los milesios[260]. Lo cierto es que una triste mañana, los pobres samios se despertaron y se vieron rodeados por una flota de cuarenta barcos. Los *marines* atenienses derrocaron al nuevo gobierno y lo sustituyeron por una

junta democrática; luego tomaron cincuenta rehenes entre los hijos de las familias más sobresalientes y dejaron a una pequeña guarnición para defender sus intereses. Sin embargo, un grupo de políticos consiguió huir, y es lógico suponer que entre ellos se encontrase Meliso que, como casi todos los filósofos de la época, era de extracción aristocrática. Los desterrados obtuvieron asilo político con Pisutne, el tirano de Sardis, y con la ayuda de éste organizaron una expedición de setecientos guerreros para reconquistar la patria perdida. La empresa salió perfectamente: los aristócratas derrotaron a las tropas de ocupación, y recuperaron el control de la ciudad. A los atenienses les tatuaron en la cara una lechuza, símbolo de su moneda, como venganza porque durante la invasión los atenienses habían tatuado una samena[261] en la frente de algunos nobles locales. Pero tampoco se podía cantar victoria: antes o después reaparecería Pericles. Se intentó aplacarle por la vía diplomática: Pisutne le ofreció también diez mil estáteras de oro, y aunque sólo Dios sabe hasta qué punto era sobornable Pericles, esta vez la afrenta había sido demasiado grave y, muy a pesar suyo, el ateniense no tuvo más remedio que rechazar la oferta. De todas formas, mientras se estaba parlamentando, Meliso se había ocupado a fondo de organizar la defensa, reforzando las murallas y almacenando en el interior de la ciudad todas las reservas posibles.

Los atenienses no se hicieron esperar: con sesenta naves al mando del mismo Pericles, ganaron una primera batalla naval y estrecharon el asedio de la ciudad rodeándola por todos lados. Y fue precisamente en este infortunio cuando Meliso se cubrió de gloria: una noche, aprovechando que Pericles se había alejado con unas trirremes, arremetió contra los sitiadores y destruyó las restantes naves atenienses. Con esta acción la bandera ondeaba nuevamente con los colores de Samos, pero sin conseguir cambiar la suerte de la guerra Efectivamente, Pericles armó una flota más potente aún que la primera, y esta vez no hubo esperanza para los samios: el asedio duró nueve meses y al final la ciudad fue expugnada gracias a las nuevas máquinas de guerra inventadas por un tal Artemón Periforeto. Este individuo era un arquitecto ateniense, cojo y homosexual que no salía nunca de casa por miedo a alguna desgracia. Vivía constantemente sentado y, para

evitar que le cayera nada encima, tenía siempre dos esclavos a los lados que sostenían un escudo sobre su cabeza[262].

Aparte de su habilidad como estratega, Meliso es conocido como el cuarto filósofo de la escuela eleática La diferencia sustancial entre él y sus antecesores radica en el hecho de que para Parménides el ser es algo más allá del tiempo, y para Meliso se identifica con la realidad empírica. «Lo que es», dice el almirante, «siempre ha sido y siempre será»[263]. De aquí las injurias de Aristóteles, que se enfadaba por el desclasamiento del ser de Parménides desde un nivel intelectual a un nivel sensible[264].

Para nosotros, gente sencilla, la diferencia entre las dos posiciones nos parece una tontería; pero si evaluamos con mayor detenimiento el significado de los dos conceptos en seguida nos damos cuenta de que se trata de una diferencia sustancial.

Meliso era un hombre práctico, o cuando menos más que Parménides, sobre todo porque reflejaba la cercanía de los filósofos de la escuela de Mileto y en particular de Anaximandro. Así que aun estando de acuerdo con los eleáticos en la futilidad de las apariencias y en la no fiabilidad de los sentidos, no se siente capaz de considerar el ser como una entidad vacía y abstracta, sino que intenta darle una concreción y lo identifica con el universo entero, o sea con algo indeterminado e infinito que comprende todas las cosas. Presentado de esta manera, su ser está más emparentado con el *ápeiron* de Anaximandro que con el ser intocable de Parménides, aun teniendo con este último muchos puntos en común. Dice el almirante[265]:

—Si algo existe es eterno, ya que nada puede nacer de la nada.

—Si es eterno también es infinito, porque no tiene principio ni fin.

—Si es eterno e infinito también es uno, porque si fuera dos, cada uno de los dos terminaría siendo un límite para el otro.

—Si es eterno, infinito y uno, también es homogéneo, porque si así no lo fuera sería distinto de un lado a otro y por lo tanto múltiple.

—Si es eterno, infinito, uno y homogéneo, también es inmóvil, al no existir un lugar a dónde ir fuera de él.

—Si es eterno, infinito, uno, homogéneo e inmóvil, no puede sufrir ni sentir pena, debiendo permanecer siempre igual a sí mismo.

Aclarando que lo arriba expuesto es la teoría de Meliso y no una cancioncilla infantil del tipo «en la casa de Pepito», en seguida nos damos cuenta con satisfacción de que el filósofo utiliza en la primera hipótesis el verbo «existir». Esta vulgarización del ser nos permite hallar en las afirmaciones de Meliso una respuesta práctica a nuestras más angustiosas preguntas. Dado que cada uno de nosotros tiene la sensación concreta de que algo existe, resulta reconfortante pensar que esta existencia como tal es también infinita y está más allá de las apariencias terrenales.

Resumiendo: el ser de Meliso es algo bueno, positivo. Todavía no es un retrato-robot de Dios, pero le falta poco. El salto entre la concepción de un universo infinito, único y eterno y la hipótesis de un Dios con las mismas características cada vez se acorta más, y no es casual que en uno de sus fragmentos Meliso describa al ser casi como si hablase de un viejo con barba: «Él no puede perecer, ni envejecer… porque si en diez mil años tuviera que transformarse, aunque fuese un solo pelo, a lo largo del tiempo terminaría destruyéndose del todo»[266].

XV

AGRIGENTO

Breve historia de Agrigento: un buen día del año de gracia 583 a. C., un grupo de prófugos de la isla de Rodas junto a un millar de colonos provenientes de Gela, bajo las órdenes de Aristonoo y Pistilo, decidieron asentarse en un declive comprendido entre los ríos Akragas e Hypsas. La zona ofrecía todos los requisitos necesarios según el manual del colonizador: al este y al oeste dos riachuelos limpios y borboteantes que prácticamente eran dos límites naturales fácilmente defendibles; al norte, una rocosa colina, pedestal ideal para una Acrópolis digna de este nombre, y, por fin, el mar a menos de tres kilómetros de distancia, a la distancia justa para no tener que despertarse de repente con los cartagineses en la habitación.

La colonia creció tan rápidamente que, en menos de un siglo alcanzó los doscientos mil habitantes[267]. El tirano Terón, cuando Empédocles era todavía un niño, al derrotar a las ciudades de Heraclea, Minoa e Himera consiguió un número tal de esclavos que pudo construir decenas y decenas de edificios públicos de inigualable esplendor. Cuando se visita hoy día el Valle de los Templos, lo que más atrae la mirada del turista es el Templo de la Concordia, el único que se ha conservado completo; pero si el visitante se detiene a contemplar con atención los restos amontonados del Templo de Zeus Olímpico, en seguida se da cuenta de que se halla ante una obra gigantesca: cuando 110 metros por 55, que suelen ser normalmente las dimensiones de un campo de fútbol, representan el perímetro de un templo es como para que se muera de envidia el mismo Partenón.

Agrigento era tan rica y acogedora que fue definida por Píndaro como «la bellísima de las ciudades mortales». Parece ser que también los cementerios eran un espectáculo: además de las capillas gentilicias,

historiadas con bajorrelieves que ilustran las gestas de los difuntos, se erigían monumentos fúnebres, incluso a caballos que habían ganado las Olimpíadas. Ni siquiera falta el mausoleo de un gorrión, el único compañero de juegos de una niña aristócrata[268].

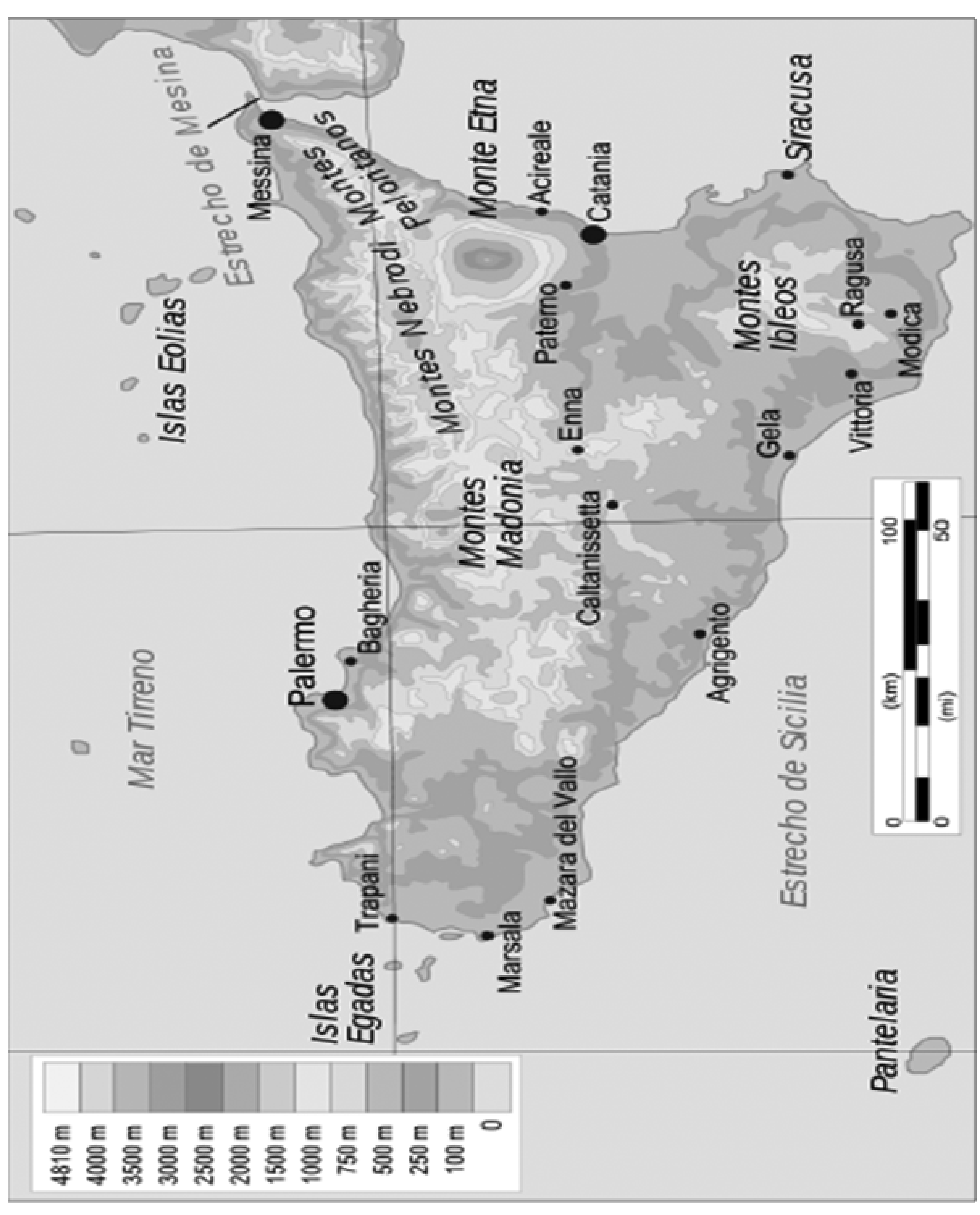


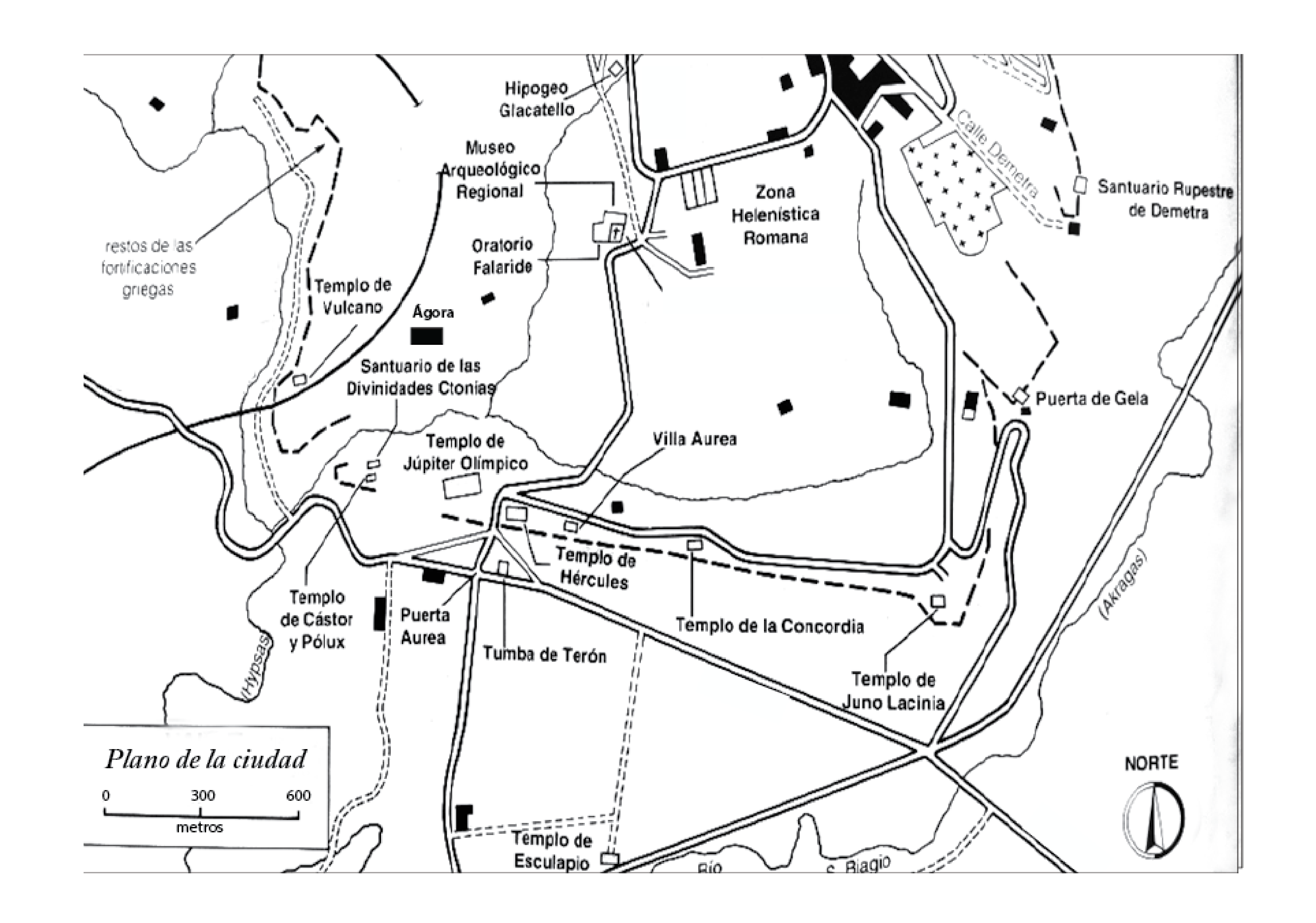
Fig. 8 *La antigua Sicilia*

No creo que sea muy arriesgado afirmar que a Agrigento, en lo que se refiere a agua, le iba mucho mejor que en nuestros días: parece ser que en el siglo quinto antes de Cristo disponía de un acueducto en la ciudad y de una piscina cubierta donde confluían todas las aguas subterráneas. Hoy, en cambio, como es bien sabido, cada vez son más frecuentes los cortes de agua durante el verano.

También en comercio los agrigentinos representaban la vanguardia del momento: no muy lejos de las murallas habían construido un emporio, auténtica feria de muestras donde periódicamente se reunían los comerciantes de todo el Mediterráneo. Prueba tangible de este liderazgo comercial eran las preciosas monedas girgentinas de oro y plata, acuñadas con la palabra «Akragas» y los símbolos de la ciudad (el cangrejo, el águila y la cuadriga). Según Timeo, «los agrigentinos vivían voluptuosamente como si se fueran a morir al día siguiente, y construían sus casas como si fueran a vivir eternamente»**[269]**. En efecto, el alto nivel de vida era una característica común de todas las ciudades de Sicilia: la isla era considerada por los griegos una América *ante litteram*, un nuevo mundo donde hacer dinero rápidamente y sin tantos problemas. En los palacios de los tiranos sicilianos se respiraba un aire «renacentista». Domenico Sciná, un abad del principio del Ochocientos, contaba que «las dos cortes de Siracusa y Girgenti (Agrigento) competían entre sí en cortesía y elegancia, premiaban a los nobles ingenios y les incitaban a toda óptima e industriosa arte»**[270]**.

Cuando en un sitio la gente se divierte, siempre aparecen los censores para ponerles de vuelta y media. Diodoro narra que «la relajación había llegado a tal grado que, durante el asedio de los cartagineses, se promulgó un edicto por el cual se prohibía a los centinelas dormir con más de dos almohadas»**[271]** y Timeo, que en cuanto a chismorreo no se quedaba atrás, nos regala la descripción de una orgía agrigentina del siglo quinto antes de Cristo: aquella noche, dice el historiador taorminés, se había bebido muchísimo, y quizá, añado yo, había habido una ronda de droga; lo cierto es que, hacia la mitad de la fiesta, los invitados consideraron que ya no se hallaban en el interior de una villa sino a bordo de un barco a merced de las olas, por lo que, presas del pánico, empezaron a tirar por las ventanas todos los muebles y enseres de la casa, en el desesperado intento de aligerar la

carga y permanecer a flote el mayor tiempo posible. Cuando por fin llegaron al lugar los representantes del orden, Timeo cuenta que estos últimos fueron tomados por divinidades marinas y que todos se arrojaron a sus pies implorándoles perdón. Desde ese día la casa en cuestión fue denominada «La trirreme»[272].



Hipogeo
Glacatello
Museo
Arqueológico
Regional
Oratorio
Falaride
Zona
Helenística
Romana
Calle Demetra
Santuario Rupestre
de Demetra
restos de las
fortificaciones
griegas
Templo de
Vulcano
Ágora
Santuario de las
Divinidades Ctonias
Templo de
Júpiter Olímpico
Puerta de Gela
Villa Aurea
Templo de
Hércules
Templo
de Cástor
y Pólux
Puerta
Aurea
Tumba de Terón
Templo de la Concordia
Templo de
Juno Lacinia
(Akragas)
(Hypsas)
Templo de
Esculapio
Río
S. Biagio
NORTE
Plano de la ciudad
0
300
600
metros

Fig. 9 *Agrigento*

Agrigento tuvo su momento de máximo esplendor a principios del siglo quinto: primero con la dictadura de Terón e inmediatamente después con la democracia.

Terón fue uno de los tres grandes tiranos sicilianos que dominaron aquel período. Los otros dos, los hermanos Gelón y Gerón, de Siracusa y de Gela respectivamente, eran en cierta manera parientes suyos, al haberse casado el primero con una de sus hijas. Estos tres señores, frente a las amenazas de la vecina Cartago y a las continuas insurrecciones de las poblaciones sículas, consideraron oportuno formar una eficiente alianza militar. Los cartagineses fueron derrotados definitivamente en las aguas del Himera en el 480, justo el mismo año en que, en Salamina, los griegos dispersaban la flota persa. Para Píndaro no se trató de una coincidencia sino de un plan preciso del destino: *Zeus mit uns*, los Dioses se habían puesto del lado de los griegos[273].

Sin embargo, como ocurre a menudo, a los tres grandes les siguió una generación de pequeños: los sucesores de Terón, Gelón y Gerón no estuvieron a la altura de sus padres, en parte porque riñeron entre sí y en parte porque subestimaron la oposición democrática. Trasideo, el hijo de Terón, entró en guerra con los siracusanos, pero recibió un soberano revés; cuando volvió a su patria fue exiliado a Grecia y allí condenado a muerte. En Agrigento ya había triunfado el partido democrático; todos los ciudadanos comprometidos con el antiguo régimen fueron depurados y se restableció la alianza con Siracusa.

Y fue en este clima de renovación donde Empédocles, recién cumplidos los veinte años, se asomó a la vida política agrigentina.

XVI

EMPÉDOCLES

Empédocles fue un filósofo, un médico, un poeta, un físico y un demócrata. No, señor: fue un hechicero, un charlatán, un gurú, uno que decía que era Dios y que miraba a todos de arriba abajo. Pero entonces, ¿quién fue realmente Empédocles? La definición más exacta, a mi parecer, es la de Renan: «Hombre de multiforme ingenio, medio Newton y medio Cagliostro»[274].

Nació en Agrigento en el 492 a. C. en el seno de una familia noble y acomodada. Como ocurre con los demás filósofos griegos, la fecha de nacimiento no deja de ser sólo un dato aproximativo. Su padre se llamaba Metón y su abuelo tenía su mismo nombre: Empédocles[275]. Fue precisamente el abuelo Empédocles el primero de la familia que se cubrió de gloria: preparador de caballos de carreras, ganó la septuagésima primera Olimpiada, lo que le hizo famoso en todo el mundo griego. Hay que aclarar que, en aquellos tiempos, una victoria en las Olimpiadas era considerada un acontecimiento excepcional: los ganadores se sentaban a la mesa de los magistrados supremos y sus nombres se inscribían en las tablas públicas. Cuando el olímpico Diágoras vio a sus dos hijos ganar también las Olimpiadas, fue invitado por los presentes a que se matara en el lugar: «Muere, oh Diágoras», le dijeron, «¡más que esto ya no vas a conseguir en la vida!»[276]. Empédocles *senior*, en cambio, más prudentemente, se contentó con festejar la victoria ofreciendo a los agrigentinos un buen rebozado en miel y harina[277].

Empédocles no había cumplido aún los dieciséis años cuando escuchó por primera vez a Jenófanes bajo las columnatas del Templo de Heracles. Cuando finalizó la lección, le preguntó al maestro si había algún método para reconocer a los hombres sabios, y el viejo le contestó que no era muy

difícil: bastaba con ser sabio[278]. Probablemente el muchacho no consiguió captar muy bien todos los conceptos expresados por el octogenario filósofo de Colofón, sin embargo fue precisamente en aquella ocasión cuando tomó forma en él el deseo de dedicarse al estudio de la naturaleza.

Tras un breve pero intenso período de militancia política, durante el cual echó una mano para derrocar al régimen de Trasideo, hijo de Terón, decidió marcharse a Elea. Quizá esperaba ver a Jenófanes, pero con quien tuvo que vérselas fue con Parménides y Zenón. Fue un fracaso: Empédocles era un jovenzuelo que venía de la rebelión agrigentina del 72, así que podemos imaginarle como un hombre de acción, inclinado a la concreción, curioso de la naturaleza. Parménides, con su intelectualismo abstracto debió parecerle totalmente fuera de la realidad[279].

«Habiéndole molestado esas sutilezas»[280], regresó a Sicilia y allí se inscribió en la escuela pitagórica. Hay quien dice que fue discípulo de Telauge, hijo de Pitágoras, y quien de Brontino y de Epicarmo; lo cierto es que también con los pitagóricos tuvo problemas: éstos, como es sabido, más que una escuela eran una secta político-religiosa, y Empédocles, con su carácter extravertido, era todo menos un escolar obediente. Acusado de ser demasiado charlatán fuera de la escuela, más de lo que la regla pitagórica podía tolerar, fue rebajado entre aquellos que durante las lecciones no estaban autorizados a hablar. Mal menor, si se piensa que el mismo tratamiento le sería reservado, en breve tiempo, a Platón[281].

Entre los temas tratados por la escuela pitagórica, los preferidos de Empédocles eran la Magia y la Metempsícosis. No obstante, el discípulo tuvo la sospecha de que sus maestros eran algo reacios a desvelarle todos los secretos de la profesión, razón por la cual decidió aventajarles e ir a frecuentar las universidades de la época, es decir las escuelas orientales. Los egipcios, los caldeos y sobre todo los Magos le enseñaron las artes místicas: la hipnosis, la telequinesia y la lectura del pensamiento. Seguidamente Plinio y otros historiadores trataron a Empédocles de charlatán, precisamente a causa de estas prácticas esotéricas suyas, ignorando deliberadamente que la magia en aquellos tiempos se consideraba como una profesión totalmente respetable: los hombres sentían la necesidad de una mediación con los Dioses y por ello se dirigían a los

magos, considerándoles como una raza de Dioses subalternos. El culto a estos vice-Dioses se llamaba Teurgia. Pero posteriormente llegó de Caldea una secta religiosa cuyos adeptos, los goetos, profesaban ritos satánicos: se reunían en la oscuridad de las cavernas y realizaban sacrificios humanos. La confusión surgida entre teurgos y goetos terminó perjudicando la reputación de los magos. De todas formas, no olvidemos que Empédocles era también un excelente médico, dentro de los límites en que se podía serlo en aquella época. Se dice, por ejemplo, que era un experto en anatomía humana. La medicina, a principios del siglo quinto, la practicaban casi todos los filósofos, y estaba dominada por la teología. Se pensaba que se podían obtener rápidas curaciones «calentando la fantasía de los enfermos»[282]. Sólo más tarde, con Hipócrates, se constituirá en una ciencia independiente.

De vuelta a la patria, Empédocles se dedicó a la reforma de las costumbres. Encontró a sus conciudadanos bastante empeorados en cuanto a moral pública y privada, y decidió que éstos debían «ayunar del mal» para purgarse de todos los pecados cometidos. Acusó a los administradores de la ciudad de haber robado al erario público, atacó[283] a la asamblea de los mil, es decir, al grupo aristocrático que poco a poco había ido recobrando los resortes del poder, y propuso un nuevo gobierno basado en la igualdad civil. El entusiasmo popular por estas iniciativas suyas creció hasta tal punto que le fue propuesto el título de tirano. Obviamente, el filósofo lo rechazó[284] (como ya hizo en su tiempo Heráclito); pero es lícito sospechar que si le hubiesen propuesto el título de Dios quizá lo habría aceptado.

Solía caminar majestuoso por las calles de Agrigento precedido por un tropel de jóvenes y rodeado de siervos y admiradores. Llevaba un vestido púrpura, un cinturón de oro y sandalias de bronce. Tenía una espesa barba y se cubría la cabeza con una corona délfica en honor a Apolo[285]. De sí mismo decía:

> «Oh amigos, que la ciudad del rubio Agrigento habitáis, aquí, sobre la Acrópolis, yo os saludo: yo entre vosotros, Dios Inmortal, ya no mortal, me paseo honrado por todos, como es conveniente, ceñido de vendas y floridas coronas. Cuando llego a las ciudades florecientes, por los hombres y por las

> mujeres soy honrado: éstos me siguen a miles para aprender dónde está el sendero que lleva a la ganancia; unos necesitan un oráculo, otros, afligidos por toda clase de enfermedades, quieren oír una palabra saludable»[286].

Este autorretrato le aleja en el tiempo y hace que, a pesar de ser un contemporáneo de Sócrates y de Demócrito, se termine por considerarle de la época de Pitágoras.

Empédocles era a la vez un técnico y un profeta. El día en que Selinunte fue azotada por una gran epidemia de peste, él intuyó que la epidemia se podía atribuir a las aguas estancadas de un riachuelo que atravesaba el centro habitado. Tras examinar cuidadosamente el territorio circundante, hizo que cavasen unos canales de desviación y canalizó sobre ese río otros dos cursos de agua cercanos, para garantizar un flujo regular en los períodos de sequía: todos los gastos corrieron a su cargo[287]. Es inútil añadir que, tras esta intervención, fue honrado como un Dios también por los selinuntinos.

En otra ocasión, en las cercanías de Agrigento, hizo que bloqueasen con centenares de pieles de asno una estrecha garganta de las montañas e impidió así que penetrase el siroco en el valle que había debajo. También en este caso el invento se puso en práctica para combatir la difusión de una epidemia. Sea verdadera o falsa la anécdota, desde aquel día se le quedó pegado el mote de «entretenedor de vientos»[288].

Definido por Aristóteles como «inventor de retórica»[289], tuvo como discípulos a Gorgias y a Pausanias. En relación con este último no faltaron las acostumbradas acusaciones de «noviazgo». Los que cotillearon sobre esto fueron Aristipo y Sátiro[290], pero esperamos que, llegados a este punto de la historia de la filosofía, el lector se haya acostumbrado ya a las relaciones homosexuales de los filósofos griegos.

Empédocles sabía ser amable con los amigos, pero inflexible en las cuestiones de principio: cierta vez que fue invitado a una fiesta se sorprendió de que el dueño de la casa no le ofreciera nada de beber. Cuando pidió un poco de vino, se le respondió que la libación no empezaría hasta que no llegara un personaje político. Y efectivamente, en cuanto éste llegó,

el anfitrión brindó en su honor y le nombró simposíarca, es decir, rey de la fiesta. La cosa no le gustó nada al filósofo, quien al día siguiente acusó en el Senado a los dos amigos de aspirar a la tiranía e hizo que les condenaran a muerte[291]. Por media horita sin vino nos parece un veredicto excesivo.

Escribió dos poemas en hexámetros, titulados *La naturaleza* y *Purificaciones*, obras de las que conservamos 400 versos de 5000. Sin embargo, Aristóteles afirma que escribió también cuarenta y tres tragedias, algunos ensayos políticos, un relato histórico sobre Jerjes y un preámbulo en honor a Apolo, pero que un buen día, juzgando que todas estas obras no estaban a la altura de su ingenio, encargó a su hermana que hiciera con ellas una gran hoguera[292]. De todas formas, entre los poetas filósofos sigue siendo uno de los mejores. Parece ser que también fue un buen cantante: una vez, mientras conversaba con el juez Anquito, un jovenzuelo, desencajado por la ira, irrumpió en su casa y agredió al magistrado en venganza por haber condenado a muerte a su padre aquel mismo día. Pues bien, con increíble intuición, Empédocles cogió una cítara que tenía allí al lado y, como si tal cosa, se puso a cantar:

Éste es un fármaco contra la ira y los dolores,
éste es el único olvido para todos los males.

Abreviando: el joven se calmó de repente y Empédocles consiguió salvarle la vida a su amigo. En cuanto al joven agresor, parece que seguidamente se convirtió en uno de sus mejores discípulos[293]. Entre los muchos milagros atribuidos a Empédocles quiero contar por lo menos uno, el de la mujer en coma desde hacía treinta días, y lo haré citando al abate Sciná: «Enfermó una mujer en Girgenti de una enfermedad uterina llamada por los maestros en medicina *hysteria*; no hay duda de que, especialmente las mujeres, muchas de ellas la saben fingir y, sin embargo, en el caso de la girgentina parece que era auténtica, ya que insensible era al tacto y ya que parecía que no respiraba y muerta la consideraban todos. Entonces Empédocles cogió su mano y le devolvió la vida»[294].

Sobre la muerte del filósofo no tenemos más que el problema de elegir: existen hasta seis versiones de su muerte, y casi todas tienen algo de

espectacular. Hay quien habla de un autoestrangulamiento (?) a la edad de 60 años[295], quien de muerte natural durante el exilio en Peloponeso[296] y quien, como Demetrio de Trezene, de suicidio por ahorcamiento en una rama de cornejo[297]. Neante de Cizico afirma que murió a los 77 años, al caerse de un carro cuando se dirigía a una fiesta popular de Mesina[298], y Telauge, en una carta a su amigo Filolao, cuenta que resbaló y cayó al mar por debilidad senil[299]. La versión más conocida y más en sintonía con el personaje, sigue siendo la de Heráclides del Ponto, según la cual justo después de haber resucitado a la mujer agrigentina se dio cuenta de que había alcanzado el máximo de popularidad y de que no podía hacer otra cosa más que tratar de desaparecer como si fuese un Dios. Esto le indujo a lanzarse al cráter del Etna. Para atestiguar la hazaña, el volcán, tras unos instantes, eruptó una de sus famosas sandalias de bronce[300]. Lástima que, para invalidar esta versión, se rebelen en parte el sentido común, en parte la lejanía de Agrigento del Etna y en parte también la escasa credibilidad de Heráclides del Ponto, quien, en otra ocasión, afirmó que había hablado cara a cara con un hombre que se había caído de la Luna[301].

Empédocles, como ya se ha dicho, además de mago fue también científico, filósofo y poeta.

Como hombre de ciencia, a Empédocles hay que reconocerle el mérito de haber descubierto la existencia del aire, de un algo material, que nosotros llamamos genéricamente «aire» y que no tiene nada que ver con el vacío. En un fragmento de su *La Naturaleza* el filósofo agrigentino dice que «si una muchacha, jugando con un recipiente de cobre, primero obtura con su bonita mano la abertura de una copa y luego la sumerge boca abajo en el cuerpo ligero del agua argentina, el agua no penetra en el interior de la copa ya que la masa de aire la repele»[302]. Después descubre también la fuerza centrífuga y hace notar que si atamos un cubo de agua a una cuerda y lo hacemos girar vertiginosamente alrededor de nosotros, el agua se queda pegada en el fondo del cubo y no se puede caer; y finalmente anuncia una, tan tosca como sugerente, teoría de la evolución, adelantándose dos mil trescientos años al revolucionario Darwin.

Según esta teoría, las partículas de los elementos primordiales se mezclaron entre sí sin ningún orden preestablecido y los primeros seres vivos nacieron por casualidad. «Aparecieron sienes sin cuello, brazos desnudos erraban carentes de espaldas y ojos solitarios vagaban sin frente»[303], por todas partes se divisaban «pies arrastrándose con innumerables manos»[304], y «muchos nacieron con dos caras y dos pechos, y se vieron razas bovinas con rostro humano y razas humanas con rostro bovino»[305]. Vamos, un mundo de monstruos, cuyas partes no habían sido ensambladas por una mente programadora, sino por la más caótica y absoluta casualidad. Sólo un Bosch o un Jacovitti habrían sido capaces de pintar un mundo así.

Pero con el paso del tiempo las mezclas peor surtidas empezaron a morir y siguieron con vida sólo los ejemplares «cuyos miembros resultaban más acordes entre sí»[306].

Como filósofo, Empédocles es de los que hacen el resumen de los capítulos pasados: refleja la visión naturalista de la escuela de Mileto, comparte en el terreno místico algunas creencias de los pitagóricos y concilia, de una vez por todas, el ser de Parménides y el devenir de Heráclito.

Con los filósofos jónicos tiene en común su tema preferido: la cosmogonía. Sobre ello nos deja unos versos preciosos[307]:

Cuatro son las raíces de las cosas:
Zeus resplandeciente, Hera avivadora,
Aidoneo y Nesti que de lágrimas
destila la fuente inmortal

lo cual, traducido en palabras pobres, quiere decir que cuatro son los elementos primordiales de la naturaleza y concretamente: el fuego, el aire, la tierra y el agua. En la mezcla entre las sustancias fundamentales intervienen otros dos principios, esta vez activos, que Empédocles llama Amor y Discordia.

En el origen de los tiempos, parece ser que el único que reinaba era el Amor, por lo que las partículas elementales de las raíces «más aptas para

mezclarse, se deseaban unas a otras»[308]. El mundo, en esta primera fase, es definido por Empédocles como «el Esfero», quizá en homenaje al Ser Esférico de Parménides. En el interior de éste no hay más que serenidad y felicidad, aunque la Discordia, poquito a poco, consigue entrometerse en toda esta perfección y da lugar a la segunda fase, que, si no he entendido mal, sería en la que nos encontramos en este momento.

Según dice Empédocles, en el futuro la Discordia debería prevalecer y desintegrar el mundo (¡Maldita sea, otro de los que nos quieren predecir el apocalipsis atómico!), salvo que luego, en la cuarta fase, regresaría el Amor.

Resumiendo: el Amor y la Discordia son dos cocineros que tienen a su disposición sólo cuatro tarros de ingredientes para preparar sus manjares. En la cocina, o sea en el *Esfero*, pasa de todo: a veces reina el Amor y en estos casos la felicidad es absoluta, otras veces domina la Discordia y todo cae en un silencio de muerte. También hay períodos en los que están presentes los dos cocineros y entonces se acaba con tartas en la cara: éstos, para mí, son los mejores momentos o, por lo menos, los más divertidos.

Leyendo con atención los fragmentos de *La Naturaleza*, nos damos cuenta de que la teoría de Empédocles no es tan sencilla como parece. Hay un punto, por ejemplo, en el que escribe:

«Doble cosa diré: a veces el uno se engrandeció con muchas cosas, a veces después nuevamente regresaron muchas de un único ser. Doble es la génesis de los mortales y doble la muerte»[309]. Cuando pronuncia la palabra Uno, evidentemente Empédocles se remonta a Parménides, al ser único e inmutable; sin embargo, cuando formula el concepto de múltiple, es Heráclito el que reaparece con su devenir. Pues bien, en Empédocles las cuatro raíces primordiales poseen la inmovilidad del ser parmenídeo y, aunque son cuatro, sustituyen al Uno a todos los efectos; su mezclarse y separarse, en cambio, nos proporciona una explicación del devenir y de lo múltiple. Cada nacimiento es también muerte porque, si por un lado inaugura un conjunto nuevo, por el otro disuelve algo que ya existía de distinta manera. Junto a estas observaciones, desmitifica los conceptos mismos de nacimiento y muerte y los sustituye con imágenes menos dramáticas como «la mezcla y la separación de cosas mezcladas»[310]. La descomposición de los cuatro elementos en minúsculas partículas para que

se mezclen entre sí anuncia, de alguna manera, las teorías atomistas de Leucipo y Demócrito. Pero a diferencia de éstos, Empédocles no admite la existencia del vacío y para demostrarlo dice que «de lo que no es, no puede nacer algo que es»[311]. Esta frase, que por otra parte la encontramos en muchos otros filósofos presocráticos, representa el fundamento del ateísmo griego: estar convencidos de que nada pueda nacer de la nada, significa en el fondo negar la idea misma de la creación y concebir el mundo o como una entidad eterna e inmutable (Parménides), o como un universo en continua transformación (Heráclito), o como un conjunto de ambas teorías (Empédocles). Sin embargo, en ninguno de los tres casos citados se prevé la intervención de un Ente Superior, la chispa divina que señala el inicio de los tiempos. Los griegos creían en los Dioses y hacían sacrificios en su honor, pero estos Dioses, más que creadores del cielo y de la tierra, eran unos Superman y unos Mazinger, es decir, seres superdotados respecto a los comunes mortales, aunque también ellos sujetos a la voluntad del Destino.

Hay una incongruencia que se le ha reprochado a menudo a Empédocles. En muchos puntos de su *La Naturaleza*, el filósofo afirma que el Amor une y la Discordia separa, en cambio otras veces sostiene que el Amor tiende a reunir lo parecido con lo parecido y que, cuanta más afinidad haya entre dos partículas de materia, más grande será su recíproco amor. Si tomamos, dice Empédocles, una piedra, un cubo de agua y un poco de humo, y les dejamos libres para que vayan donde quieran, nos damos cuenta de que la piedra será atraída por la tierra, que el agua intentará alcanzar el mar y que el humo se irá derecho al cielo. Sin embargo, estas reflexiones son refutadas en seguida por Aristóteles, que observa: «Si uno sigue a la razón, se da cuenta de que la Amistad es causa de bien, y que la Contienda es causa de mal, si en vez de esto uno sigue el balbuceo de Empédocles, según el cual cada cosa tendería a alcanzar lo que le es parecido, se adentrará en poco tiempo en un mundo inhabitable en el que cada uno de los cuatro elementos yace inerte y separado»[312]. Con otras palabras, para Aristóteles el Amor es una fuerza positiva a la que no se le puede imputar, en ningún caso, un cataclismo tan negativo como la separación de los elementos primordiales.

En materia de religión, Empédocles es un pitagórico practicante: odia las habas, no come carne de animales y cree en la metempsícosis. Declara que fue «niño y niña, arbusto, pájaro y pez mudo que salta fuera del agua»[313]. Cuenta que existen demonios a los que, «por delitos cometidos en el pasado y por antiguo decreto de los Dioses, sellado con amplios juramentos, les ha tocado en suerte una larga vida. Ellos deberán errar tres veces diez mil estaciones, naciendo en forma de cualquier criatura mortal y recorriendo los penosos senderos de la vida. El ímpetu del cielo les empujará hacia el mar, el mar les escupirá a la tierra, la tierra les lanzará hacia los rayos del sol resplandeciente y de aquí, a su vez, a los torbellinos del cielo, ya que cada elemento les acogerá desde otro y todos juntos les odiarán. También yo, concluye el filósofo, estoy entre ellos: exiliado del Amor por haber dado demasiada confianza a la furiosa Discordia»[314].

Empédocles es el más poeta de los filósofos poetas de su tiempo. También en *La Naturaleza*, que en resumidas cuentas no pretende ser más que un tratado de ciencias naturales, cada vez que tiene que hablar de un astro, de un fenómeno meteorológico o de una criatura humana, inventa espléndidas imágenes que nos dan la medida de su genio creativo.

Éstos son algunos ejemplos: «El sol que afilado saetea»[315], «la luna con su claro ojo»[316], «el mar, sudor de la tierra»[317], «la noche solitaria y ciega»[318]. E incluso, cuando trata el tema del parto y se ve obligado a indicar el lugar por el que el niño se asoma a la vida, recurre a la sugestiva metáfora: «Las hendiduras de los prados de Afrodita»[319].

XVII

GENNARO BELLAVISTA

La inclusión del profesor Bellavista[320], jubilado y ex profesor de bachillerato, en la historia de la filosofía griega se justifica por el hecho de que su pensamiento enlaza directamente con la cosmogonía de Empédocles y con la ética de Epicuro. Aclarado esto, consideramos oportuno tratar ahora el primer tema, el de la estructura del universo, y dejar para un segundo volumen la descripción de la napolitaneidad, es decir, la ética del pueblo napolitano en el ámbito de la escuela epicúrea.

Para Bellavista, el *arké*, el ladrillo primigenio con el que se construyó el mundo, es la Energía. Sobre ella actúan dos principios activos que el profesor llama Amor y Libertad. A diferencia del Amor y la Discordia, descritos por Empédocles, estas dos fuerzas bellavistianas, aun siendo enemigas entre sí, ambas resultan positivas y, como tales, portadoras de efectos vitales. De esta manera se viene abajo la principal crítica de Aristóteles a las teorías de Empédocles: la de la incoherencia de comportamiento del Amor.

La Energía, sostiene Bellavista, puede hallarse, en la naturaleza de dos maneras muy distintas entre sí, o como Materia, o como Explosión, dependiendo de que sea el Amor o la Libertad el que prevalezca sobre las conexiones existentes entre protones y neutrones en el interior del átomo.

Sentado esto, antes de empezar a exponer las teorías de Bellavista será útil recordar algunas nociones de astronomía. En el lejano 1596 se descubrió una estrella que tenía un extrañísimo comportamiento: durante unos períodos del año brillaba de forma muy intensa y en otros palidecía hasta desaparecer. Se trataba de una estrella de la constelación del hemisferio sur, a ciento sesenta y tres años luz de nuestro planeta. Fue tal el estupor que despertó este fenómeno que la estrella fue bautizada como

Mira, es decir, «la Maravillosa». Hoy en día se conocen unas cuatro mil quinientas sesenta y seis estrellas como Mira Ceti y se llaman *cefeidas*. Cada una de ellas tiene su propio ciclo de variabilidad, durante el cual cambia de volumen y, consiguientemente, de luminosidad. El ciclo de Mira, por ejemplo, es de trescientos treinta y un días.

La variabilidad de las *cefeidas* está ligada a las continuas contracciones y dilataciones a que está sometida la masa gaseosa del cuerpo estelar: cuando esta masa se contrae, la temperatura interna sube vertiginosamente hasta provocar un inicio de explosión, mientras que una progresiva dilatación tiende a enfriar el astro y a predisponerlo a una nueva contracción. En la práctica, nuestra estrella está destinada a oscilar entre dos posiciones límite: una de máxima y otra de mínima contracción. Pero a veces se rompe el equilibrio y entonces ocurre que el astro en cuestión o explota como una bomba gigantesca, o se contrae cada vez más hasta convertirse en un núcleo de inimaginable compactibilidad. En el primer caso, tenemos el fenómeno de la *nova* (o de la *supernova* si se trata de una estrella gigante), que se llama así por el aparente nacimiento de una estrella en un punto del cielo hasta entonces considerado oscuro; en el segundo caso se crea el llamado *agujero negro*, un lugar en el que la fuerza de gravedad alcanza valores tan elevados que no permite que nada, ni siquiera la luz, se aleje.

Pues bien, Bellavista se pregunta cuáles son las fuerzas que empujan a la materia a expandirse o a contraerse y formula la hipótesis de que todo el universo está sometido a las fuerzas centrípetas y centrífugas del Amor y de la Libertad. Con otras palabras, los protones y los neutrones estarían sujetos a un tremendo deseo de estar juntos y, a la vez, a un fuerte deseo de fuga hacia el exterior. Pero nosotros sabemos que un objeto cualquiera, un cenicero por ejemplo, no es más que un conglomerado de millones y millones de átomos todos apretados en un pequeño espacio; pues bien, si fuera posible romper las conexiones internas del núcleo, también un modesto cenicero podría liberar tal cantidad de energía que hasta la bomba de Hiroshima se moriría de envidia. Por lo tanto, la energía dormita en el interior de la materia, como si estuviera en hibernación, sólo que luego se desencadena en cuanto alguien es capaz de despertarla. Einstein, con su famosa fórmula $E=mc^2$, no hizo más que precisar que existe una

proporcionalidad entre la masa «m» del cenicero y la energía «E» que saldría de allí.

La hipótesis de mayor credibilidad sobre el origen del universo es sin duda la del abate Lemaître, más conocida como «teoría del *big bang*». Parece ser que al principio de los tiempos (¡expresión ésta muy discutible!) el cosmos entero era una bola supercomprimida llamada Ylem (¿Por quién?), en cuyo interior la temperatura y el peso específico alcanzaban valores casi infinitos. Pues bien, según Lemaître, en un momento dado esta bola explotó y el universo empezó a expandirse. Pero cuidado: cuando decimos «explotó» no nos referimos a la explosión de algo que, partiendo de un centro, se va difundiendo en el espacio, sino a un repentino alejamiento de cada partícula de materia de todas las demás, como si fuera una explosión simultánea de todos los puntos del espacio.

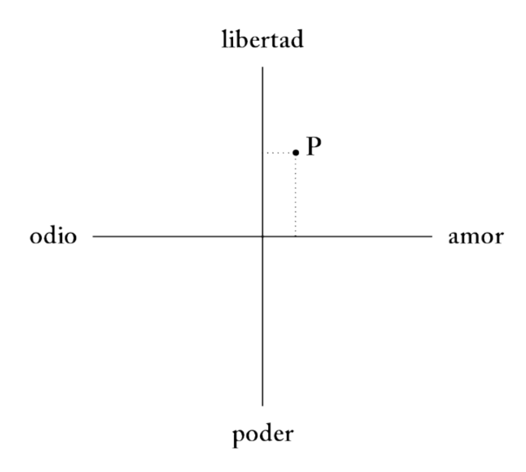
Al igual que Empédocles, Bellavista está convencido de que en el principio de los tiempos el Amor era el dominador absoluto del universo y de que la Libertad vagaba en torno a él con la esperanza de cogerlo por sorpresa y romper los vínculos de la materia. Mientras tanto, el Ylem, sometido a estas dos inmensas fuerzas, no podía hacer otra cosa que titilar como una estrella variable cualquiera, hasta que un día explotó en todos sus puntos: la Libertad había conseguido vencer las resistencias del Amor. Parece ser que el Gran Choque tuvo lugar hace veinticinco mil millones de años, y que la explosión todavía está en curso. Para darse cuenta, basta con echar un vistazo al firmamento a través de un espectroscopio: en seguida nos damos cuenta de que todas las galaxias están en fuga respecto a un hipotético centro. Los astrónomos, más correctamente, dicen que el universo está en continua expansión.

El conflicto Amor-Libertad, propio de la materia, también está presente en el alma humana. Todos nosotros, dice Bellavista, estamos poseídos por dos impulsos opuestos: una gran necesidad de Amor, que nos lleva a desear la compañía de los demás seres humanos, y un irresistible deseo de defender nuestra propia *privacy*. Esta situación es muy inestable: a veces sufrimos la soledad y otras veces nos sentimos oprimidos por la invasión del prójimo. Si, por ejemplo, nos pilla un atasco de tráfico, nace en nosotros una cierta hostilidad hacia todos los demás conductores; en cambio, si llevamos

navegando horas y horas en plena mar, en cuanto vemos que otra embarcación aparece en el horizonte saludamos en seguida cordialmente a personas que nunca habíamos visto antes.

Bellavista define como «hombres de Amor» y «hombres de Libertad» a aquellos individuos en los que predomina uno u otro impulso. De aquí se deriva una clasificación análoga para los pueblos: los ingleses, inventores del término *privacy*, serán obviamente un pueblo de Libertad, y los napolitanos, *anema e core*, no podrán evitar ser considerados como un pueblo de Amor.

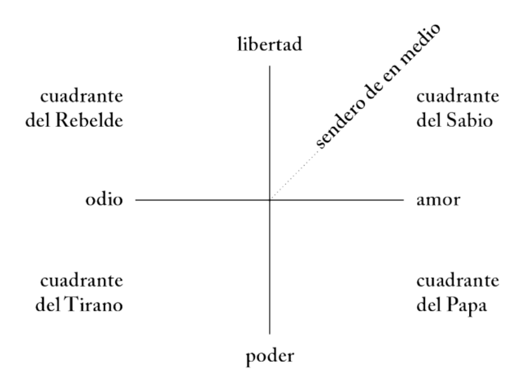
La originalidad del esquema bellavistiano radica en el hecho de que el Amor y la Libertad, vistos en un plano cartesiano, no son dos fuerzas opuestas, sino ortogonales y ambas positivas. Dicho con otras palabras, si dibujamos dos ejes cartesianos y llamamos Amor y Libertad a la abscisa y a la ordenada respectivamente, para cada punto P del plano, es decir, para cada ser humano, se pueden determinar dos segmentos que nos dan una medida proporcional de sus ganas de amar y de ser libre.



Es muy importante conocer la propia posición en el plano cartesiano, dado que sólo una valoración exacta de las tendencias personales le permitirá al individuo realizar las correctas elecciones de vida. El Hombre de Amor, por ejemplo, podrá ser feliz sólo si tiene a alguien que le ame, ya que el Amor para él es como el agua para las plantas: una condición indispensable para la supervivencia. En cambio, el Hombre de Libertad considera su espacio vital como una entidad sagrada y no puede alcanzar ni los más bajos niveles de serenidad si se siente amenazado por el exterior.

Libertad, para él, quiere decir aire, horizontes infinitos, necesidad de cambiar.

Observando con más detenimiento los ejes cartesianos, nos damos cuenta de que dividen el plano en cuatro cuadrantes, cada uno de los cuales adquiere un significado propio.



El primer cuadrante, también llamado «del Sabio», es el lugar donde se encuentran los mejores, es decir aquellos que en su propio yo cultivan simultáneamente los impulsos de Amor y de Libertad. Entre éstos, los más sabios son aquellos que de alguna manera equilibran los impulsos del corazón con los de la mente. Éstos se encuentran en los alrededores del «sendero de en medio» y son personas capaces de amar, sin ser por ello opresivas. Si tenéis la suerte de encontrar algún ejemplar, no dejéis que se os escape.

El segundo cuadrante es el «del Papa» y prevé la cohabitación del Amor con el Poder. En él nos encontramos a muchísimas mujeres: todas las madres y las esposas que dan su afecto de forma posesiva. Obviamente también es el cuadrante de los hombres celosos y el de los empresarios de vieja estampa que tratan «con el corazón en la mano» a sus obreros, aunque siempre manteniendo bajos los niveles de retribución. Este sector ha sido definido «del Papa» al ser propias de la Curia Romana las prerrogativas del Amor y del Poder. A pesar de esto, no es que todos los Papas de la historia se encuentren en el cuadrante. Eventualmente, dice Bellavista, podríamos encontrar al Papa Wojtyla, ciertamente no a Juan XXIII, cuyo lugar está situado entre los sabios (más cerca del Amor, quede claro, que de la Libertad). Finalmente quedan los Papas incómodos: los Alejandro VI y los

Bonifacio VIII. Todos gente sin escrúpulos y de gran poder, que Bellavista no vacila en relegar al cuadrante sucesivo, definido como cuadrante «del Tirano». En esta zona, Odio y Poder delimitan el recinto de los peores. Como representantes del punto medio de esta categoría podemos elegir entre Hitler, Stalin o Calígula: da igual uno que otro. Seguramente al Diablo no, que como titular del Odio, ocupa por derecho el punto extremo del semieje de su competencia, y tampoco a Mussolini que, como fundador del Fascismo, aspiraría a un buen emplazamiento en los alrededores del Poder.

El último cuadrante, llamado también «del Rebelde», es quizá el más anómalo debido a la mezcla de dos impulsos aparentemente antitéticos como el Odio y la Libertad. Efectivamente, si nos ponemos en el lugar de los afganos o de los *feddayin*, en seguida nos damos cuenta de cómo el Odio y la Libertad pueden convivir en una única y explosiva mezcla. Donde hay dictadura también hay ganas de Libertad, y por lo tanto Odio y deseo de rebelión. El cuarto cuadrante, recorrido de un extremo a otro, ofrece toda la gama de revolucionarios: desde el brigadista rojo o negro al anarquista idealista que sueña con un país libre y feliz. Bellavista, siempre que se encuentra con una manifestación de extremistas, trata de discernir en los rostros de los participantes los signos de una u otra emoción.

Antes de concluir con la teoría, queremos precisar que el punto representativo de cada individuo no está inmóvil en el tiempo, sino que se mueve continuamente según las vicisitudes de su vida: el repentino abandono por parte de la persona amada, padecer una injusticia, un amigo que decide ser nuestro huésped durante dos semanas, pueden hacer que el punto P realice bastantes incursiones en otros sectores. A pesar de esto, existe siempre una zona, suficientemente limitada, que precisamente por haber sido la más pateada por nuestros estados de ánimo termina por identificarnos.

Finalmente habría que aclarar que el esquema bellavistiano sólo pretende ser un intento geométrico de aproximación al análisis del comportamiento. Obviamente la psique humana no puede ser reducida a dos impulsos, aunque sean dominantes, como el Amor y la Libertad; sin embargo, en una representación conceptual, y no gráfica, del alma humana

el método de Bellavista seguiría siendo válido si de un espacio de dos dimensiones pasáramos a un espacio de *n* dimensiones, donde *n* son las variables que influyen en nuestro carácter. En este caso la envidia, la ambición, el eros, la gula y todo lo que queráis, tendrían su propio eje de referencia y todos juntos contribuirían a determinar la posición del punto en el espacio.

Avanzando un poco más en su teoría, y partiendo precisamente de esta imagen del espacio de *n* dimensiones. Bellavista intenta hacer una descripción geométrica de Dios. Si a Dios le atribuimos el máximo de cada capacidad humana (omnipotencia, omnisciencia, etc.), el lugar que le representa estará constituido por el conjunto de puntos impropios de todos los ejes del sistema, es decir, por lo que la geometría descriptiva define como «plano impropio». Con palabras más sencillas, cada recta tiene su punto en el infinito llamado «punto impropio». El conjunto de todos estos puntos forma un plano impropio que luego, mirándolo bien, más que un plano parece una esfera de radio infinito. Y para ser más precisos, la imagen descrita antes no es ni siquiera una esfera, puesto que nos hallamos ante un espacio de *n* dimensiones.

XVIII

ATENAS EN EL SIGLO QUINTO

Hagamos un alto en la filosofía y pasemos a la historia. A veces la humanidad es realmente sorprendente: pueden pasar mil años sin que ocurra nada, y después de repente, ¡en menos de un siglo y en poco más de dos kilómetros cuadrados ocurre de todo! Estamos hablando, por si aún no os habéis dado cuenta, de Atenas y del siglo quinto antes de Cristo.

Sólo con citar desordenadamente los nombres de aquella época se nos puede cortar la respiración. Entre los que nacieron en el lugar, los inmigrados y los estudiosos del pasaje podemos confeccionar una primera lista de personajes: Anaxágoras, Gorgias, Protágoras, Parménides, Zenón, Meliso, Demócrito, Arquelao, Sócrates, Platón, Hipias, Prodico, Isócrates y Antifón entre los filósofos; Esquilo, Sófocles y Eurípides entre los trágicos; Aristófanes entre los comediógrafos; Hipócrates entre los médicos; Mirón, Fidias, Praxíteles, Zeuxis, Ictinio, Hipodamo, Calícrates, Mnesicles, Alcmenes, Crésila y Policleto entre los artistas; Herodoto, Tucídides y Jenofonte entre los historiadores; Hiperides, Trasímaco y Lisias entre los oradores; y, para terminar, Temístocles, Milcíades, Cimón, Pericles, Arístides y Alcibíades entre los políticos. Dice Bertrand Russell: «En aquella época era posible, como en pocas más, ser a la vez inteligentes y felices»[321].

El siglo quinto comienza con una revuelta: la de los jonios contra los persas. Al mando estaba un tal Aristágoras[322], gobernador de Mileto. De este acontecimiento que señala el inicio de las guerras persas, la anécdota más extraña es la de Istico, el inventor del plan subversivo. Cuando este tipo decidió dar la salida a la operación, para avisar a sus cómplices sobre el día y la hora de la insurrección hizo que raparan al cero a un esclavo sordomudo, le tatuó en el cráneo el mensaje, esperó a que le volviera a

crecer el pelo y le envió a Mileto, seguro de que la orden no sería interceptada aunque registrasen al correo[323].

Se sublevaron prácticamente todas las poblaciones de la franja costera. Las tropas persas de ocupación fueron aniquiladas por doquier. A pesar del éxito, los rebeldes estaban un poco preocupados: más pronto o más tarde Darío volvería, y esta vez con un ejército mucho más numeroso del que en su tiempo conquistó Jonia. Por esta razón, en otoño del 499 Aristágoras, el gobernador de Mileto, desembarcó en la Grecia continental y trató de convencer a las ciudades más importantes de que formaran una gran alianza entre todos los griegos que vivían a ambos lados del mar Egeo. Esparta no quiso saber nada: los persas eran un pueblo demasiado lejano como para que ellos se sintieran implicados. Tebas odiaba a Atenas y, más que nada por este motivo, no habría pertenecido nunca a una coalición. Es decir, que para los griegos era más estimulante reñir entre vecinos que una hipotética invasión del exterior. Aristágoras sólo pudo conseguir la ayuda de Eretria y de Atenas que, de común acuerdo, enviaron una flota de veinte barcos a Mileto. Este gesto de solidaridad, por decirlo como Herodoto, fue el *arké kakón*, el comienzo de los problemas, tanto para el mundo griego como para el persa[324].

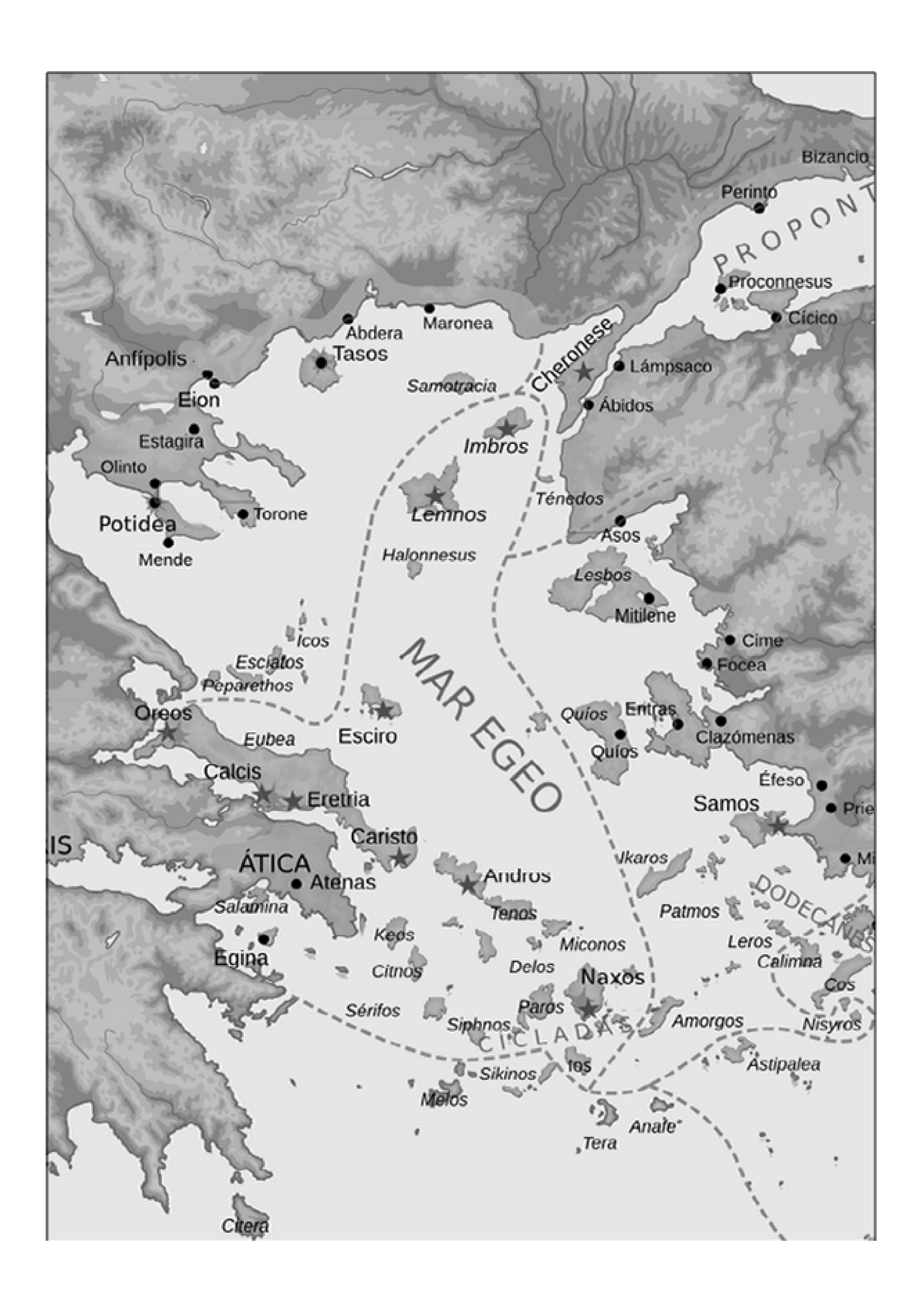

Bizancio
Perinto
PROPONT
Proconnesus
Cícico
Ábdera
Maronea
Anfípolis
Tasos
Cheronese
Lámpsaco
Samotracia
Ábidos
Eion
Imbros
Estagira
Olinto
Ténedos
Lemnos
Torone
Potidea
Asos
Mende
Halonnesus
Lesbos
Mitilene
Icos
Cime
Esciatos
Focea
Peparethos
MAR EGEO
Quíos
Entras
Oreos
Clazómenas
Eubea
Esciro
Quíos
Calcis
Éfeso
Eretria
Samos
Prie
Caristo
IS
ÁTICA
Ikaros
Mi
Andros
Atenas
DODECANES
Salamina
Tenos
Patmos
Keos
Miconos
Leros
Egina
Calimna
Citnos
Delos
Naxos
Cos
Sérifos
Paros
Amorgos
Siphnos
Nisyros
CICLADAS
Sikinos
Ios
Astipalea
Melos
Anafe
Tera
Citera

Fig. 12 *Las guerras greco-persas*

Jonios y atenienses, una vez que se pusieron en pie de guerra, en vez de quedarse tranquilitos dentro de las murallas de Mileto esperando al enemigo, decidieron atacar ellos primero y se aventuraron por el interior de Anatolia. La primera ciudad que lo pagó fue Sardis. Herodoto cuenta[325] que, durante la ocupación, un soldado prendió fuego a una casa y que en el corto espacio de una noche toda la ciudad fue devorada por las llamas, incluidos los templos.

Darío, rey de los persas, cuando se enteró de esta empresa montó en cólera:

«¿Quién ha destruido Sardis?».

«Los jonios y los atenienses».

«¿Los jonios y quién?», volvió a preguntar Darío que hasta entonces nunca les había oído nombrar.

«Los atenienses».

El rey cogió un arco y disparó una flecha al cielo.

«¡Que Zeus maldiga a los atenienses!».

Tras lo cual ordenó a un esclavo que le repitiera, cada vez que se sentara a la mesa, la siguiente frase: «Señor, ¡acuérdese de los atenienses!»[326]. Y gracias a este recordatorio en los oídos, pronunciado tres veces al día antes de las comidas, el bueno de Darío ordenó la invasión de Grecia en el 490.

Una enorme flota de 600 naves, sobrecargadas de soldados y caballos, zarpó de Samos y atravesó el Egeo. Eretria fue sitiada, destruida y sus templos quemados para vengar la ofensa sufrida por Sardis. Atenas pidió ayuda a los espartanos, pero éstos se excusaron diciendo que desgraciadamente en esos días había luna llena y que la ley les prohibía luchar durante los plenilunios: después del nueve con mucho gusto, pero que ahora no había nada que hacer[327]. Los únicos que echaron una mano fueron los de Platea y por eso, desde entonces, fueron recordados en Atenas en todas las fiestas.

El enfrentamiento se produjo en el llano de Maratón (490). Milcíades, elegido a suertes como jefe de los estrategas, desplegó las fuerzas más valiosas en las alas y aligeró deliberadamente el centro de la formación. Los persas penetraron precisamente por esta zona para ser en seguida cercados y arrollados. Según Herodoto[328], murieron seis mil cuatrocientos bárbaros y

ciento noventa y dos atenienses. En relación con estas cifras nos parece que el historiador griego ha metido una bola: seguramente se le fue la mano debido a su apego por los suyos. Después del plenilunio llegaron también los espartanos. Pero la batalla ya había finalizado y los fuertes guerreros lacedemonios no pudieron hacer otra cosa que mirar los cadáveres de los persas para ver «cómo estaban hechos»[329].

Presas de la euforia por la victoria, los atenienses consideraron el peligro asiático como un problema resuelto. Pero no lo hizo así el listo Temístocles: el arconte de Atenas se puso en marcha en seguida para organizar una gran alianza helénica. Cada ciudad griega fue obligada a contribuir a la seguridad común con barcos o con dinero, y al haber optado la mayoría por el dinero, Atenas aprovechó para convertirse en la más fuerte de todas en el aspecto militar.

Mientras tanto, Darío había muerto y al trono del imperio persa había accedido su hijo Jerjes. Tras muchos titubeos, también Jerjes se decidió a dar el gran paso. Pero como no quiso correr los mismos riesgos que su padre, hizo las cosas a lo grande: un ejército como nunca se había visto antes salió hacia Grecia. Se habla de 1 700 000 soldados y 80 000 jinetes[330]. Herodoto dice que cuando las tropas se detenían para beber, los cursos de agua se secaban[331].

El ataque fue doble: por tierra, pasando por Tracia, Macedonia y Tesalia, y por mar con una flota de 1200 barcos. El primer problema para las fuerzas de tierra fue atravesar el estrecho de los Dardanelos. Al haber destruido una repentina tempestad el puente de madera construido por los ingenieros egipcios, Jerjes ordenó que las aguas del Helesponto fueran castigadas con trescientos latigazos[332], y después de decir «ola amarga, tú no eres un estrecho, sino un río turbio y salobre», hizo que se arrimaran, costado a costado, trescientas naves, y entró en Europa con todas las tropas. El paso duró siete días y siete noches sin ninguna interrupción. Estaban allí todos los pueblos del imperio y concretamente medos, cisos, hírcanos, asirios, caldeos, bactrianos, sacios, escitas, indios, arios, partos, corasmos, sogdianos, gandaros, dadicos, caspios, sarangios, patos, utos, micios, paricanos, árabes, etíopes, libios, egipcios, paflagones, ligurios, matianos, mariandinos, sirios, capadocios, frigios, armenios, lidios, misos, tracios,

pisidos, cabalos, milos, moscos, tibarenos, macrones, mosinecios, mares, coicos, alarodes y saspiros[333]. Hemos copiado adrede la lista que Herodoto nos proporciona, precisamente para subrayar el peligro que corrió Occidente en el 480 a. C. Las batallas más importantes para la historia fueron tres: Termópilas, Salamina y Platea. En la primera, cuatro mil griegos, entre los cuales se contaban los espartanos a las órdenes de Leónidas, cerraron el paso al ejército persa en la puerta de entrada a Grecia. Cuando le dijeron a Dieneces, uno de los espartanos, que los bárbaros eran tan numerosos que sus flechas oscurecerían el sol, el soldado respondió: «Mejor, eso quiere decir que lucharemos a la sombra»[334]. Murieron todos, menos uno, que se suicidó por la vergüenza de haber sobrevivido. Atenas fue invadida y semidestruida. Los atenienses se refugiaron en sus barcos.

La segunda fue una batalla naval. Al ser 1000 los barcos persas[335] y sólo 380 los griegos[336], los atenienses tuvieron que atraer a los bárbaros hacia un estrecho brazo de mar situado entre la isla de Salamina y tierra firme, para así conceder poco espacio de maniobra a la flota enemiga. Jerjes, que concebía las batallas como un espectáculo privado, se fue con todo el estado mayor a la cima de una colina. «Allí hizo que le colocaran un trono de oro y se rodeó de un nutrido grupo de secretarios que tenían la misión de anotar los distintos episodios de la batalla»[337]. Los persas fueron derrotados de forma clamorosa.

La tercera batalla fue la de Platea (479). Había transcurrido ya un año desde la invasión persa. Los aliados griegos, guiados por el espartano Pausanias, derrotaron al pintoresco, aunque exterminado, ejército de bárbaros y esta vez de manera definitiva. Atenas y Esparta desde aquel momento serían consideradas las potencias militares más poderosas de la época: la final se disputaría cincuenta años más tarde, durante la guerra del Peloponeso.

A menudo los conflictos, con su dramática esencialidad, imprimen fuertes aceleraciones a los procesos de maduración de los pueblos, y en nuestro caso las guerras greco-persas no fueron menos. En los años que siguieron a la batalla de Platea, la ciudad de Atenas conoció un período tan fecundo de ideas y de bienestar que paso a la Historia como la «mítica era de Pericles». Los que cimentaron las bases de este florecimiento fueron

Temístocles y su idea fija de la Liga Helénica. Mas de cuatrocientas ciudades griegas decidieron reunirse bajo la clueca ateniense y dieron lugar a una especie de ONU con sede en la isla de Delos. Cada *polis*, aun conservando su propia independencia política, tendría que pagar una cuota para sentirse protegida.

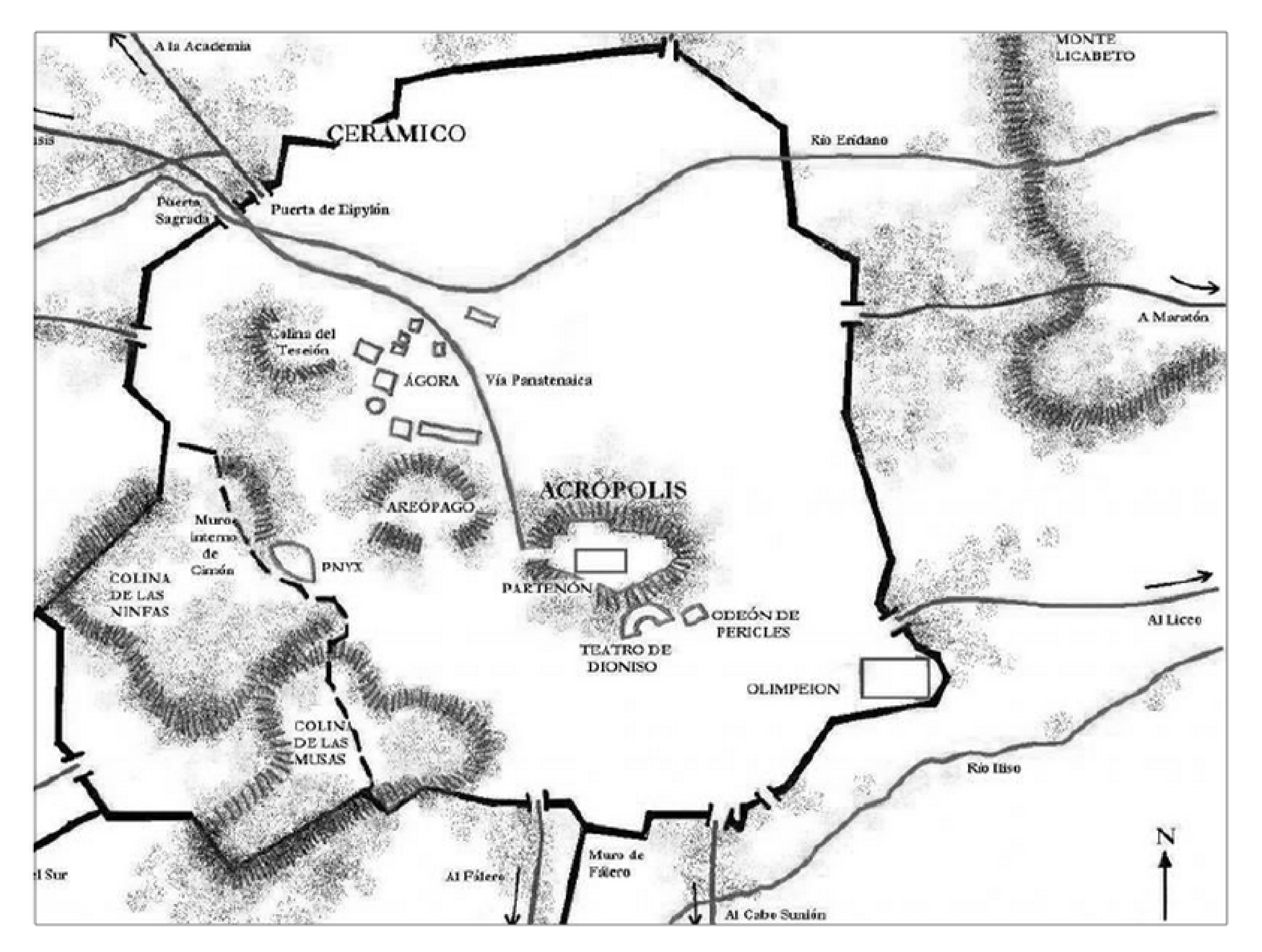

A la Academia
CERÁMICO
Puerta de Dipylón
Puerta Sagrada
MONTE LICABETO
Río Erídano
A Maratón
Colina del Teseión
ÁGORA
Vía Panatenaica
ACRÓPOLIS
AREÓPAGO
Muro interno de Cimón
PNYX
COLINA DE LAS NINFAS
PARTENÓN
ODEÓN DE PERICLES
TEATRO DE DIONISO
Al Liceo
OLIMPEION
COLINA DE LAS MUSAS
Río Iliso
Al Falero
Muro de Falero
Al Cabo Sunión
N

Fig. 13 *Atenas: plano del siglo V a.C.*

En un segundo momento, Pericles decidió que era mucho más seguro para todos trasladar la caja a Atenas y desde ese momento fue él quien decidió cómo y cuando se emplearían los fondos de la Liga. Con esta operación, el hábil político recaudó lo necesario tanto para la flota ateniense como para reconstruir los edificios públicos destruidos por los persas. Esparta obviamente, no quiso adherirse al pacto: en primer lugar porque se consideraba autosuficiente desde el punto de vista militar y además porque, como todas las naciones sometidas a regímenes duros (como hoy la Unión Soviética), no podía impunemente abrir las puertas a las ideas democráticas e innovadoras que proliferaban en la vecina Atenas.

Grecia ha sido siempre criticada por no haber conseguido en aquel período, convertirse en una única nación, fuerte e invencible. Que si por la rivalidad Atenas-Esparta, que si por el escaso sentimiento helénico de la «traidora Tebas», el caso es que los griegos no consiguieron nunca crear un Estado unitario como Dios manda. No obstante, este fraccionamiento en tantas *polis*, cada una con su propio carácter, ha dado más a la humanidad de lo que hubiese podido dar una enésima potencia mundial. Sobre esto nos parece acertada la reflexión de Grytzko Mascioni: «… me siento imprudentemente inclinado a creer que los griegos, en sus *polis*, trazaron para siempre una dimensión social que quizá sea la única verdaderamente viable para el hombre. Realmente no se puede teorizar ninguna verdadera comunidad civil cuando se superan los límites de una real, aunque teórica, posibilidad de conocer o verse cara a cara, alguna vez, con todos los miembros: y esto, en la *polis*, se podía hacer»**[338]**.

Pericles era un aristócrata, hijo de un almirante. A pesar de ello, para subir al poder, desde el principio se puso del lado del partido democrático. En aquella época, el haber luchado en Salamina o en Platea equivalía a ser héroe de la Resistencia, y como el *demos*, o sea el pueblo, estaba constituido en gran parte por ex combatientes, la elección democrática no podía llevarle más que a la victoria.

Aun siendo de rostro agradable, tenía lo que en Nápoles llamamos *’a capa a cucuzziello***[339]**. El inconveniente le costó el sobrenombre de *schinocefalo*, es decir, «cabeza de cebolla»**[340]**. Los artistas estaban

obligados a retratarle con el casco y los biógrafos avanzaron la hipótesis de que esa protuberancia era debida a un exceso de cerebro.

Tuvo como maestro y guía espiritual a Anaxágoras. De él aprendió: «la ciencia de las cosas celestes, las especulaciones elevadas, una forma de expresarse sublime e inmune a las trivialidades plebeyas, la firmeza de sus rasgos, jamás aflojados por la sonrisa, la gracia de su porte, la forma de vestir, que nunca se descomponía por mucho que se moviera al hablar, el tono de voz inalterable y otras actitudes similares que llenaban de estupor a cualquiera que se le acercara»[341]. En cierta ocasión escuchó imperturbable a un hombre que le estuvo insultando durante un día entero, y cuando, al caer la noche, tuvo que volver a casa, ordenó a un esclavo que les siguiera con una antorcha para que el pelmazo pudiera terminar de dar la lata.

Pericles fue un gran orador: mientras que en los debates políticos se mantenía tranquilo y comedido, cuando se trataba de arengar a las masas «tronaba, relampagueaba y llevaba en su lengua un tremendo rayo»[342]. Gracias a Zenón, su maestro de retórica, fue también un dialéctico formidable. Un día el rey de Esparta, Arquidamo, preguntó a Tucídides quién, entre Pericles y él, era el mejor luchando, y Tucídides respondió: «Cada vez que consigo tirarle al suelo cuando luchamos, él dice que se ha caído, hace que le adjudiquen la victoria y convence hasta a los que le vieron caer»[343].

De todas formas, la habilidad de Pericles para gestionar la cosa pública está fuera de toda discusión. Comprendió, por ejemplo, un hecho fundamental: la necesidad de retribuir a todos aquellos que trabajaban para el bien común. Introdujo la paga de los soldados, los administradores e incluso de los magistrados. Aumentó los espectáculos populares, organizando banquetes al aire libre, procesiones y festivales de canción; en suma, se ocupó de lo «efímero». Además, reembolsaba, a expensas del Estado, el billete de entrada a los más pobres. En lo que se refiere al arte, dio origen a uno de los períodos más fecundos de la historia de la humanidad. Con el dinero de la Liga y con las subvenciones de los ciudadanos más ricos construyó decenas y decenas de edificios sagrados, atrayendo hacia sí lo mejor de los artistas de la época. En cuarenta años transformó Atenas en un único e inmenso taller de obras. Cada arquitecto,

cada escultor, era un auténtico empresario que, como en las bodegas renacentistas, tenía tras de sí una hilera de esclavos. Se utilizaron los materiales más dispares: mármol, bronce, marfil, oro, ébano y ciprés. Cuando algunos notables atenienses protestaron por el excesivo derroche de dinero, Pericles contestó: «De acuerdo, eso quiere decir que de ahora en adelante construiré a expensas mías. Pero quede claro que cada edificio llevará en el frontal mi nombre»[344]. En seguida obtuvo el dinero y el consentimiento.

A Pericles hay que reconocerle también su influencia en el cambio de opinión con respecto a los artistas. Aunque parezca extraño, los antiguos griegos no tenían mucha consideración por aquellos que dedicaban su vida a la escultura y a la pintura: en la práctica, cualquiera que tuviese que utilizar sus manos para vivir era despreciado. Los *banausos*, es decir, los peones, eran casi siempre esclavos o metecos, ya que el ideal de vida helénico era contrario a cualquier actividad lucrativa y se identificaba con la «plenitud del ocio»[345]. En la línea de estos principios, yo tenía un tío que solía exclamar: «Modestamente, ¡nunca he trabajado!»; y quede claro que al decir esto no pretendía hacerse el gracioso. Según Aristóteles, la *banausia* era lo opuesto a la *paideia*, a la educación, y era propia de los pobres, así como la instrucción y la nobleza de alma eran cualidades reservadas a los ricos[346]. Plutarco cuenta que en Grecia ningún joven de bien, aunque admirando a Zeus de Pisa y a Hera de Argo, hubiese querido jamás ser Fidias o Polícleto, ya que «los griegos apreciaban los perfumes y los colores, pero consideraban a los perfumistas y a los coloristas innobles obreros»[347]. También se dice que Filipo de Macedonia, al oír a su propio hijo Alejandro tocar el laúd con excepcional maestría, dijo: «¡No te da vergüenza tocar tan bien!». En otras palabras, para Filipo la destreza artística revelaba largas horas de estudio y de fatigosa aplicación al instrumento.

En contraste con esta forma de valorar a los artistas, Pericles gustó de rodearse de grandes maestros y, concretamente, nombró a Fidias su consejero en las artes plásticas. Los malignos dicen que su labor de consejero no se limitó sólo a las estatuas, sino que pasó también al área de las modelos. Efectivamente, el escultor fue acusado de preparar encuentros

íntimos, en su propio estudio, entre el hombre político y algunas señoras de la alta sociedad. Pericles, hay que decir las cosas como son, era un poquito pendón: parece ser que, ya cuando prestaba sus servicios en el ejército, le puso los cuernos a su comandante, el fuerte Menipo, y que después fue amonestado por Estesimbroto de Taso por haber mantenido relaciones incluso con su propia nuera[348].

De todas formas, su verdadera amante sigue siendo la célebre Aspasia, la bella mujer jónica por la que nuestro Pericles se ganó una denuncia de concubinato. Aspasia nació en Mileto donde, según las malas lenguas, empezó a trabajar como prostituta. Cuando se trasladó a Atenas conoció a Pericles, gracias a la recomendación de un colega, una tal Targelia, cuya moral era: «si realmente te tienes que vender, elige a los poderosos»[349].

Cuando llegó a Atenas, Aspasia puso en marcha una actividad que estaba a medio camino entre el salón *radical-chic* y la casa de tolerancia. Los mejores ingenios y las mujeres más bellas pudieron así encontrarse e intercambiar ideas. Se cuenta que una vez, tras un accidente mortal ocurrido durante una partida de jabalina, Pericles y Protágoras discutieron durante toda la tarde para establecer si se debía echar la culpa al lanzador, a los jueces, al muerto o a la jabalina. También Sócrates y sus discípulos se distinguieron como frecuentadores de la casa: se ignora si su asiduidad se debía al salón en sí o, más concretamente, a las chicas.

Aspasia era una perfecta ama de casa: amable, culta y refinada. Hay quien avanza la hipótesis de que más de una iniciativa de Pericles había salido en realidad de su cabeza: por poner un ejemplo, la decisión de intervenir en ayuda de Mileto durante el conflicto con Samos. Que luego tuviese una profesión tan poco respetable no nos tiene que llevar a engaño: en aquellos tiempos las mujeres respetables eran casi siempre ignorantes, mientras que las rameras recibían una notable educación. No olvidemos tampoco que el término «prostituta», en griego *pornai* o *pallacai*, le fue endosado por los enemigos de Pericles, mientras que para los historiadores sólo fue una cortesana. Es como si nosotros ahora fuésemos a Japón y llamásemos putas a las *geishas*.

Pericles tuvo también un hijo con Aspasia, pero éste no obtuvo la ciudadanía al no ser atenienses los dos progenitores.

La democracia tenía sus leyes y los adversarios políticos se aprovecharon para fastidiarle en todo lo posible. Todos sus amigos, antes o después, pagaron las consecuencias: Anaxágoras fue arrastrado ante los jueces y consiguió salvarse gracias a que pudo fugarse; Fidias fue acusado de robar el oro de las estatuas y, a pesar de que pudo demostrar lo contrario, despegando el metal precioso de sus obras y pesándolo, terminó en la cárcel donde, según se dice, murió envenenado; Aspasia fue denunciada por el comediógrafo Hermipo por impiedad y por favorecer la prostitución, y sólo gracias a la intervención de Pericles, que lloró por ella delante del jurado, consiguió salvarse de la cárcel[350].

Mientras tanto, las peores dificultades venían del exterior: Esparta, deseosa de dar leña, no podía soportar que a dos pasos de ella se divirtieran como si la vida fuese una agradable aventura. Durante unos años Pericles consiguió evitar la guerra (algunos dicen que sobornaba a los jefes espartanos), después no hubo nada que hacer y el conflicto explotó con toda su violencia. El prudente Pericles, que no es casual que Plutarco en *Vidas Paralelas* le compare con Fabio Máximo, rechazó el enfrentamiento directo y prefirió esperar el ataque amparándose en Atenas. Desgraciadamente para él, la afluencia de decenas y decenas de miles de ciudadanos que dejaron el campo para refugiarse dentro de las murallas, hizo que estallara una terrible epidemia de peste, de la cual Pericles fue considerado el principal responsable. Le destituyeron y le condenaron a pagar una multa de quince talentos[351].

En el otoño del 429 también a Pericles le alcanzó la epidemia. El día de su muerte estuvo rodeado por todos sus amigos que, considerando que ya estaba en la agonía, se pusieron a recordar todas las iniciativas que en cuarenta años habían favorecido a la patria. Pero Pericles, que había recobrado la conciencia, intervino: «Muchos de estos éxitos hay que atribuirlos a la suerte. Lo que sí habéis olvidado citar es mi mayor gloria: la de que ningún ateniense se vistió de negro por culpa mía»[352].

XIX

ANAXÁGORAS

Frank Sinatra fue llamado *The Voice*; Anaxágoras, en cambio, tuvo el apodo de *Noús*, la Mente. En ambos casos la identificación del personaje con su cualidad predominante nos parece muy acertada: efectivamente, nadie más que Anaxágoras podía ser elegido como representante de las inquietudes racionalistas que caracterizaron a la sociedad ateniense del siglo quinto. El amor por la dialéctica, el interés por los fenómenos naturales, la nueva forma de practicar la medicina de Hipócrates, la pureza de las líneas arquitectónicas e incluso la sencillez geométrica del plano del Pireo, trazado por Hipódamo de Mileto, nos dan a entender que en los filósofos y en los hombres de genio de aquel período había un enorme deseo de interpretar el mundo mediante el uso exclusivo de los recursos de la mente. Los Dioses, en los círculos intelectuales de la época, habían pasado de moda, y precisamente por esta razón muy pronto se convirtieron en instrumento de lucha en manos de los reaccionarios. «El Intelecto», decía Aristóteles, «es como un hombre que no ha bebido, en comparación con los demás que dicen cosas vanas».

Anaxágoras, hijo de Egesíbulo[353], nació en Clazomene, una pequeña ciudad jónica próxima a Esmirna, entre el 500 y el 497 a. C. Tuvo como maestro a Diógenes de Apolonia, el sucesor de Anaxímenes, y, al igual que todos los filósofos que recibieron la influencia de la escuela de Mileto, era más el tiempo que pasaba mirando el cielo que el que dedicaba a sus propios intereses. La familia estaba desesperada: «Bendito hombre, decían, ¿pero por qué no te ocupas de tus propiedades?»[354] y él contestaba: «¿Y por qué no os ocupáis vosotros?». Por ello, para que no le dieran la lata, decidió regalárselo todo a sus parientes. Efectivamente, el joven Anaxágoras sólo se sentía feliz cuando podía quedarse completamente solo

observando los astros en la cima del Monte Mimante[355]. Allí arriba pasaba largas noches a la intemperie, envuelto en una manta de lana y en el más absoluto silencio. Una vez, a un paisano que le amonestaba por no amar suficientemente a la patria, le contestó: «No dices la verdad, ¡yo amo muchísimo a la patria!», y con el dedo indicó el cielo.

Sus conocimientos astronómicos le hicieron muy pronto famoso: se decía que había aprendido los secretos del universo directamente de los «libros arcanos» de los sacerdotes egipcios. De todas formas le fueron atribuidas predicciones de diverso tipo: un eclipse solar, un terremoto (gracias al movimiento del barro depositado en un pozo)[356], el derrumbamiento de una casa e incluso la caída de un meteorito en el río Egospótamo[357]. El mundo griego era muy sensible a la fascinación de los adivinadores: quienquiera que, mediante cálculos o por suerte, hubiese sido capaz de predecir un evento natural, gozaba de ilimitada credibilidad. Anaxágoras, por ejemplo, era presentado como «aquel que predijo la caída de una piedra desde el cielo». Siguiendo con lo mismo, un día el filósofo fue visto en la Olimpiada cubriéndose la cabeza con una capa de piel, como para protegerse de la lluvia, y poco después, a pesar de que el cielo había permanecido sereno hasta aquel momento, cayó un tremendo chaparrón[358].

Con veinte años se trasladó a Atenas, donde fundó una escuela de filosofía. Tuvo como discípulos a Eurípides y a Arquelao, famoso este último por haber sido el maestro (y quizá también el amante) de Sócrates y por haber intuido que el sonido se propagaba en el aire a través de una sucesión de vibraciones[359].

Para algunos, Anaxágoras fue llamado a Atenas por Santipo, padre de Pericles, para que se encargase de la educación de su hijo; en cambio, para otros, era un ex soldado persa que llegó a Grecia con las tropas de Jerjes. Esta última hipótesis podría justificar la acusación de «medismo» que treinta años más tarde sería lanzada por los enemigos de Pericles[360]. Efectivamente, Anaxágoras fue acusado por un tal Tucídides[361] de simpatía hacia los persas y de «impiedad», es decir, de vilipendio de la religión. Los historiadores narran que fue condenado a muerte por poquísimos votos[362]. El bueno de Pericles, a pesar de que seguía siendo la

máxima autoridad de Atenas, no pudo hacer otra cosa más que sobornar a los carceleros para que le permitieran fugarse, incluso antes de que se leyera la sentencia. Los griegos, cuando se trataba de hacer daño a un adversario político no eran nada escrupulosos: una simple sospecha de haber hablado mal de Zeus podía ser el objeto de una acusación.

El exilio fue duro, más que nada porque le mantenían lejos del lugar donde se «hacía cultura». Pero el orgullo, y sobre todo la sabiduría, no dejaron que se transparentara en él ningún dolor. Cuando le comunicaron que había sido condenado a muerte, comentó la noticia diciendo: «¡Desde hace tiempo la naturaleza ha condenado a muerte a mis enemigos y a mí!»[363]. Cuando se enteró de que sus hijos habían muerto, simplemente dijo: «Sabía que les había engendrado mortales». A quien le recordaba que había sido privado de los atenienses le contestaba con fiereza: «No yo de ellos, sino ellos de mí»[364]. Finalmente, a aquellos que le compadecían porque moriría lejos de su patria, objetaba que «por cualquier sitio se baja, el camino al Hades es siempre el mismo».

Mientras tanto, su libro *La Naturaleza* circulaba en secreto entre los intelectuales. Según Plutarco «se leía a escondidas y lo entendían pocos, que a su vez sólo se lo enseñaban a los amigos de confianza»[365]. Lo que se sabe con certeza es que fue el primer *best-seller* de la historia, o cuando menos el primero del que se conoce el precio de portada: un dracma[366].

Sobre el proceso de Anaxágoras las noticias son muy contradictorias: algunos lo sitúan en el 450 y otros en el 432; hay quien dice que fue arrastrado ante los jueces por Tucídides y quien afirma que por Cleón[367]; se habla de condena a muerte, de ostracismo, e incluso de una multa de cinco talentos. Lo más probable es que hubiera dos procesos y dos condenas distintas, separados por dieciocho años[368].

El ostracismo[369] era una especie de elección negativa que tenía lugar una vez al año, al principio del invierno. Para deshacerse de un ciudadano cualquiera, bastaba con recoger el consentimiento de por lo menos seis mil atenienses y el pobre hombre se veía exiliado durante cinco o diez años sin ni siquiera saber por qué. Teniendo en cuenta que el voto era secreto y que se podía ser condenado aunque no se hubiese cometido ninguna falta, ya nos podemos imaginar qué fácil era acabar en el exilio. Prácticamente

ninguno de los grandes atenienses del siglo quinto, aparte de Pericles, consiguió evitar este *impeachment*: hasta Arístides, que era el mejor de todos, fue exiliado. El ostracismo debería haber afirmado la supremacía del *demos* sobre el individuo emergente; en cambio, resultó ser un instrumento potentísimo en manos de unos pocos envidiosos.

El segundo proceso, si es que lo hubo, comenzó con la fustigación de un esclavo que confesó haber oído a Anaxágoras hablar del sol como si fuera una piedra de fuego que se movía libre por el cielo[370]. El delito era gravísimo: unos años atrás un tal Diopites había conseguido que se aprobara una ley según la cual se condenaría a todo aquel que enseñara doctrinas sobre las «cosas celestes»[371]. Pericles acudió en seguida a defender a su amigo e hizo todo lo posible para salvarle la vida: le arrastró hasta el Consejo, a pesar de su estado febril debido a una enfermedad, y mostrando el rostro extenuado del viejo maestro preguntó a los presentes: «Atenienses, ¿estáis convencidos de que siempre he actuado por el bien de la patria? ¿Tenéis algo que reprocharme? Pues bien, ¡sabed que he sido discípulo de este hombre!»[372].

Anaxágoras fue puesto en libertad más por piedad que por la apasionada defensa de Pericles. Desgraciadamente, el orgulloso filósofo no pudo soportar una humillación semejante y se dejó morir de hambre en Lampsaco, un pueblo perdido de la Jonia septentrional[373]. Se tumbó en una cama y se cubrió el rostro con un velo. A Pericles, que había ido a asistirle, se quejó de no haber sido recompensado por sus enseñanzas y dijo: «También aquellos que necesitan luz, derraman el aceite de las linternas»[374]. A los arcontes de Lampsaco que le preguntaron: «¿Cómo quieres que se recuerde tu muerte?» respondió: «Dadles un día de vacaciones a los niños»[375]. Con todo el respeto por el señor *Noús*, a mí no me cae muy bien el personaje Anaxágoras: en particular me lo hace sospechoso la noticia de que nadie le vio nunca reír[376]. Si se hubiese tratado de un rasgo de personalidad, pues qué se le va a hacer. Lo malo es que para Anaxágoras el mostrarse siempre serio y compungido era una premeditada elección de comportamiento. De hecho, sus discípulos predilectos, Eurípides[377] y Pericles[378], por miedo a que les pillaran con una sonrisa en los labios, se negaban a beber en compañía y a participar en

los banquetes. Pensándolo mejor, la aversión por la risa es un síntoma muy difundido también en nuestros días. Haced la prueba de observar la actividad de los intelectuales italianos cuando son entrevistados por la televisión: en seguida os daréis cuenta de que su mirada está siempre impregnada de una austera afectación. Sólo Dios sabe qué oscuros mecanismos calvinistas, alimentados por complejos de culpa y deseos de expiación, les hacen tan alérgicos a la comicidad. Quizá el dicho latino de «*risus abundat in ore stultorum*» fue puesto en circulación precisamente por un antepasado de Moravia, de Sciascia o de Giorgio Bocca. Afortunadamente, de vez en cuando, aparece un Einstein o un Bertrand Russell y el cielo de la cultura se vuelve a teñir de azul.

Las preguntas son las clásicas de la filosofía presocrática:

1. ¿Cuáles son los elementos primordiales?
2. ¿Quién o qué cosa los anima?

Para Anaxágoras las sustancias primas son infinitas, tanto en número como en cualidad, y las llama *homeomerías*. Por lo tanto no tienen nada que ver con un único *arké*, como en la escuela de Mileto, ni con cuatro elementos distintos, como con Empédocles, sino con infinitas infinitesimales partículas agrupadas según un criterio lógico, establecido por el Intelecto.

Al principio de los tiempos, dice Anaxágoras, las *homeomerías* estaban amontonadas desordenadamente, como en una batidora, donde no era posible distinguir ni un color, ni cualquier otra característica[379], cuando de repente intervino el Intelecto y la «batidora» empezó a funcionar centrifugando su contenido: «lo denso, lo húmedo, lo oscuro, lo frío, o sea las cosas pesadas, se juntan en el centro y, una vez que se han endurecido, toman una consistencia de tierra; en cambio, las opuestas, lo caliente, lo fúlgido, lo seco, son empujadas hacia la periferia del éter»[380].

Mientras que las *homeomerías* son pedacitos infinitesimales de materia, homogéneos en cuanto a cualidad e invisibles, dada la exigüidad de la masa[381], los objetos que vemos en la naturaleza, incluso los más pequeños, contienen en su interior todas las *homeomerías* posibles. Más

concretamente, «en cada cosa se esconden todas las sustancias y de éstas sólo se ven las más numerosas o las que están más a la vista porque se encuentran situadas en primera fila»[382]. Consiguientemente, una mesa de madera tiene en su interior un poco de todo, también fuego, humo, cenizas, y así sucesivamente; si a nosotros nos parece que está hecha sólo de madera es porque las *homeomerías* de la madera están en mayor número.

Para demostrar estas afirmaciones, Anaxágoras nos hace notar que lo que comen los animales se transforma en carne, huesos, pelos, venas, nervios, uñas, alas e incluso cuernos, y dado que un pelo no puede nacer de un no pelo es necesario que en la comida estén presentes las *homeomerías* del pelo[383].

Siguiendo el razonamiento del «todo en el todo», el filósofo llega a decir que cada cosa posee, no sólo sus características principales, sino también las contrarias: la nieve, por ejemplo, nos aparece[384] blanca, pero en su interior debe ser un poco negra; y esto me recuerda a mi madre que, cuando encontraba insípida la sopa, solía decir: «*E doce ’e sale*», está dulce de sal.

Sobre los contrarios, Anaxágoras le da la vuelta a las teorías de Empédocles: lo parecido no busca lo parecido sino lo contrario[385]. Los opuestos deben su existencia al enemigo. Todos nosotros notamos el frío cuanto más caliente esté nuestro cuerpo. Un ruido considerado tenue si se oye en el estruendo del *ágora*, puede hacerse insoportable en medio de la noche.

Para comprender en profundidad el pensamiento de Anaxágoras, hay que tener las ideas claras sobre qué es lo que él entendía por Intelecto. Ya hemos precisado, al principio del párrafo, que el *Noús* no tiene nada que ver con Dios, al no ser un Ente Creador, sino sólo una sustancia «material», aunque con características particularmente refinadas, como pureza, rarefacción, etcétera. El Intelecto está presente sólo en las cosas animadas y a éste hay que atribuir el ordenamiento del Universo, tal como nos aparece, y no la creación de las sustancias primordiales. Se llama «Intelecto» porque, a diferencia del Caos, sabe lo que hace.

Las virtudes limitadas del *Noús* anaxagoriano desilusionaron un poco a los filósofos atenienses; tanto es así que Platón, en *Fedro*[386], dice

textualmente:

> «Habiendo oído a un individuo, que aseguraba haber leído un libro de Anaxágoras, afirmar que el Intelecto es el Ordenador y la Causa de todas las cosas, gocé con esta explicación y pensé que, si la cosa hubiese sido en estos términos, el Intelecto lo habría ordenado todo y habría dispuesto cada cosa de la mejor manera… Razonando de esta forma, creía tan contento que había encontrado en Anaxágoras la verdad sobre la causa de los seres, según mi entendimiento, y que él me habría dicho en primer lugar si la tierra es plana o redonda y que, después de habérmelo dicho, me habría explicado el fin o la necesidad… Pero entonces, avanzando en mi lectura, vi que mi héroe no utilizaba para nada el Intelecto y que no le atribuía ninguna causa al ordenamiento de las cosas, sino que recurría, como siempre, al aire, al éter, al agua y a otras cosas extrañas».

Anaxágoras, además de tener el sobrenombre de *Noús*, también fue llamado *ho physikótatos*, «el fisiquísimo», por su pasión por las ciencias naturales. A continuación una pequeña muestra de nociones básicas de su física y de su astronomía:

—Los astros son piedras de fuego que corren vertiginosamente por el cielo, hasta que una repentina moderación (tipo Cosmos, para entendernos) les hace precipitarse sobre la tierra (véase el episodio del meteorito del río Egospótamo)[387].

—«El Sol manda su luz a la Luna»[388], que es una piedra fría.

—La órbita de la Luna, al ser más baja que la del Sol, determina de vez en cuando los eclipses[389].

—Un día, cayó de la Luna un león llamado Nemeo[390].

—La Luna está habitada y tiene montañas, colinas, barrancos y casas, igual que nosotros[391].

—Los vientos son producidos por la rarefacción del aire calentado por el Sol[392].

—Los terremotos son estimulados por el movimiento de masas de aire que se encuentran prisioneras en las vísceras de la tierra.

—Los cometas son planetas en llamas que dejan tras de sí una cola centelleante[393],

—El Sol es más grande que el Peloponeso[394].

Como se puede ver, el bueno de Anaxágoras algunas veces acertaba y otras metía totalmente la pata; por otro lado, también hay que ponerse en el lugar de estos pobres científicos de la antigüedad: titubeantes, todos trataban de adivinar, fiándose un poco de lo que veían a simple vista y otro poco de la fantasía.

También Anaxágoras tiene una teoría de la evolución. Los primeros hombres nacieron de lo húmedo, para después nacer los unos de los otros; los hombres, de la parte derecha del útero; y las mujeres, de la parte izquierda[395]. Los seres humanos se convirtieron muy pronto en los más inteligentes del universo, al ser los únicos que tenían manos. Una intuición genial, que los estudiosos de hoy (etólogos y paleontólogos a la cabeza) tienden a ratificar, pero que entonces le acarreó muchas críticas. Aristóteles, por ejemplo, no estaba en absoluto de acuerdo, y matizó: «Según Anaxágoras, el hombre es el más sabio de los vivientes porque tiene manos. A mi parecer sería más razonable decir que tiene manos porque es más inteligente»[396].

XX

LEUCIPO

Cuatro cosas sobre Leucipo, aunque también sería difícil decir algo más. Sabemos poco acerca de su fecha de nacimiento: prudentemente, los historiadores la sitúan entre el 490 y el 470 a. C. Las opiniones acerca de su patria de origen discrepan[397]: unos dicen que nació en Mileto, y otros que en Elea, para unos nació en Abdera y para otros en ninguna parte. Defensor de esta última tesis es nada más y nada menos que Epicuro, quien, aun declarándose simpatizante de las teorías atomistas, niega que haya existido nunca un filósofo llamado Leucipo[398]. A nosotros, francamente, la *boutade* de Epicuro nos parece un poquito arriesgada: Aristóteles, en su obra *La Generación y la Corrupción*, le nombra once veces y es bastante improbable que un formalista como él se pusiera a disertar sobre un filósofo imaginario. Por dar una idea más de la cantidad de opiniones que existen sobre el tema, hay también una hipótesis de Tannery según la cual Leucipo no era más que un seudónimo de Demócrito.

De cualquier manera, como tenemos que esbozar un perfil de Leucipo, nos hemos convencido de que el filósofo nació en el 480, un decenio antes o después, y de que vivió en su patria hasta la rebelión de los aristócratas del 450. Pasados los treinta años, como todos los presocráticos que se precian, empezó a recorrer mundo a lo largo y a lo ancho. Parece ser que estuvo en Elea, donde permaneció lo justo para aprender y desbaratar las doctrinas de Zenón, y en Abdera, ciudad de Tracia, a medio camino entre Grecia y Jonia, donde fundó una escuela filosófica.

El incierto Leucipo tuvo la desgracia de tener como discípulo a un importante personaje como Demócrito: la cercanía de un alumno semejante ofuscó de tal forma la figura del maestro que incluso surgieron dudas sobre su misma existencia. Empecemos diciendo que Demócrito nunca se dignó

mencionarle en sus primeras obras, y que los historiadores, salvo alguna rara excepción[399], siempre le citan emparejado a su alumno, con lo cual resulta difícil distinguir el pensamiento del uno y del otro. Incluso un ensayo suyo, el *Gran Ordenamiento*, fue incluido en el *Corpus Democriteum* y ha terminado convirtiéndose en un escrito de Demócrito.

Sentado esto, nuestra intención en esta modesta pasarela de filósofos es la de tratar de revalorizar a Leucipo, reconociéndole por lo menos el mérito de haber inventado dos conceptos fundamentales en la historia del pensamiento: el vacío y el átomo.

Hasta aquel momento todos se habían ocupado afanosamente de negar la existencia del vacío: Empédocles, con el experimento de la muchacha que sumerge en el agua la copa de cobre, había demostrado que esa cosa que el vulgo llamaba «aire» tenía su consistencia y no correspondía en absoluto con el vacío[400]. Anaxágoras, por su parte, mostrando un odre lleno de aire, también ilustraba un método práctico para tocar con la mano el «espesor» del vacío[401]. Por último, Parménides no sólo daba por descontado la inexistencia del vacío, sino que incluso la utilizaba para demostrar la imposibilidad del movimiento: «El Uno», decía, «está inmóvil; si pudiera moverse debería ocupar un espacio vacío, lo cual es imposible, así que el movimiento no existe»[402].

En lo que se refiere al átomo, hay que reconocer que Anaxágoras con sus *homeomerías* se había aproximado bastante. De todas formas, aparte de la consideración de que los dos filósofos difícilmente pudieron influirse, pues pese a su contemporaneidad vivieron en distintas ciudades, la diferencia sustancial entre las *homeomerías* de Anaxágoras y los átomos de Leucipo radicaba en que las primeras eran divisibles al infinito, y los segundos, aún siendo pequeñísimos, eran imaginados como partículas sólidas y a prueba de cortes, los últimos corpúsculos en los que se podía dividir la materia. Y, efectivamente, «átomo» en griego significa «indivisible».

XXI

DEMÓCRITO

Demócrito, hijo de Egesístrato o de Atenócrito o de Damasipo, nació en Abdera o en Mileto[403], en una fecha que oscila entre el 472 y el 457 a. C. Como siempre, esto es lo que hay sobre la vida de los filósofos presocráticos: una vaga lista de fechas y padres inciertos. Por otra parte, pongámonos en el lugar de estos pobres griegos: no tenían un auténtico calendario, y cuando tenían que declarar el año de nacimiento, se las arreglaban haciendo referencia a los arcontes que entonces ocupaban el cargo, o a los ganadores de las Olimpiadas. Es como si hoy yo afirmara que nací en el año en que Owens ganó los cien metros y que me casé cuando Tambroni era presidente del consejo: ¡y ponte a recordar!

Demócrito era el menor de cuatro hijos: tenía dos hermanos, Herodoto y Damaste, y una hermana de la que no se sabe su nombre[404]. Creció en la abundancia, y cuando murió su padre renunció a su parte de tierras, pidiendo a cambio sólo una cantidad al contado. De todas formas, era una cifra considerable: Diógenes Laercio[405] habla de cien talentos, unos cien millones de ahora. Demócrito aceptó el dinero, contra sus propias convicciones éticas, sólo para poder realizar un proyecto soñado durante mucho tiempo: viajar por todo el mundo y conocer el mayor número posible de maestros. Así es como Horacio, el gran poeta latino, comenta el gesto del filósofo: «Qué asombroso que el ganado entre en los campos de Demócrito y eche a perder la cosecha, mientras su alma, olvidándose del cuerpo, se va corriendo veloz»[406].

Demócrito fue un viajero incansable: estudió astronomía con los caldeos, teología con los magos y geometría con los egipcios; visitó Etiopía, el mar Rojo e incluso la India, donde tuvo la oportunidad de conocer a los gimnosofistas[407]. En un fragmento referido por Clemente de

Alejandría[408], él mismo dice: «Yo soy, entre mis contemporáneos, el que ha recorrido la mayor parte de la Tierra, investigando las cosas más extrañas; y vi cielos y tierras innumerables; escuché a la mayor parte de los hombres doctos; y en la composición de las figuras geométricas, con su correspondiente demostración, no me superó nadie, ni siquiera los llamados arpedonaptos». En estos viajes siempre recibió la ayuda de la familia real de Persia: se cuenta que el rey Jerjes, al atravesar Tracia en la época de la segunda guerra greco-persa, fue huésped de su padre y que, desde aquel momento, nació una cierta forma de protección en relación a su familia[409].

Obviamente, viajando tanto, también fue a parar a Atenas y allí, qué extraño, «nadie le reconoció»[410]. Hay quien ha formulado la hipótesis[411] de que ese jovenzuelo que habla con Sócrates en los *Rivales* de Platón es precisamente Demócrito[412]. Sócrates, en efecto, afirma en este diálogo que el filósofo es como un pentatleta, es decir, un hombre capaz de ser el primero en la clasificación final, aunque sin haber ganado en ninguna especialidad, y Demócrito precisamente presumía de ser un experto en Física, Ética, Ciencias Enciclopédicas, Arte y Aritmética.

Cuando regresó a su patria, después de tanto viajar, no le quedaba ya ni un dracma: no pudo hacer otra cosa que irse a vivir a casa de sus hermanos, como el pariente pobre. Pero entonces, a causa de una antigua ley tracia, el gobierno le comunicó que no sería sepultado en su patria por haber dilapidado todos los bienes paternos. Así que Demócrito, para evitar que le echaran al mar después de muerto, leyó en público uno de sus libros, el *Gran Ordenamiento*, y los abderinos, ofuscados por tanta ciencia, no sólo le garantizaron los funerales a expensas del Estado, sino que le dieron también cien talentos[413].

Extraño personaje este Demócrito: para algunos era un juerguista siempre dispuesto a reír y a bromear, y para otros un estudioso al que gustaba retirarse en soledad. Probablemente era lo uno y lo otro: no es casual que tuviera dos apodos a la vez, «El Guasón» y «La Sabiduría»[414]. Su carcajada estruendosa era tan famosa en Grecia que más de una vez fue criticado en los círculos intelectuales atenienses. De él se decía: «Es de Abdera, donde suelen nacer los idiotas»[415]. De todos el que más pagó esta vena satírica de Demócrito fue Anaxágoras. El abderino siempre le tomó el

pelo por la teoría del Intelecto y le acusó de haberse apropiado de unas antiguas doctrinas sobre el Sol y la Luna[416]. Sin embargo, parece ser que toda la antipatía de Demócrito se debía al hecho de que fue rechazado personalmente por Anaxágoras el día en que solicitó su admisión en la escuela de Atenas[417].

La tendencia, llamémosla así, a la introversión se manifestó en Demócrito desde su primera juventud: era poco más que un niño cuando construyeron en el fondo del jardín de su casa una cabaña, una especie de guarida, en donde le encantaba esconderse de los ojos de todos. Se cuenta que en la edad madura, para poder dejar un mayor espacio a su propia imaginación, solía transcurrir largos períodos de tiempo en la soledad del desierto o entre las tumbas de los cementerios[418].

Las experiencias adquiridas en Oriente le habían otorgado unas particulares facultades adivinatorias: aparte de las predicciones de fenómenos naturales, a las que ya se dedicaban todos los filósofos, Demócrito consiguió a menudo asombrar a los amigos con algunas intuiciones extrañísimas. Se cuenta, por ejemplo, que un día, bebiendo un vaso de leche, dijo: «Esta leche ha sido ordeñada de una oveja negra, nacida de primer parto»[419], y que el hecho se comprobó en seguida. Otra vez parece ser que saludó a una amiga de Hipócrates con la frase «buenos días, muchacha», y al día siguiente la saludó con un «buenos días, mujer»: la muchacha, efectivamente, había tenido precisamente aquella noche, su primera experiencia sexual[420]. Los historiadores no dicen nada del nombre del *partner*: en caso de que hubiese sido Hipócrates, nos quedaría la duda de si la intuición democritiana no sería más atribuible a la confidencia de un amigo que a un fenómeno de carácter parapsicológico.

Cierto día, Demócrito, al no saber cómo consolar al Gran Darío por la muerte de su mujer, le dijo: «Consígueme todas las cosas que he escrito en esta hoja y te prometo que la haré resucitar». El rey en seguida se ocupó de que el sabio fuese atendido con todo detalle, pero no fue posible satisfacer la última de sus peticiones, que era la de inscribir sobre la lápida de la reina el nombre de tres hombres que nunca en su vida hubiesen experimentado dolor. A lo cual Demócrito dijo: «¡Oh, irrazonable hombre, lloras sin freno

como si fueras el único en el mundo que ha sufrido una desventura semejante!»[421].

La leyenda cuenta que Demócrito, una vez que se hizo viejo, se quitó la vista voluntariamente exponiendo sus ojos a los rayos de sol reflejados por un escudo plateado: no quería que «la visión del cuerpo le impidiese la del alma»[422]. En cambio, según Tertuliano, el viejo sibarita se cegó para no ver más a las mujeres bellas, dado que ya no estaba en condiciones de amarlas[423]. En cualquier caso, como prueba de este drama nos queda una poesía de Laberio Décimo[424]:

Demócrito de Abdera, filósofo físico,
dirigió un escudo justo hacia el lugar donde surge Hiperión
para poder quitarse la vista con el esplendor celeste;
así, con los rayos del sol, él se privó de la luz de sus ojos.

Una vez, en un libro suyo, escribió: «A veces, vivir durante largo tiempo no es un largo vivir, sino un largo morir»[425]. El caso es que una vez que pasó de los cien años decidió suicidarse y fue disminuyendo progresivamente su ración de comida hasta que llegó a no comer nada. Estaba en las últimas, a punto de expirar, cuando su hermana, también centenaria, se quejó de que, si él moría, el luto le impediría participar en las fiestas Tesmoforias. El filósofo, entonces, con mucha paciencia, pidió que le trajeran unos panes calientes y los puso junto a su cara. Sobrevivió así tres días más, y después le preguntó a su hermana: «¿Ya se han acabado las fiestas?». Ella contestó que sí y él cerró los ojos para siempre[426].

Diógenes Laercio le dedica estos versos[427]:

durante tres días retuvo en casa a la muerte
ofreciéndole únicamente el caliente olor de los panes.

Su fama se extendió por todo el mundo civil. De él habló bien hasta Timón de Fliunte[428]. En cambio, Platón fue su único irreductible detractor: siempre se negó a nombrarle e hizo todo lo posible para que fuesen quemados todos sus libros. No tuvo éxito en su intento por una sola razón:

los escritos de Demócrito se habían difundido por todas partes y por todas partes obtenían aprobaciones[429].

La doctrina de Demócrito es muy sencilla; en todo caso serán complicadas las preguntas a las que el filósofo evita responder. Pero vayamos con orden.

La realidad está constituida por los átomos y por el vacío[430]: los átomos son unos corpúsculos, infinitos en número, absolutamente compactos y por lo tanto indivisibles, iguales en calidad, pero distintos por la forma geométrica y por el tamaño. En cambio, el vacío es simplemente el vacío, es decir, un «no-algo» (*oudén*) que existe como existe el «algo» (*den*)[431]. Dicho de forma más elemental, el mundo estaría formado por pedacitos de materia, durísimos, con forma de bolitas, de cubitos, de dodecaedros y así sucesivamente, que se mueven en el interior de un espacio físico hecho de nada. Estos pedacitos, llamados átomos, a veces se pegan entre sí y otras veces se despegan[432].

Aceptada esta descripción del mundo que nos rodea, es natural que nos preguntemos: ¿quién ha hecho los átomos y el vacío, quién hace moverse a los átomos, quién les dio el primer empujoncillo, quién los pega y quién los despega? Y aquí Demócrito resulta menos convincente: los átomos son infinitos y existen desde siempre[433], así como desde siempre se mueven en el vacío; giran en un torbellino (*dínos*) y de vez en cuando se chocan. Los rechazos (*apopátlesthai*), las sacudidas (*palmós*), los roces (*epíspasis*) y los contragolpes (*sunkroúesthai*) dan lugar a amontonamientos que, en definitiva, serían los objetos que nos rodean. La doctrina de Empédocles, según la cual los que arreglaban las uniones y las separaciones eran el Amor y la Discordia, a Demócrito no le conviene: él es un materialista serio; conceptos como Amor y Discordia apestan demasiado a mitología, y para eso es mejor volver a Zeus y Saturno, sobre todo porque resultan más divertidos.

Ésta es, en sustancia, la teoría física y cosmológica de Demócrito. Lo primero que podemos decir es que nos parece fácilmente atacable. Admitiendo que los átomos se mueven «desde siempre» con un recorrido circular, dos son las hipótesis: o las trayectorias son paralelas, y entonces no

se entiende cómo pudo ocurrir el primer choque (al no ser posible un cambio de carril, ¡debió tratarse de un atasco!), o las trayectorias no son paralelas y entonces los choques han tenido lugar desde el primer instante. ¿Pero de qué primer instante estamos hablando, si acabamos de decir que los átomos se mueven «desde siempre»?

Epicuro, admirador de Demócrito y convencido atomista, intentará más tarde hacer un apaño y aventurará la hipótesis[434] de que los átomos, dado que son distintos en tamaño, también lo son en peso, y que esta diversidad provocó una inclinación[435] en sus recorridos. Lo sentimos por Epicuro, pero nuestras dudas siguen igual que antes.

En la filosofía atomística no hay sitio para nada que no sea el lleno o el vacío; incluso el alma, el pensamiento y las sensaciones están hechas de materia. Los átomos del alma son más redondos, más móviles y más lisos que los del cuerpo. El hombre vive mientras consigue, con la respiración, equilibrar los átomos del aire con los del alma. Las sensaciones ocurren de la siguiente forma: de cada objeto emana un efluvio material, aunque invisible, llamado *éidolon*, que se choca con el aire interpuesto y que, tras una serie de colisiones en cadena, incide en los átomos de los sentidos, los cuales, a su vez, transmiten la colisión a los átomos del pensamiento[436]. Como se puede ver, todo ocurre a través de contactos físicos. El conocimiento es un hecho subjetivo en la medida en que depende del medio interpuesto y de la capacidad del sujeto que recibe. Si Demócrito hubiese tenido en sus tiempos una Polaroid, podría habernos mostrado a todos cómo está hecho un *éidolon*.

La diferencia sustancial entre los átomos de Demócrito y las *homeomerías* de Anaxágoras radica en la divisibilidad de la materia: en ambos casos se trata de partículas pequeñísimas, pero mientras que el átomo es un trozo de materia durísimo, inatacable desde el exterior, la *homeomería*, por lo menos con la imaginación, puede ser subdividida al infinito. Siguiendo la lógica de Anaxágoras, en una molécula de nuestro cuerpo podría haber millones y millones de otros mundos, habitados o no, y nadie podrá nunca demostrarnos lo contrario, dado que estamos igual de lejos de las galaxias del espacio que de lo infinitamente pequeño que está dentro de nosotros.

Todo el problema radica en admitir o no la existencia del vacío. Podrá parecer extraño, pero el misterio del vacío todavía no ha sido resuelto: en la naturaleza no hay nada que pueda ser considerado totalmente vacío; en el mejor de los casos tenemos espacios atravesados por ondas luminosas. Demócrito decía que si conseguimos cortar una manzana es porque la hoja del cuchillo se mete entre los vacíos existentes en la materia. Pues bien, este tipo de razonamiento ya no lo podemos hacer, porque desde Einstein en adelante perdimos el significado de materia y de espacio. Nos damos cuenta de la dificultad del concepto y pedimos perdón al lector, pero tras la teoría de la relatividad es como si el espacio se hubiese casado con el tiempo formando una pareja indisoluble. Por lo tanto no podemos hablar de objetos materiales en sí mismos, sino de eventos, y no tiene sentido definir «un espacio entre dos puntos», sino que es más correcto hablar de «un intervalo entre dos eventos». «Son los eventos los que constituyen el *material* del mundo, y cada uno de ellos es de breve duración. Bajo este punto de vista la física moderna está del lado de Heráclito y contra Parménides»[437].

De alguna manera, Demócrito intentó hallar una vía de acuerdo entre las dos corrientes de pensamiento que caracterizaron su siglo. Por un lado, estaban los partidarios del ser y, por el otro, los del devenir: para los primeros el Uno era algo inmóvil, eterno e indivisible; para los segundos no había nada en el mundo que pudiese estar quieto o que pudiese ser comparado a sí mismo ni siquiera tras un instante. ¿Qué hacer? Para conciliar las dos tesis opuestas, Demócrito inventa la teoría atomística. A Parménides le concede el átomo, es decir, lo inmutable, eterno, indivisible y carente de vacío en su interior, de manera que el eleático pueda hallar en él todos los requisitos del Uno excepto la inmovilidad; a Heráclito le ofrece el vacío, un espacio físico en el que los átomos pueden corretear a gusto y donde la materia puede juntarse y deshacerse en un continuo devenir.

Los que quedarán descontentos serán los filósofos sucesivos: los Sócrates, los Platones y los Aristóteles, gentes a la espera siempre de que llegue alguien que les ilumine sobre la causa primera y sobre el fin último. Para ellos era como si Demócrito hubiese narrado la trama de una comedia y se hubiese saltado la primera y la última escena. Por otro lado, acudir en ayuda del filósofo de Abdera, afirmando que los átomos habían sido

movidos por un Creador, tampoco habría resuelto el problema: Demócrito, como buen materialista que era, en seguida habría preguntado: «¿Y al Creador quién le ha creado?». La verdad es que la Filosofía, con su avanzar entre la Ciencia y la Religión, había tocado con los atomistas un punto extremo del recorrido, todo Ciencia y nada Religión.

XXII

LOS SOFISTAS

La abogacía, como profesión, fue inventada por los griegos hacia finales del siglo quinto antes de Cristo. A diferencia del fuego y de la penicilina, este descubrimiento ocurrió gradualmente. Veamos cómo se desarrollaron los hechos.

Atenas, durante los períodos de paz, era una ciudad en la que reinaba un aburrimiento total: el trabajo estaba reservado a los esclavos, y quien había tenido la suerte de nacer como ciudadano ateniense no sabía cómo pasar el tiempo libre. Tenía que ser un problema llegar hasta el final del día. En una situación así se comprende fácilmente el gran éxito que obtenían los casos jurídicos: era como si hoy, por la televisión, pusieran sólo a Perry Mason[438].

Hasta la llegada de Pericles, en los tribunales griegos no estaba permitido el ser defendido por un abogado, sino que cada cual tenía que hacer valer sus propios derechos hablando en primera persona, cualquiera que fuese su papel dentro del proceso, acusador o inculpado: peor para el que no supiera hablar.

El jurado, llamado *Eliea*[439] estaba formado por personas del pueblo: hombres por encima de cualquier sospecha, a los que desgraciadamente, al no ser magistrados de carrera, la habilidad de las partes en causa les seducía más que la validez de los argumentos. Y así ocurría que casi siempre los listos conseguían salir bien librados a expensas de los incautos.

El primero en aprovecharse de las dificultades con que se encontraban los campesinos implicados en los casos jurídicos fue un tal Antifonte de Atenas. Aquel individuo era un exiliado político que para sobrevivir abrió en Corinto una «tienda de consuelos», es decir, un estudio en el que presumía de poder aliviar cualquier sufrimiento psíquico sólo con la fuerza

de las palabras. Tras ejercer durante unos años la profesión de consolador, Antifonte decidió escribir discursos de defensa y de acusación para quienquiera que tuviese que vérselas con la justicia. Los textos por él elaborados eran tan eficaces que en breve tiempo se hizo famoso en todo Ática como «el cocinero de discursos»[440]. En la factura de los honorarios que pedía a sus clientes iba incluido el coste de una lección de oratoria, durante la cual pretendía que el discurso se aprendiese de memoria, también porque, al ser su clientela casi siempre analfabeta, no tenía otra forma de entregar «la mercancía».

Antifonte y los que hacían lo mismo que él fueron llamados *logógrafos*: éstos confeccionaban por encargo discursos políticos, elogios fúnebres y defensas para casos de homicidio. En algunos procesos, haciéndose pasar por parientes o amigos de los inculpados, conseguían también atestiguar en favor de sus clientes. Al cabo de pocos años su función social se hizo tan insustituible que fueron legalmente reconocidos por los tribunales. Los que practicaban este oficio de *retórico* eran los sofistas: individuos particularmente versados en el arte de hablar en público.

Al principio la palabra «sofista» no tenía en sí nada de despreciativo: la raíz «sof» (de «sofía», sabiduría) designaba al experto y «ser sofista» equivalía a «poseer un conocimiento profundo de una facultad concreta» (hoy día con términos técnicos diríamos «tener el *know how*»). Sin embargo, posteriormente, los filósofos y los intelectuales en general, celosos de que alguien pudiese vender un producto de la mente, se levantaron contra ellos y les pusieron verdes. Jenofonte en los *Memorables* dice textualmente[441]: «Son llamados sofistas unos hombres que se prostituyen y que por dinero venden su propia sabiduría a quien se la pide: ellos hablan para engañar y escriben por la ganancia y no ayudan a nadie en nada». Platón, para no ser menos, hace en sus diálogos que les mortifique un Sócrates todavía más sofista que ellos.

A aumentar la división entre filósofos y sofistas contribuyó también la forma distinta de vivir la profesión: los filósofos, llamémosles tradicionales, solían acudir a una escuela con sus reglas y su doctrina, mientras que los sofistas trabajaban en el mercado como profesionales libres, sin sentir la necesidad de adherirse a una determinada línea de pensamiento. La

diferencia es sustancial, ya que las escuelas griegas de filosofía eran algo así como confraternidades dentro de las cuales los discípulos, además de aprender, profesaban una fe; así que, a sus ojos, los sofistas aparecían como individuos sin escrúpulos y sin ideales. Nunca se le ocurrió a nadie sospechar que los sofistas creían en una única verdad: la de la no existencia de la verdad.

A pesar del boicot de la *intellighentia*, los sofistas se hacían cada vez más populares, alcanzando en algunos casos la fama de los campeones olímpicos. Cada uno tenía su estilo oratorio o, cuando menos, un algo que les distinguía de los demás. Hipias de Elide, por ejemplo, solía llevar vestidos y objetos confeccionados por él mismo[442]: hasta las sandalias y la piedra tallada de su anillo eran obra suya; además, aun siendo octogenario, tenía una memoria prodigiosa: se decía que era capaz de repetir cincuenta nombres seriados, oídos sólo una vez[443]. Isócrates tenía más de cien alumnos y cada uno de ellos pagaba mil dracmas, a menos que fuera ateniense, en cuyo caso el curso era gratuito[444]. Gorgias de Leontini era capaz de improvisar un discurso sobre cualquier tema que se le hubiese propuesto[445]. Antifonte escribió para el mismo proceso hasta cuatro discursos: uno a favor y otro contra la acusación, uno a favor y otro contra la defensa[446]. Prodico de Ceo, cuando se daba cuenta de que sus oyentes se dormían, solía gritar: «¡Atención, atención, voy a deciros algo que os costará cincuenta dracmas!»[447]. Protágoras de Abdera le dijo a un poeta que le insultaba por la calle: «Prefiero escuchar tus injurias antes que tus poemas»[448]. Lisias, quizá el mejor de todos, era conocido por la extrema sencillez de su lenguaje. Así es como concluye el discurso *Contra Eratóstenes*: «He llegado al final de la acusación. Vosotros habéis oído, habéis visto, en vosotros está la decisión. Pronunciad vuestro juicio»[449]. Hipérides el astuto confiaba en emocionar a los jurados. En el discurso *En defensa de Eusenipo* termina diciendo: «Yo te he ayudado en lo que he podido. Ahora ya no queda más que suplicar a los jueces, llamar a los amigos y hacer que vengan los niños»[450]. Cleón el político caminaba de un lado a otro de la tribuna, se quitaba violentamente la capa y se golpeaba en los costados[451].

Pero el género en el que los sofistas pudieron divertirse de verdad fue el discurso epidíctico, un arte que no tenía otro fin que el de poner de manifiesto la elocuencia de los oradores. En Atenas se producían auténticas competiciones de epidística: enfrentamientos entre sofistas, concursos para aspirantes a retóricos e incluso un festival del elogio fúnebre (para los que estén interesados recordamos que el difunto elegido para aquella ocasión como tema obligatorio fue un tal Mausolo)[452]. Entre los discursos que pasaron a la historia citemos *El elogio de la mosca* de Luciano y sobre todo *El elogio de Elena* de Gorgias de Leontini, en el que el sofista demuestra que la pobre señora no tenía ninguna culpa de lo que ocurrió entre griegos y troyanos. En efecto, Gorgias decía que las hipótesis eran tres: la suerte de Troya ya había sido decidida por el Destino o por los Dioses, y entonces la culpa fue de éstos; o fue raptada a la fuerza, y entonces ella también fue una víctima de París; o fue persuadida por las palabras, y «en tal caso, oh atenienses, sabed que no hay nada en el mundo tan terrible como la palabra: ésta es un poderoso soberano, porque con un cuerpo pequeñísimo y completamente invisible consigue realizar obras profundamente divinas»[453].

Al género epidíctico pertenecieron también las *antilogías* o «discursos de las dobles razones». El sofista, en un primer momento defendía una tesis, para luego demostrar en un segundo momento, y con argumentos igualmente irrefutables, exactamente lo contrario. Se cuenta que un maestro de este arte, un día fue a exhibirse a Roma. Al final de su primera intervención fue calurosamente aplaudido por el público presente, pero cuando empezó a sostener la tesis contraria, fue objeto de un fenomenal abucheo. Los romanos eran gente sencilla y de pocas palabras: eran absolutamente incapaces de llegar a ciertos refinamientos griegos.

XXIII

PROTÁGORAS

Protágoras, apodado «el Razonamiento»[454], fue hijo de Artemón o de Meandrio y nació en Abdera hacia el 480 a. C.[455]

Al haber nacido en una familia pobre, intentó ganarse la vida transportando mercancías por cuenta de los comerciantes del lugar. Un día, Demócrito le vio trabajando y quedó sorprendido por la ingeniosidad con que había colocado sobre el lomo de una mula una pesada carga de leña. «El que puede hacer un trabajo semejante», pensó el atomista, «debe de tener una predisposición natural para el razonamiento filosófico». Y rápidamente le propuso que se inscribiera en su escuela[456].

El joven se convirtió muy pronto en un hábil orador. Tras permanecer cierto tiempo en su ciudad natal, durante el cual prestó sus servicios como lector público, le encontramos en Atenas como maestro de elocuencia. Filostrato dice que fue el primero que cobró cien minas por un curso de oratoria y que «introdujo esta costumbre entre los griegos, cosa que no se le puede reprochar, ya que todos tomamos más en serio lo que nos cuesta que lo que es gratuito»[457].

En cualquier caso, Protágoras debía de ser carísimo: un discípulo suyo, un tal Evatlo, escandalizado por los mil denarios que le pidió al final del curso, intentó no pagarle con la excusa de que la suma convenida estaba subordinada al primer éxito que hubiese tenido en los tribunales. Protágoras ni se inmutó y dijo: «Querido Evatlo, no tienes salida, ya que yo te cito en seguida en los juzgados: si los magistrados no te dan la razón, me tendrás que pagar por haber perdido; si, en cambio, te dan la razón, me tendrás que pagar por haber ganado»[458].

Un tipo tan rebuscado no podía caerles muy bien a los filósofos atenienses: todos hablaron mal de él. Sin embargo, en la base de esta

aversión podía haber también una cierta envidia por la ingente fortuna que acumuló en poquísimo tiempo. Eupoli, el comediógrafo, le define como «un impío vende-engaños de cosas celestes»[459], y Platón, en un diálogo[460], le hace decir a Sócrates: «Yo conozco a un hombre, Protágoras, que él sólo ha ganado con su ciencia más dinero del que ha ganado Fidias con sus bellas obras y otros diez escultores juntos».

Ejerció su profesión durante cuarenta años y escribió una docena de libros, entre ellos dos colecciones de antilogías y un ensayo sobre el sentimiento religioso, titulado *De los Dioses*, que él mismo quiso leer un día en casa de Eurípides[461].

Cuando llegó a los setenta años, la suerte le dio la espalda: los atenienses le sometieron a juicio por haber escrito esta frase: «Acerca de los Dioses no tengo ninguna posibilidad de saber ni que existen, ni que no existen. Muchos son los obstáculos que me impiden saber; tanto la oscuridad del tema como la brevedad de la vida humana»[462]. Su acusador se llamaba Pitodoro y era uno de los Cuatrocientos que habían derrocado al régimen democrático de Atenas[463]. Protágoras, para no tener que beber la cicuta y acabar como Sócrates, huyó de Grecia y murió, mientras le perseguían los trirremes atenienses, al naufragar con su bote lejos de las costas de Sicilia[464]. Sus libros fueron quemados en la plaza del mercado, después de haber registrado una a una todas las casas de Atenas para descubrir todas las copias en circulación[465]. El poeta Timón Fliasio le dedicó estos versos[466]:

Al primero de todos los sofistas, de antes y después,
de bella voz, de agudo y versátil ingenio, oh Protágoras.
A cenizas quisieron reducir sus escritos, porque
escribió que no sabía ni podía comprender
a los Dioses, quiénes son, cómo y cuáles son,
teniendo máximo cuidado de un imparcial juicio.
No le sirvió y la fuga intentó, para no beber también él
la fría bebida de Sócrates y descender al Hades.

Toda la filosofía de Protágoras está comprendida en esta frase[467]:

El hombre es la medida de todas las cosas:
de las que son, por lo que son,
y de las que no son, por lo que no son.

Cuya interpretación ha dividido a los historiadores de la filosofía.

Nos preguntamos: ¿Quién es el hombre al que alude Protágoras? ¿Es un hombre cualquiera, un Pérez, un Fernández, un Expósito? ¿O es el Hombre en general, el de la H mayúscula que resume en sí mismo la opinión media de la categoría de los hombres? Precisar esto es fundamental porque condiciona nuestro juicio del filósofo.

Si he de elegir, me declaro a favor de la primera hipótesis. Ese hombre del que habla Protágoras soy yo: Luciano De Crescenzo, hijo del difunto Eugenio y de la difunta Julia Panetta, con todos los defectos y cualidades que me caracterizan. Lo que yo conozco no es una realidad objetiva igual para todos, sino que asume un significado preciso sólo en el momento en que «yo» la percibo y, naturalmente, este significado cambia al cambiar mis opiniones.

La relatividad expresada en la frase de Protágoras comprende tanto el campo del conocimiento como el de la ética.

Dado que una misma naranja puede parecer dulce a un hombre sano y amarga a un hombre enfermo, el sofista se pregunta: «¿Es dulce o amarga esta naranja?». Es ambas cosas, precisamente porque son dos las personas que la han probado. Ninguno de los dos juicios es «más cierto» que el otro; como mucho, podríamos decir que la definición «dulce» es preferible a la de «amarga», ya que la condición «hombre sano» es más frecuente que la de «hombre enfermo». Conclusión: el valor de las cosas varía de persona a persona, y, en el mismo individuo, de momento a momento.

Hasta aquí están todos de acuerdo; los problemas empiezan en cuanto nos adentramos en el berenjenal de la ética común: ¿existen un Bien y un Mal, objetivamente hablando, o siempre somos nosotros los que establecemos lo que está Bien y lo que está Mal? Éste es el problema.

Hasta la época de los sofistas, las opiniones de los antiguos eran bastante claras: todas las acciones eran consideradas blancas o negras, sin ningún tipo de duda. En el cercano Oriente se había desencadenado una

religión, la de Zaratustra, según la cual el Bien y el Mal se dividían el mundo sin posibilidad de vías intermedias. Quizá el mayor mérito de los sofistas fue el de inventar el Gris como zona intermedia entre estos dos extremos, y el de haber solicitado la duda como invitación a buscar siempre, en todas las cosas, el reverso de la medalla. Protágoras puede ser considerado el padre del escepticismo y el abuelo de Popper.

Alguien podría objetar que es muy cómodo «ser sofista»; por ejemplo, yo establezco que está Bien robar, matar y prevaricar, y luego hago todo lo que quiero, seguro de que no va a chocar con mi código personal. «OK», me respondería Protágoras, «si lo consigues no hay problemas». El hecho es que no es fácil convencer a la propia conciencia de que robar y matar se identifican con el Bien. Y aquí se abre la discusión sobre cómo la moral común puede condicionar el relativismo de Protágoras. Estamos de acuerdo en que los jueces somos nosotros mismos, pero también es verdad que nuestro juicio está influido por la moral de los demás.

Para los sustentadores de la tesis del Hombre, el de la H mayúscula, Protágoras habría querido decir que el Bien se identifica con el Bien del Hombre en general, y por lo tanto con el Bien de la colectividad. Quizá Protágoras haya dicho una frase así, pero seguro que si lo dijo no lo creía: esto no se avenía con su estilo de pensamiento. ¿Quién sabe? Quizá, llevado a juicio, dijera algo por miedo a Crizia (un ex sofista convertido en uno de los treinta tiranos y, como tal, feroz perseguidor de los ex colegas), pero en el momento de marcharse habría murmurado para sí, como Galileo, «¡no existe ningún hombre en general!».

En cambio, nosotros, fortalecidos por su eslogan, lo interpretamos como más nos agrada. Estamos convencidos de que somos la medida de todas las cosas, de las que son y de las que no son. Para tener una demostración de ello basta con escuchar la narración del partido Turín-Juventus de dos hinchas rivales: cada uno de ellos, con toda su buena fe, nos contará «su» partido, ignorando los fallos, las injusticias del árbitro y la mala suerte en el juego citados por el otro, y ello debido a la sencillísima razón de que no ha «querido ver» los eventos para él desfavorables. ¿Entonces cuál será la Verdad? Todas y ninguna, como decía Pirandello. La realidad es la que nos inventamos instante por instante. Si el trabajo no nos gusta, leemos un

horóscopo y creemos en un futuro mejor. Si nuestra mujer nos deja, nos convencemos de que se ha tenido que ir al extranjero por negocios. Si Italia tiene una deuda de diez billones, olvidamos la noticia y seguimos viviendo como antes, fortalecidos por el hecho de que la crisis económica dura desde siempre y nunca nos ha arrollado.

XXIV

GORGIAS DE LEONTINI

Gorgias nace entre el 480 y el 475 a. C. en Leontini (hoy Lentini, provincia de Siracusa). De sus primeros cincuenta años de vida sólo sabemos que su padre se llamaba Carmántida y que su hermano Heródico era médico[468]; por lo demás, se cree que conoció a Empédocles y que fue alumno suyo. Las primeras noticias ciertas nos llegan de Diodoro[469] y se refieren a una embajada enviada por los lentineses a Atenas (en el 427) con el fin de obtener ayuda militar contra la prepotencia de Siracusa. El jefe de la misión era Gorgias.

El sofista se presentó en el *ágora* de Atenas vestido de púrpura[470] de la cabeza a los pies: tenía a su lado a otro orador, Tisias, también de Leontini. Los dos embajadores se alternaron en el podio provocando la admiración de la multitud: ¡hasta entonces los atenienses jamás habían oído a unos oradores tan fascinantes[471]! Según cuenta Filostrato[472], Gorgias poseía «ímpetu oratorio, audacia innovadora, movimientos inspirados, tono sublime, frases resaltadas, comienzos inesperados, expresiones poéticas y gusto por el adorno». Lástima que en aquella época no hubiese grabadoras: habríamos entendido qué diablos quería decir Suidas cuando citó a Gorgias como «el inventor en la retórica del uso de tropos, hipálages, catacresis, hiperbatones, anadiplosis, epanalepsis y parisosis»[473].

Gorgias se convirtió muy pronto en un divo: se exhibía en los teatros y gritaba a la platea: «dadme un tema»[474]. Isócrates afirma que fue el que ganó más dinero de todos los sofistas[475]; era tan rico que un día, para dar las gracias a Apolo, regaló al oráculo de Delfos una estatua de oro, tamaño natural, de sí mismo[476]. Fue invitado a Tesalia por el tirano Jasón y desde aquel día el arte de la retórica fue llamado por los tesalios «el arte de Gorgias»[477].

Parece ser que se casó ya entrado en años, pero que tuvo problemas con su mujer por su amor a una esclava[478]. De hecho, un tal Melancio le toma el pelo diciendo: «Éste da consejos sobre la concordia, cuando no ha conseguido poner de acuerdo a la mujer, a la esclava y a sí mismo, y sólo son tres».

Su principal obra se titula *Sobre lo inexistente o sobre la naturaleza*. También son famosos los discursos, entre los cuales el ya recordado *Elogio de Elena*, la *Apología de Palamedes*, la *Oración pítica*, la *Olímpica* y la *Fúnebre*.

Vivió hasta los ciento ocho años. A quien le preguntaba cómo había conseguido llegar hasta esa edad, contestaba: «Renunciando al placer». Tal vez hubiese podido vivir más tiempo, si es verdad que se mató dejando de comer[479]. Cuando llegó el momento fatal, no perdió la ocasión y se inventó una frase con efecto: «He aquí que el sueño empieza a entregarme a su hermana»[480].

Un día una golondrina dejó caer un excremento sobre la cabeza de Gorgias; el sofista levantó la mirada y con gesto severo reprendió al pájaro exclamando: «¡Avergüénzate, Filomela!»[481]. La anécdota nos la cuenta Aristóteles[482], que se sirve de ella para criticar el uso impropio de la metáfora en el discurso. Gorgias de Leontini, dice el *patriarca*, «en este caso se equivoca dos veces: la primera cuando maldice a una mujer difunta y no hay que caer nunca en lo trágico y en lo cómico, y la segunda cuando finge ignorar que, quien ha hecho sus necesidades al aire libre, no ha sido la mujer de Tereo sino sólo una pobre golondrina». Aristóteles, es inútil precisarlo, no tenía sentido del humor y ni tampoco una particular simpatía por los sofistas; de hecho no se limita a criticar a Gorgias por el episodio de la golondrina, sino que incluso pone en duda su existencia como filósofo. Lo he dicho y lo repito: en aquellos tiempos, hacerse enemigo de Platón y Aristóteles (prácticamente los dos padrinos de la filosofía griega) significaba ser borrado de la lista de filósofos. Efectivamente, su opinión no sólo no se ha perdido con el transcurso de los siglos sino que ha terminado condicionándonos un poco a todos. Todavía hoy existen textos en los que se puede leer: «el nihilismo de Gorgias hay que eliminarlo de la historia de la

filosofía»; o que «su discurso irónico sobre la naturaleza sólo puede encontrar sitio en la historia de la retórica»[483].

En cambio, nosotros, en nuestra humilde opinión, reivindicamos el contenido filosófico del pensamiento de Gorgias, aunque sin compartir los aspectos morales. Tal vez ha sido precisamente su extraordinaria habilidad como retórico lo que ha equivocado a los historiadores: en efecto, muchos tienden a considerar a Gorgias de Leontini como un orador extraordinario, y a sus célebres discursos simples virtuosismos. Y sin embargo, son precisamente las apologías de Elena y de Palamedes las que nos sugieren un camino para entender su filosofía: en estos discursos el sofista concede un privilegio mayor a la forma, en detrimento del contenido, no da ninguna importancia a las acciones de la mujer infiel y del traidor Ulises, y descarga toda la responsabilidad sobre la palabra como medio de persuasión. «Nada es; si algo fuese, no lo podría entender; y aunque llegara a entenderlo, no sería capaz de comunicárselo a los demás»[484] así empieza su libro *Sobre lo inexistente o sobre la naturaleza*.

Con esta premisa, Gorgias consigue negar la realidad mejor que Parménides, Zenón y Meliso: para éstos existía sólo el Uno, para Gorgias ni siquiera eso. Indudablemente se trata de una premisa molesta para cualquiera que profese una fe; es como si Gorgias hubiese dicho: «Señores míos, lo siento por ustedes, pero aquí la Verdad no existe, o si prefieren, no está a nuestro alcance, lo que a todos los efectos es lo mismo. La única cosa a la que os podéis agarrar es a *la relatividad del logos*, es decir, la posibilidad de ejercer el poder a través de la palabra y del pensamiento».

Dos consideraciones sobre este personaje:

1) Nos cuesta imaginar una vida más aburrida que la de Gorgias: 108 años sin creer nunca en nada y renunciando al placer.

2) También, dando por descontada la imposibilidad de conocer la Verdad, nos preguntamos: ¿es más importante que exista o que se la llegue a conocer?

En nuestra opinión *la Verdad existe, porque si no existiera existiría al menos el hecho de que no existe*. El único camino, a través de la lógica, para llegar a la existencia de la Verdad (o de Dios) es el método de la negación positiva:

«¿Puedes decir que estás seguro de la existencia de Dios?».

«No».

«¿Puedes decir con seguridad que no existe?».

«Francamente no».

«Luego admites que existe algo que no conoces».

«Sí».

«Entonces, hazme el favor de llamar “dios” a esa cosa que admites que no conoces».

«¿Y si quiero llamarla simplemente “cosa que no existe”?».

«Da igual, su valor no cambia».

Estas consideraciones nos hacen recordar un famoso relato de Borges, *La biblioteca de Babel*[485]. El escritor imagina que se encuentra en una inmensa colmena formada por habitaciones hexagonales, todas repletas de libros. En el centro de cada habitación hay un pozo, una especie de espiral de escaleras, que permite entrever, lo mismo por arriba que por abajo, una infinidad de otras habitaciones hexagonales, todas repletas de libros; y también saliendo de una de estas habitaciones se acaba siempre otra vez en una galería vertical: ¡Vamos, una pesadilla!

Los libros de la Biblioteca de Babel tienen todos el mismo espesor, 410 páginas, y son incomprensibles: hrydghbdrskh…: esto es lo que se consigue leer cogiendo uno cualquiera. Después de muchas reflexiones, un viejo descubre que los libros no son otra cosa que todas las combinaciones posibles de los 25 símbolos del alfabeto y que, por lo tanto, la biblioteca tendrá que contener un número enorme de libros.

Dada la casualidad de las combinaciones, de vez en cuando aparece en algún libro una frase con sentido, del tipo de: *oh tiempo tus pirámides*. Pero cuando se llega a saber que la Biblioteca-Universo contiene todos los libros posibles, alguien avanza la hipótesis de que entre éstos pueda estar también el Libro de los Libros, aquel que guarda el Secreto de la Vida. Llegados a este punto, la búsqueda se vuelve espasmódica: grupos de hombres se lanzan como locos sobre los libros, cogiéndolos al azar, para después tirarlos en cuanto se dan cuenta de que son incomprensibles. Sólo Borges no se mueve: él se queda satisfecho con la noticia del Libro, y concluye diciendo: «Que el cielo exista, aunque mi sitio esté en el infierno. Que yo

sea ultrajado y aniquilado, pero que por un instante, en un ser, Tu enorme Biblioteca se justifique».

XXV

EL ABOGADO TANUCCI

Armá datte curaggie, tenimme 'a causa 'mmano.
'A parte ha miso a Porzio, mammá mette a Marciano.

Así grita una madre napolitana, en una poesía de Rocco Galdieri[486], mientras corre detrás del carro de los detenidos: «¡Ánimo, Armando! Tenemos la causa en nuestra mano. Si nuestros adversarios tienen al abogado Porzio, nosotros tenemos al abogado Marciano». Giovanni Porzio y Gennaro Marciano fueron los máximos exponentes de las crónicas judiciales napolitanas de la primera mitad de siglo. En aquellos tiempos los procesos penales suscitaban un extraordinario interés: el bajo pueblo frecuentaba la Corte de Assise con la misma puntualidad con que hoy los italianos siguen los capítulos de *Dallas* y *Dinastía*[487]. Era suficiente con que alguien avisara: «¡Está hablando Porzio!» y todos escuchaban sin pestañear.

Cuando tuvo lugar el proceso de la Bella Veneciana, toda Nápoles se volcó a favor de la inculpada. Se trataba del clásico delito de honor: Antonietta Catullo, madre soltera, había matado en Villa Comunale al hombre que la había seducido. El defensor era el abogado Alfredo Catapano. La defensa terminó con estas palabras: «Liberadla en nombre de todas las mujeres que han sufrido la violencia, el engaño, el fraude; de todas las mujeres que por una necesidad de amor creyeron en la bondad y en la sinceridad de las falsas promesas, de todas las mujeres expuestas al vicio, a la miseria, al hambre, y que encuentran el valor de resurgir, de vivir y de regenerarse en el amor y en la protección de un hijo». La Bella Veneciana

fue absuelta y Nápoles enloqueció de alegría. Centenares de mujeres llevaron en triunfo al abogado Catapano cantando a coro:

> *Tu hai difeso 'a causa,*
> *Alfredo Catapano,*
> *e mó 'a gente 'e mane*
> *sbatteno pe' tté*[488].

Los tribunales de Nápoles tienen su sede en un viejo castillo, el tristemente famoso Castel Capuano, construido hacia el año mil por Guillermo II. Nacido como fortaleza, se convirtió sucesivamente en palacio real, en vivienda privada y, finalmente, en cárcel y lugar de justicia bajo el virrey don Pedro de Toledo.

Aparte de los coches, no creo que el ambiente que rodea al viejo castillo sea muy distinto del que había con los virreyes españoles. La presencia del tétrico edificio continúa haciéndose sentir en todo el distrito. Las callejuelas y los cafés de barrio están llenos de abogadillos, de vendedores ambulantes, de pícaros, de maleantes en libertad provisional, de familiares esperando a que llegue un coche celular con el pariente, de descuideros en busca de un sujeto para arrebatarle la cartera. Situado a medio camino entre los callejones de la Duchesca, cuya mercancía está a un precio demasiado bueno como para hacer negocio, y la cercana Porta Capuana, ahogada en un mar de bocinazos, el tribunal engulle y vomita continuamente una variopinta multitud de personajes, ahora ya resignados a considerar la Ley con el mismo rasero que cualquier evento meteorológico desfavorable.

No todos los abogados que se agolpan en el inmenso patio de Castel Capuano son unos príncipes del foro; entre ellos, *grosso modo*, cabe distinguir cinco categorías de iniciados: los abogados «de grito», los abogados normales, los «*paglietta*», los *arrastrasuntos* y los «jóvenes de estudio».

Los abogados «de grito» son los que dejan huella en la historia de las crónicas jurídicas: Nicola Amore, Enrico Pessina, Leopoldo Taranti en el siglo XIX, Gennaro Marciano, Giovanni Porzio, Enrico De Nicola y Alfredo de Marsico en este siglo, son los primeros que se nos ocurren. Cada uno

tenía un carácter y un estilo oratorio que le distinguía de los demás: apasionado en Marciano, lírico en De Marsico, frío y lúcido en De Nicola.

Cierto día, un gran criminalista napolitano, el abogado Gaetano Manfredi, concluyó su defensa en un tono quizá demasiado enfático: «Se dice en la calle que mi causa está perdida. Pues bien, caeré, pero como un águila herida, con las alas desplegadas y la pupila fija en el sol». Su adversario, Cario Fiorante, llamado «el mordaz», le respondió de forma fulminante: «Lo que a nosotros nos importa es que caiga; luego elija usted la posición que quiera».

Los *arrastrasuntos*, a veces doctorados y a veces no, son unos voluntariosos que se ocupan un poco de todo: asuntos legales, pasaportes, renovación del carnet de conducir, etcétera. Se les llama así porque cuando consiguen agarrar a un buen cliente «arrastran el asunto» durante el mayor tiempo posible con el fin de obtener continuamente pequeños pagos.

Los «jóvenes de estudio», generalmente, son viejos colaboradores de abogados, con algún decenio de experiencia legal sobre sus espaldas. Aunque no son licenciados, a menudo se saben mejor los códigos que los titulares.

El personaje del *paglietta* forma parte de la historia de Nápoles. Los *paglietta* aparecieron en la escena jurídica napolitana en el siglo XVII. Camillo Gurgo nos lo describe así[489]: «Barrigudo, cómico, entre el cura y el caballero, con calzón de seda, grandes zapatos con hebillas relucientes, el fino traje que el pueblo llama *saraca*, el collarín azulino que se llama precisamente *paglietta*, el amplio sombrero de paja forrado de seda negra y la espada al costado».

En el siglo XVIII, el *paglietta*, o bien el sofista napolitano en tono despectivo, cambia de aspecto y se vuelve delgado, flacucho, y vestido de forma similar. Cerlone, un comediógrafo de la época, se burla de él inventando el personaje de Don Fastidio de Fastidiis, un picapleitos fanfarrón y desatinado. Benedetto Croce, en nombre de todos los abogados napolitanos, y quizá también de los sofistas griegos, protesta y hace notar que Don Fastidio es más la caricatura de un incauto que la del *paglietta*, al que se le puede reprochar todo, en el terreno de la ética profesional, menos la falta de astucia. En cambio, Don Fastidio de Fastidiis es un *gaffeur*

auténtico: en una comedia, a una virtuosa mujer a la que desea elogiar por sus méritos, se dirige diciendo: «¡Oh, mi gentil meretriz!».

Hoy como entonces, el *paglietta* sigue vivo en las aulas judiciales; probablemente es un personaje que atraviesa los siglos como el Hombre Enmascarado. Plauto nos hace un bosquejo escribiendo: «*Os habet linguam, perfidiam, malitiam, atque audaciam, confidentiam, confirmitatem, fraudolentiam*». («La boca posee lengua, perfidia, malicia, y descaro, ostentación, terquedad, astucia»).

Dos mil años más tarde, Maddalari afirma que: «El *paglietta* es el único en Nápoles que no padece la enfermedad del Ideal; en esto les gana también a los porteros que, hay que admitirlo, son hombres prácticos y positivos».

Nosotros conocimos a uno: se llamaba Aníbal Tanucci. Es suyo el lema: «La justicia es como un zapato estrecho: hay que usar siempre el calzador para poder ponérselo».

Para presentarle, contaremos una defensa suya.

Señores del tribunal, estamos aquí para defender la honorabilidad del señor Alejandro Expósito, llamado *La Rinascente*[490], de la acusación de estafa y de falsificación de marca comercial.

Nuestra intención es la de demostrar que en la acusación no se mantiene el delito de estafa, y que el hecho no constituye delito en lo que se refiere a la falsificación de marca comercial. Sentado esto, expongamos los hechos:

Domingo 27 de marzo, domingo de Ramos, una preciosa mañana de sol, cuando todo hacía suponer que el ánimo de las personas estaba dirigido hacia deseos de paz, el guardia urbano Miguel Abbondanza presentaba una denuncia contra mi cliente Alejandro Expósito por venta, sin licencia, de bolsos y carteras de distintos tamaños, en la acera de enfrente de la iglesia de Santa Catalina en Chiaia. Al día siguiente, un registro efectuado por inspectores de Hacienda en un bajo sito en el número 25 de la calle Sergente Maggiore, donde precisamente tiene su domicilio mi cliente, ponía al descubierto una modesta cadena de ensamblaje de los antedichos bolsos,

efectuada exclusivamente por miembros de la familia Expósito, y 28 relojes en perfecto funcionamiento de las siguientes marcas: Rolex, Cartier, Porsche y Piaget.

Para llegar al meollo de la acusación hay que precisar que el material plástico, comprado y no fabricado por Expósito para confeccionar los bolsos, reproducía en secuencia, tanto horizontal como vertical, una serie de letras «L» y «V» entrelazadas a guisa de monograma y con florecitas a intervalos. Dichas letras serían las iniciales de un tal Louis Vuitton, ciudadano francés, que no está presente en la sala y al que no tenemos el gusto de conocer.

En el caso de que los señores del tribunal no estuviesen al día en los precios de la empresa Louis Vuitton de París, nos place informarles de que un bolso de tamaño medio, fabricado en óptimo plástico francés, se vende por unas cuarenta mil pesetas, mientras que la imitación italiana producida por mi cliente sólo cuesta dos mil quinientas pesetas y, en algunos casos, cuando la recaudación al cabo del día deja mucho que desear, hasta dos mil pesetas. Detalle fundamental: en toda la mercancía aparecía un cartel en el que ponía:

AUTÉNTICOS BOLSOS LOUIS VUITTON
PERFECTAMENTE IMITADOS

Y llegados a este punto nos preguntamos: ¿ha cometido estafa Alejandro Expósito? ¿Pero qué quiere decir «estafa»? Mirémoslo en el código. Entonces… artículo 640… «quien con artificios y engaños induce a alguien a error, consiguiendo injusto provecho, será castigado, por querella de la persona ofendida, con la pena de tres meses a tres años de reclusión y con la multa de cuatro mil a cuarenta mil pesetas». De lo cual se deduce que para que haya estafa es indispensable, lo primero, que exista una persona ofendida que haya sido inducida a error; ¿y quién podría ser esta persona ofendida? ¿El cliente de paso? Pues no, señores del tribunal, porque aquí los casos son dos: o el cliente de paso leyó el cartel hasta el final, y entonces sabía que se trataba de simples imitaciones, o por falta de atención leyó sólo «AUTÉNTICOS BOLSOS LOUIS VUITTON», y entonces el verdadero estafador

era él, ¡que sólo con dos mil quinientas pesetas quería apoderarse de un objeto valorado en el mercado a casi cincuenta mil pesetas! Y luego, al fin y al cabo, ¿cuál sería el injusto provecho? ¿Esas novecientas o mil pesetas por bolso que Expósito llevaba a casa a los operarios y familiares que le esperan? No, señores del tribunal, la defensa sostiene con firmeza que, al no haber estafados, ni siquiera existe la estafa.

Y vayamos con el segundo punto de la acusación: la falsificación de la marca comercial. Los grandes maestros de la pintura, los Giotto, los Cimabue, los Masaccio, no solían firmar sus obras maestras, y esto porque consideraban, justamente, que las obras de arte debían ser apreciadas por su valor intrínseco y no porque estuvieran firmadas por Fulano o Mengano. De hecho, el antojo de la firma puede ser considerado una degeneración consumista de nuestro siglo. Hoy en día, la estupidez humana, y pido perdón por la crudeza del término, llega a comprar cualquier cosa con tal de que esté debidamente firmada.

En los años cincuenta, el pintor Piero Manzoni realizó un experimento deliberadamente provocativo: consiguió vender sus propias heces, tras haberlas guardado (esperemos) herméticamente en cajas, en las que ponía «mierda de artista». Pues bien, con esta misma idea, el señor Louis Vuitton de París, un buen día pensó: «Ahora yo fabrico miles de bolsos de plástico, les pongo mis iniciales, y luego los vendo diez veces más caros de su valor: ¿apostamos a ver cuántos estúpidos se los compran?».

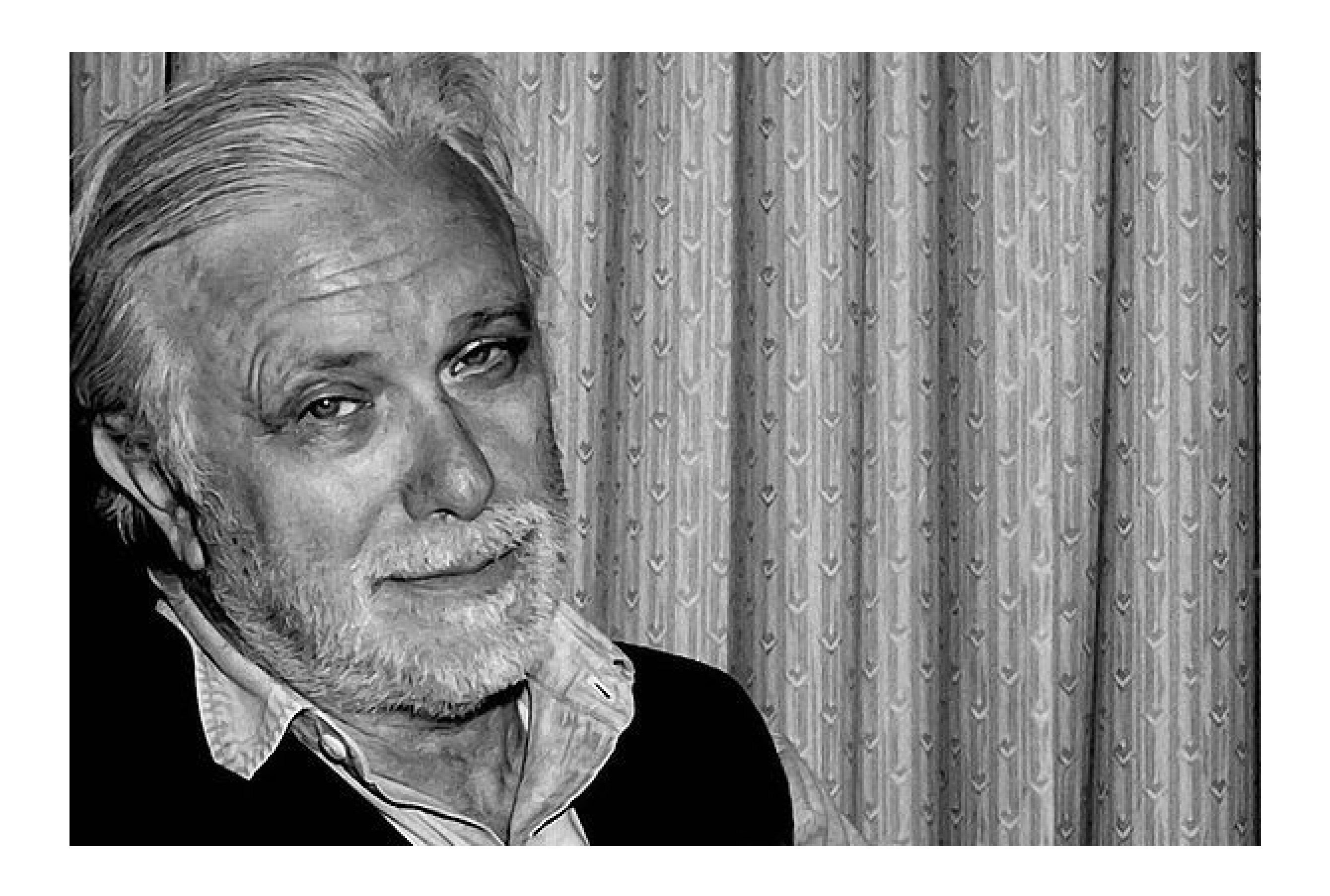
—Yo aquí estoy hablando de Vuitton, pero lo mismo vale naturalmente para todas las demás fábricas de firmas: Gucci, Fendi, Armani, Rolex, etc., etc. Ahora ya no hay límites: ¡también sentados en el retrete puede ser agradable estar rodeados de baldosas firmadas Valentino!

Alguien podría objetar: «Louis Vuitton no obliga a nadie a comprar sus bolsos. ¿Por qué tu cliente, en vez de ratear marcas ajenas, no intenta lanzar al mercado un producto original suyo?». Pues sí, a ver si alguien se imagina a una señora que le dice a su amiga: «Ayer me compré un Expósito, ¡no veas qué bien me queda!».

Llegados a este punto me pregunto: ¿existe alguna ley que ponga límites a las ganancias de un privado? Sí que existe, pero es la normal ley de mercado: si una empresa sube mucho los precios de venta no conseguirá

nunca vender todos sus productos debido a la competencia. ¿Y si esta empresa plagia a sus clientes y les convence de que el producto es extraordinario aun cuando está hecho de material sintético? ¡Ahí te quiero ver, mi querido amigo Vuitton!

Artículo 603: delito de plagio. «Quienquiera que someta a una persona a su propio poder, de manera que la reduzca a un estado total de sumisión, es castigable con la reclusión de tres a quince años». Ahora yo afirmo que, si un individuo ha conseguido convencer a miles de personas de que un bolso de plástico, aunque esté recubierto de monogramas, es mejor que un bolso de piel, quiere decir que este individuo ha reducido a un estado total de sumisión a sus propios clientes, y por lo tanto, fortalecido por esta deducción, acuso de plagio al señor Louis Vuitton de París. Acuso otrosí a los traficantes de firmas, los vendedores de humo, italianos y extranjeros, de someter a su poder a nuestras mujeres y a nuestros hijos. Acuso a las revistas «FMR»**[491]** y «CAPITAL» de hacer propaganda de los falsos ídolos de un nuevo fetichismo. Acuso a los *mass-media*, a los publicistas, a los comerciantes y a todos sus cómplices, de ganancias ilícitas. A ustedes, señores del tribunal, corresponde el deber de hacer justicia: en un plato de la balanza tienen a Louis Vuitton, Gran Listo Internacional, y en el otro plato a Alejandro Expósito, pequeño listo napolitano, cogido *in fraganti* ¡mientras intentaba picar una migaja de pan de la mesa de la gran comilona!



LUCIANO DE CRESCENZO (Nápoles, Italia, 18 de agosto de 1928 - Roma, Italia, 18 de julio de 2019) fue un escritor, director, actor y filósofo italiano. Ingeniero de profesión (según él mismo confesó, trabajó para IBM).

Hombre polifacético, también ejerció como guionista, actor, realizador cinematográfico, colaborador periodístico y presentador de televisión.

Autor de éxito internacional, entre 1977 y 2000 vendió dieciocho millones de libros (siete millones de ellos en Italia). Sus libros han sido traducidos a diecinueve lenguas en veinticinco países.

Sus dos volúmenes de *Historia de la filosofía griega* constituyen una aproximación a la filosofía y su mayor éxito literario. Son una obra divulgativa escrita con un estilo desenfadado y tono irónico. Muchas de las anécdotas recogidas en las biografías de los filósofos provienen de Diógenes Laercio.

Notas

[1] Salvador es el «vice-sustituto-portero» de Vía Petrarca, 58, Nápoles donde reside el profesor Gennaro Bellavista (cfr. *Así habló Bellavista*). **<<**

[2] Metecos: forasteros que residían de forma estable en Atenas. <<

[3] La fecha, en realidad muy incierta, de la destrucción de Troya es fruto de un oscuro cálculo de Eratóstenes. <<

[4] Para quien no se resiste a la seducción de los datos, precisemos que la batalla de Platea es del 479 a. C. y que fue ganada por una liga griega comandada por Pausanias, mientras que la de Poitiers es del 732 d. C. y marcó el triunfo de Carlos Martel. <<

[5] Bettino Craxi, político italiano y uno de los máximos exponentes del Partido Socialista Italiano (PSI). Fue primer ministro de Italia de 1983 a 1987. (*N. del editor digital*). <<

[6] Este refrán quiere decir que es mejor que vayas con los que son mejores que tú, porque así saldrás ganando. (*N. de la T.*). **<<**

[7] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[8] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[9] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[10] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[11] Para algunos, la máxima «conócete a ti mismo» es de Tales. <<

[12] Para todas las máximas y los testimonios relacionados con los Siete Sabios, cfr. *Los Presocráticos*. <<

[13] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[14] El opúsculo fue hallado entre las obras de Jenofonte, amigo de los Treinta Tiranos y, por lo tanto, adversario de la democracia ateniense. <<

[15] Anónimo Ateniense, *La democracia como violencia*. **<<**

[16] Anónimo Ateniense, *op. cit.* <<

[17] Herodoto, *Historias*. **<<**

[18] Herodoto, *Historias*. <<

[19] Para los testimonios y los fragmentos de Tales, cfr. *Los Presocráticos*. <<

[20] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[21] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[22] Platón, *Teetetes*. <<

[23] Aristóteles, *Política*. <<

[24] Herodoto, *Historias*. <<

[25] «Muchachos», en napolitano. (*N. de la T.*). **<<**

[26] Herodoto, *Historias*. <<

[27] Plinio, *Historia natural*. <<

[28] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[29] Calímaco, *Yambo*, I. <<

[30] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[31] Aristóteles, *Metafísica*. <<

[32] Aecio, I 7, 11. <<

[33] Aristóteles, *Del cielo*, II 13. <<

[34] Séneca, *Cuestiones naturales*, III 14. <<

[35] Aristóteles, *Del alma*, I 5. <<

[36] Aristóteles, *Del alma*, I 2. <<

[37] Para los testimonios y fragmentos relacionados con Anaximandro, cfr. *Los Presocráticos*. <<

[38] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[39] Favorino de Arles cuenta que Anaximandro dibujó en el Ágora de Esparta un cuadrante, y en el centro de éste clavó un palo cuya sombra se movía en el suelo según la hora. <<

[40] Cicerón, *La adivinación*. <<

[41] J. Burckhardt, *Historia de la civilización griega*. <<

[42] Eliano, *Historia variada*. <<

[43] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[44] Herodoto, *Historias*, 152. <<

[45] «Que si no los niños se ríen de nosotros», en napolitano. (*N. de la T.*).
<<

[46] Cfr. *Los Presocráticos*. <<

[47] Simplicio, *Comentario a la física de Aristóteles*. <<

[48] Pseudo-Plutarco, *Stromata*. <<

[49] Aristóteles, *Meteorología*. <<

[50] Hipólito, *Confutación de todas las herejías*. <<

[51] Aecio. <<

[52] Aecio. <<

[53] Aristóteles, *Física*. <<

[54] «Muchacho», en napolitano. (*N. de la T.*). <<

[55] Para los testimonios y los fragmentos relacionados con Anaxímenes, cfr. *Los Presocráticos*. <<

[56] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[57] Aecio. <<

[58] Simplicio, *Comentario a la física de Aristóteles*. <<

[59] La física moderna ha demostrado precisamente lo contrario de lo que afirmaba Anaxímenes: en los aeriformes, la rarefacción produce un enfriamiento, mientras que la compresión determina un aumento de la temperatura. <<

[60] Cicerón, *La naturaleza de los dioses*. **<<**

[61] Hipólito, *Confutación de todas las herejías*. <<

[62] Aristóteles, *El cielo*. <<

[63] Aecio. <<

[64] Scoli ad Arato, *Fenómenos*. <<

[65] Pseudo-Plutarco, *Stromata*. <<

[66] Hipólito, *Confutación de todas las herejías*. <<

[67] El Tigris y el Eufrates. <<

[68] Teón de Esmirna, *Elementos de astronomía*. <<

[69] Hipólito, *Confutación de todas las herejías*. <<

[70] Aecio. <<

[71] P. Tannery, *Pour l'histoire de la science hellène. De Thalès à Empédocle*. <<

[72] Entre los filósofos que pueden ser definidos como hilozoístas señalo a los estoicos, que consideran al fuego como el principio animador, asi como a Estratón de Lampsaco, Teles, Giordano Bruno, Campanella y sobre todo Spinoza, que atribuye distintos grados de vida a la materia. <<

[73] «Locuras», en napolitano. (*N. de la T.*). <<

[74] Para los testimonios y fragmentos relacionados con Pitágoras, cfr. *Los Presocráticos*. <<

[75] Para algunos el padre de Hetálides fue Apolo. <<

[76] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[77] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[78] Aulo Gelio, *Noches áticas*. **<<**

[79] El 216 era uno de los números mágicos de la escuela pitagórica, al ser éste el cubo del número 6. <<

[80] Herodoto, *Historias*. <<

[81] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[82] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[83] Porfirio, *Vida de Pitágoras*. <<

[84] Porfirio, *Vida de Pitágoras*. <<

[85] Los Magos eran una de las seis tribus en que se dividía el pueblo de los medos en Asia Menor. Tenían fama de ser todos expertos en magia, que de ellos tomó el nombre. <<

[86] Hipólito, *Confutación de todas las herejías*. <<

[87] B. Russell, *Historia de la filosofía occidental*. **<<**

[88] Herodoto, *Historias*. <<

[89] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[90] Aulo Gelio, *Noches áticas*. <<

[91] La *tetraktýs* era el número 10, número divino por excelencia según los pitagóricos. <<

[92] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[93] J. Burckhardt, *op. cit*. <<

[94] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[95] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[96] Eliano, *Historia variada*. <<

[97] A. Plebe, *Historia del pensamiento*. <<

[98] L. Robin, *Historia del pensamiento griego*. <<

[99] Jámblico, *Vida de Pitágoras*. <<

[100] Eliano, *Historia variada*. <<

[101] Jámblico, *Vida de Pitágoras*. <<

[102] Eliano, *Historia variada*. <<

[103] Eliano, *Historia variada*. <<

[104] Jámblico, *Vida de Pitágoras*. <<

[105] Adviertan que no he hablado de Pitágoras inventor de los rayos X y de la naranjada pitagórica, como lo hace Francesco Grillo en su libro *Vida de Pitágoras*. <<

[106] Jámblico, *Vida de Pitágoras*. <<

[107] L. Robin, *op. cit*. <<

[108] «De tanto insistir, hasta el metal se rompe». (*N. de la T.*). <<

[109] Diodoro de Sicilia. <<

[110] Jámblico, *Vida de Pitágoras*. <<

[111] Porfirio, *Vida de Pitágoras*. <<

[112] Dicearco. <<

[113] Jámblico, *Vida de Pitágoras*. <<

[114] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[115] «En esta vida, dice Pitágoras, hay tres clases de hombres, al igual que hay tres categorías de personas que van a los juegos olímpicos. La clase más baja está formada por los que van a comprar y a vender. Luego están los que compiten por la gloria. Sin embargo, los mejores de todos son los que van simplemente a ver. Por lo tanto la purificación más perfecta es la ciencia desinteresada y a ella se dedica el filósofo auténtico que se ha liberado completamente de los vínculos de la naturaleza». Esta apología del espectador aparece en B. Russell, *op. cit*. **<<**

[116] Alcmeón. <<

[117] Filolao. <<

[118] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[119] Espeusipo. <<

[120] Aristóteles, *Metafísica*. <<

[121] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[122] Alcmeón. <<

[123] *Los Presocráticos*. <<

[124] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. **<<**

[125] Aristóteles, *Política*. <<

[126] Aulo Celio, *Noches áticas*. <<

[127] Filolao. <<

[128] Este cuadrado mágico aparece en un famoso cuadro de Alberto Durero, *La Melancolía*: las cifras centrales, 15 y 14, de la última fila, indican la fecha de la obra: 1514. <<

[129] Apolodoro narra que cuando Pitágoras descubrió su famoso teorema, sacrificó cien bueyes a los dioses, lo cual resulta muy extraño en alguien que se negaba a comer carne para no matar a los animales: cfr. Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[130] Aristóteles, *El Cielo*. <<

[131] Simplicio, *Comentario a la física de Aristóteles*. <<

[132] Aristóteles, *El Cielo*. <<

[133] Simplicio, *Comentario a la física de Aristóteles*. <<

[134] Para los testimonios y fragmentos relacionados con Heráclito, cfr. *Los Presocráticos; La sabiduría griega; Heráclito*. <<

[135] «Gentils organisateurs», en francés. (*N. de la T.*). <<

[136] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[137] Estrabón, *Geografía*. <<

[138] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[139] Fr. 14 A 72. <<

[140] Fr. 14 A 77. <<

[141] Fr. 14 A 9. <<

[142] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[143] Fr. 14 A 67. <<

[144] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[145] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[146] Plutarco, *La locuacidad*. <<

[147] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[148] Fr. 14 A 84. <<

[149] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[150] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[151] *Skoteinós*, más que «oscuro», significa «tenebroso». **<<**

[152] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[153] Fr. 14 A 130. <<

[154] Fr. 14 A 1. <<

[155] Fr. 14 A 86. <<

[156] Fr. 14 A 61. <<

[157] Fr. 14 A 51. <<

[158] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[159] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[160] Fr. 14 A 62. <<

[161] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[162] Fr. 14 A 30. <<

[163] Fr. 14 A 21. <<

[164] Fr. 14 A 21. <<

[165] Fr. 14 A 107. <<

[166] Fr. 14 A 18. <<

[167] Fr. 14 A 125. <<

[168] Fr. 14 A 29. <<

[169] Fr. 14 A 5. <<

[170] Fr. 14 A 19. <<

[171] Fr. 14 A 127. <<

[172] Fr. 14 A 111. <<

[173] 164 Fr. 14 A 8. <<

[174] Partido Comunista Ialiano. (*N. del editor digital*). **<<**

[175] Símbolo de la Democracia Cristiana. (*N. de la T.*). **<<**

[176] «Vamos a parar a las llaves» es una expresión utilizada por los músicos de orquesta napolitanos y quiere decir «vamos a parar a lo difícil». En el clarinete hay agujeros y llaves (como en el piano hay teclas blancas y negras). Tocar en una tonalidad que requiere un largo uso de las llaves, y no de los agujeros, es mucho más complicado. De aquí la susodicha expresión. <<

[177] Fr. 14 A 134. <<

[178] Fr. 14 A 54. <<

[179] Plinio, *Historia natural*. <<

[180] Herodoto, *Historias*. <<

[181] Herodoto, *Historias*. <<

[182] Herodoto, *Historias*. <<

[183] Ahora Aleria. <<

[184] Expresión griega equivalente a nuestra «victoria pírrica». Cadmo era antepasado de Edipo, padre de Eteocles y Polinice, dos gemelos que se desafiaron a muerte durante la guerra de los Siete contra Tebas y que terminaron matándose el uno al otro. <<

[185] Herodoto, *Historias*. <<

[186] Estrabón, *Geografía*. <<

[187] Estrabón, *Geografía*. <<

[188] M. Napoli, *Civilización de la Magna Grecia*. <<

[189] Para los testimonios y fragmentos relacionados con Jenófanes, cfr. *Los Presocráticos*. <<

[190] *Odisea*. <<

[191] Fr. 2. <<

[192] Plutarco, *Las nociones comunes*. <<

[193] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[194] Clemente de Alejandría, *Stromata*. **<<**

[195] Fr. 8. <<

[196] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[197] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[198] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[199] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[200] Hipólito, *Confutación de todas las herejías*. <<

[201] Aristóteles, *Portentos*. <<

[202] Plutarco, *Sentencias de reyes y generales*. <<

[203] P. Tannery, *op. cit.* <<

[204] El juicio crítico es de Jenófanes: a nosotros nos gustan los dioses humanos de Homero tal y como son. <<

[205] Fr. 11. <<

[206] Fr. 16. <<

[207] Fr. 1. <<

[208] Pseudo-Aristóteles, *Sobre Meliso, Gorgias y Jenófanes*. **<<**

[209] Fr. 27. <<

[210] Hipólito, *Confutación de todas tas herejías*. <<

[211] Fr. 28. <<

[212] Fr. 1. <<

[213] Para los testimonios y fragmentos relacionados con Parménides, cfr. *Los Presocráticos*. <<

[214] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[215] Cfr. *Los Presocráticos*. <<

[216] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[217] Cfr. *Los Presocráticos*. <<

[218] Platón, *Parménides*. <<

[219] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[220] Plutarco, *Contra Colote*. <<

[221] Cfr. *Los Presocráticos*. <<

[222] Platón, *Parménides*. <<

[223] Aquí el autor hace referencia al diálogo platónico, no al filósofo del mismo nombre. (*N. del editor digital*). **<<**

[224] Cfr. Sesto Empírico, *Contra los matemáticos*. **<<**

[225] Subráyese la definición preferida. <<

[226] Pseudo-Plutarco, *Stromata*. <<

[227] Fr. 6. <<

[228] Fr. 5. <<

[229] Para los testimonios y fragmentos relacionados con Zenón, cfr. *Los Presocráticos*; M. Untersteiner, *Zenón. Testimonios y fragmentos*. <<

[230] Platón, *Parménides*. <<

[231] Platón, *Parménides*. <<

[232] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[233] Platón, *Parménides*. <<

[234] Del latín *amasius*, que significa «amante», «querido». **<<**

[235] Aristóteles, fr. 65. <<

[236] Platón, *Alcibíades*. <<

[237] Platón, *Parménides*. <<

[238] Cfr. F. Rosenthal, *Arabische Nachrichten über Zenon den Eleaten*. <<

[239] M. Untersteiner, *op. cit*. **<<**

[240] Filostrato, *Vida de Apolonio de Tiana*. <<

[241] F. Rosenthal, *art. cit*. <<

[242] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[243] Tertuliano, *Apologético*. <<

[244] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. **<<**

[245] Diodoro de Sicilia, X 18, 2. <<

[246] Clemente de Alejandría, *Stromata*. **<<**

[247] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[248] M. Untersteiner, *op. cit.* <<

[249] Platón, *Parménides*. <<

[250] Aristóteles, *Física*. **<<**

[251] Aristóteles, *Física*. <<

[252] Aristóteles, *Física*. <<

[253] Aristóteles, *Física*. <<

[254] *Proclus in Parmenidem*. <<

[255] Para los testimonios y fragmentos relacionados con Meliso, cfr. *Los Presocráticos*. <<

[256] Plutarco, *Vida de Pericles* (en *Vidas paralelas*). **<<**

[257] G. Calogero, *Estudios sobre el eleatismo*. **<<**

[258] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[259] Tucídides, *La guerra del Peloponeso*. <<

[260] Plutarco, *Vida de Pericles*. <<

[261] La «samena» era una embarcación típica de la isla de Samos. **<<**

[262] Plutarco, *Vida de Pericles*. <<

[263] Fr. 1. <<

[264] Aristóteles, *Metafísica*. <<

[265] Aristóteles, *Sobre Meliso, Gorgias y Jenófanes*. <<

[266] Fr. 7. <<

[267] Según Timeo, en Agrigento había ochocientos mil habitantes en la época de Empédocles: cfr. Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. Pero, teniendo en cuenta el espacio comprendido entre las murallas, la noticia no parece muy creíble. <<

[268] D. Sciná, *Vida y filosofía de Empédocles de Agrigento*. <<

[269] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[270] D. Sciná, *op. cit*. <<

[271] Diodoro de Sicilia. <<

[272] Ateneo, *Deipnosofistas*. <<

[273] Píndaro, *Pítica*. <<

[274] E. Renan, *Veinte días en Sicilia. Mezclas de historia y de viajes*. <<

[275] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[276] Los testimonios acerca de Diágoras están recogidos y comentados en F. Jacoby, *Diagoras ho atheos*, en «*Abhandlungen der deutschen Akademie der Wissenschaften*». **<<**

[277] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[278] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[279] E. Bignone, *Empédocles*. <<

[280] D. Sciná, *op. cit*. <<

[281] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. **<<**

[282] D. Sciná, *op. cit*. <<

[283] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[284] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[285] E. Bignone, *op. cit*. <<

[286] Fr. 112 (cfr. Empédocles, *Poema físico y lustral*, revisado por C. Gallavotti, Verana 1975). <<

[287] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[288] Plutarco, *La curiosidad*. <<

[289] Aristóteles, *Sofista*. <<

[290] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. **<<**

[291] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[292] Aristóteles, *Sofista*. <<

[293] Jámblico, *Vida de Pitágoras*. <<

[294] D. Sciná, *op. cit*. <<

[295] D. Sciná, *op. cit*. <<

[296] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[297] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[298] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[299] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[300] Heráclides del Ponto. <<

[301] Heráclides del Ponto. <<

[302] Fr. 100. <<

[303] Fr. 57. <<

[304] Fr. 60. <<

[305] Fr. 61. <<

[306] Fr. 59. <<

[307] Fr. 6. <<

[308] Fr. 22. <<

[309] Fr. 17. <<

[310] Fr. 8. <<

[311] Fr. 12. <<

[312] Aristóteles, *Metafísica*. <<

[313] Fr. 117. <<

[314] Hipólito, *Confutación de todas las herejías*. <<

[315] Fr. 40. <<

[316] Fr. 42. <<

[317] Fr. 55. <<

[318] Fr. 49. <<

[319] Fr. 66. <<

[320] A quien le interese profundizar en la teoría del Amor y de la Libertad, se aconseja la lectura de *Así habló Bellavista*. **<<**

[321] B. Russell, *op. cit*. <<

[322] Herodoto, *Historias*. <<

[323] Herodoto, *Historias*. <<

[324] Herodoto, *Historias*. <<

[325] Herodoto, *Historias*. <<

[326] Herodoto, *Historias*. <<

[327] Herodoto, *Historias*. <<

[328] Herodoto, *Historias*. <<

[329] Herodoto, *Historias*. <<

[330] Herodoto, *Historias*. <<

[331] Herodoto, *Historias*. <<

[332] Herodoto, *Historias*. <<

[333] Herodoto en el libro VII de las *Historias* (61-79) hace una lista de todos los pueblos que participaron en la expedición de Jerjes, describiendo detalladamente su forma de vestir y su armamento. <<

[334] Herodoto, *Historias*. <<

[335] El número lo confirma Esquilo, quien, en los *Persas*, dice:

Jerjes, lo sé yo, conducía una flota
de mil naves, y doscientas siete eran
muy veloces. Esta es la cuenta exacta.

Cfr. El teatro griego. <<

[336] Según Plutarco eran 180 (en *Temístocles*). <<

[337] Plutarco, *Temístocles*. <<

[338] Grytzko Mascioni, *El espejo griego*. <<

[339] «La cabeza como un pepino». (*N. de la T.*). <<

[340] Plutarco, *Vida de Pericles*. <<

[341] Plutarco, *Vida de Pericles*. <<

[342] Plutarco, *Vida de Pericles*. <<

[343] Plutarco, *Vida de Pericles*. **<<**

[344] Plutarco, *Vida de Pericles*. <<

[345] J. Burckhardt, *op. cit*. <<

[346] Aristóteles, *Política*. <<

[347] Plutarco, *Vida de Pericles*. <<

[348] Plutarco, *Vida de Pericles*. <<

[349] Plutarco, *Vida de Pericles*. <<

[350] Plutarco, *Vida de Pericles*. <<

[351] Plutarco, *Vida de Pericles*. <<

[352] Plutarco, *Vida de Pericles*. <<

[353] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[354] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[355] Filostrato, *Vida de Apolonio de Tiana*. <<

[356] Amiano Marcelino, *Historias*. **<<**

[357] Plinio, *Historia natural*. <<

[358] Cfr. *Los Presocráticos*. <<

[359] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[360] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[361] Tucídides, hijo de Melesia, jefe de la facción aristocrática, que no hay que confundir con Tucídides el historiador. **<<**

[362] José Flavio, *Contra Apión*. <<

[363] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[364] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[365] Plutarco, *Vida de Nicias*. <<

[366] Platón, *Apología de Sócrates*. <<

[367] Plutarco, *Vida de Pericles*. <<

[368] Cfr. *Los Presocráticos*. <<

[369] J. Burckhardt, *op. cit.* <<

[370] Cfr. *Los Presocráticos*. <<

[371] Plutarco, *Vida de Pericles*. <<

[372] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[373] Cfr. *Los Presocráticos*. <<

[374] Plutarco, *Vida de Pericles*. <<

[375] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[376] Cfr. *Los Presocráticos*. <<

[377] Aulo Gelio, *Noches áticas*. <<

[378] Plutarco, *Vida de Pericles*. <<

[379] Cfr. *Los Presocráticos*. <<

[380] Cfr. *Los Presocráticos*. <<

[381] Cfr. *Los Presocráticos*. <<

[382] Lucrecio, *La Naturaleza*. <<

[383] Cfr. *Los Presocráticos*. <<

[384] Cfr. *Los Presocráticos*. <<

[385] Cfr. *Los Presocráticos*. <<

[386] Platón, *Fedro*. <<

[387] Hipólito, *Confutación de todas las herejías*. <<

[388] Plutarco, *El rostro sobre el disco de la luna*. <<

[389] Hipólito, *Confutación de todas las herejías*. <<

[390] Cfr. *Los Presocráticos*. <<

[391] Cfr. *Los Presocráticos*. <<

[392] Hipólito, *Confutación de todas las herejías*. <<

[393] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[394] Cfr. *Los Presocráticos*. <<

[395] Hipólito, *Confutación de todas las herejías*. <<

[396] Aristóteles, *Las partes de los animales*. <<

[397] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[398] Epicuro, *Carta a Euríloco*, en Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*.
<<

[399] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos* (donde se cita también una observación de Teofrasto). <<

[400] Fr. 100. <<

[401] Aristóteles, *El Cielo* <<

[402] Platón, *Teetetes*. <<

[403] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[404] Cfr. *Los Presocráticos*. <<

[405] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. **<<**

[406] Horacio, *Epístola*. <<

[407] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[408] Clemente de Alejandría, *Stromata*. <<

[409] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[410] Cicerón, *Tusculunae disputationes*. <<

[411] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[412] Platón, *Los rivales*. <<

[413] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[414] Cfr. *Los Presocráticos*. <<

[415] Cfr. *Los Presocráticos*. <<

[416] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[417] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[418] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[419] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[420] D. Lypourlis, *Hippocrate dans une tradition populaire de Cos*. <<

[421] Juliano, *Epístola*. <<

[422] Cicerón, *Tusculanae disputationes*. <<

[423] Tertuliano, *Apolegeticum*. <<

[424] Aulo Gelio, *Noches áticas*. <<

[425] Porfirio, *La abstinencia*. <<

[426] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[427] Diógenes Laercio, *loc. cit.* <<

[428] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[429] J. Bollack, *Un silencio de Platón*. <<

[430] Cfr. *Los Presocráticos*. <<

[431] *Den* en griego es el ente, y *oudén* quiere decir «nada», es el «no ente». <<

[432] Cicerón, *De finibus*. <<

[433] Plutarco, *Stromata*. <<

[434] Cfr. *Los Presocráticos*. <<

[435] *Parénklisis* según la terminología de Epicuro, *clinamen* según la de Lucrecio. <<

[436] Cfr. *Los Presocráticos*. <<

[437] B. Russell, *op. cit*. <<

[438] Famoso personaje ficticio, abogado de profesión, retratado en varias series de televisión y en diversas novelas policíacas. (*N. del editor digital*). <<

[439] J. Burckhardt, *op. cit*. <<

[440] Cfr. *Los Presocráticos*. <<

[441] Jenofonte, *Memorables*, I. <<

[442] Platón, *Hipias menor*. <<

[443] Filostrato, *Vidas de los sofistas*. **<<**

[444] Cfr. *Vitarum scriptores Graeci minores*. <<

[445] Filostrato, *Vidas de los sofistas*. <<

[446] Cfr. R. Cantarella, *La literatura griega clásica*. <<

[447] Aristóteles, *Retórica*. <<

[448] Cfr. *Los Presocráticos*. <<

[449] Lisias, *Contra Eratóstenes*. <<

[450] Plinio, *Epistulae*. <<

[451] Plutarco, *Vida de Nicias*. <<

[452] J. Burckhardt, *op. cit*. <<

[453] Gorgias, *El elogio de Elena*. <<

[454] Cfr. *Los Presocráticos*. <<

[455] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[456] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[457] Filostrato, *Vidas de los sofistas*. <<

[458] Quintiliano, *Institutio oratoria*. <<

[459] Eustacio, *Comentario a la Odisea*. <<

[460] Platón, *Menón*. <<

[461] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[462] Cfr. *Los Presocráticos*. <<

[463] Aristóteles. <<

[464] Filostrato, *Vidas de los sofistas*. <<

[465] Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos*. <<

[466] Cfr. *Los Presocráticos*. <<

[467] Cfr. *Los Presocráticos*. <<

[468] Pausanias. <<

[469] Diodoro de Sicilia. <<

[470] Eliano, *Historia variada*. <<

[471] Diodoro de Sicilia. <<

[472] Filostrato, *Vidas de los sofistas*. <<

[473] Cfr. *Los Presocráticos*. <<

[474] Cicerón, *De inventione*. <<

[475] Isócrates. <<

[476] Plinio, *Historia natural*. <<

[477] Filostrato, *Epístola*. <<

[478] Plutarco, *Preceptos conyugales*. <<

[479] Luciano, *Los longevos*. <<

[480] Eliano, *Historia variada*. <<

[481] Filomela, un instante antes de ser asesinada por Tereo, marido de su hermana Procne, que la había seducido, fue transformada en ruiseñor. **<<**

[482] Aristóteles, *Retórica*. <<

[483] H. Gomperz, *Sophistik und Rhetorik*. **<<**

[484] Sesto Empírico, *Contra los matemáticos*. <<

[485] J. L. Borges, *Ficciones*. <<

[486] Rocco Galdieri, *Mamme napulitane* (Madre napolitana). **<<**

[487] Famosas series televisivas americanas de la década de los 80. (*N. del editor digital*). <<

[488] «Tú has defendido la causa, Alfredo Catapano, y ahora todos te aplauden», en napolitano. (*N. de la T.*). **<<**

[489] Camilo Gurgo, Clistel Capuana y los «paglietta». <<

[490] «La Rinascente» es el nombre de unos grandes almacenes italianos. (*N. de la T.*). <<

[491] FMR: Franco Maria Ricci, editor de arte italiano y creador de la revista titulada con las siglas de su nombre. (*N. del editor digital*). **<<**